

la universidad

Revista Bimestral de la Universidad de El Salvador

número

(11)
21

marzo - abril 1969



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

Rector:
DR. JOSE MARIA MENDEZ

Secretario General:
DR RICARDO MARTINEZ

Fiscal:
DR CARLOS GANUZA MORAN

DR RENE FORTIN MAGAÑA,
Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

DRA. MARIA ISABEL RODRIGUEZ,
Decano de la Facultad de Medicina.

ING GUILLERMO IMERY,
Decano de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura.

DR RICARDO CAVIDIA CASTRO,
Decano de la Facultad de Ciencias Químicas

DR JULIO EDUARDO MENDEZ,
Decano de la Facultad de Odontología

DR CARLOS A RODRIGUEZ,
Decano de la Facultad de Ciencias Económicas

DR MANUEL LUIS ESCAMILLA,
Decano de la Facultad de Humanidades

ING ROBERTO MOLINA CASTRO,
Decano de la Facultad de Ciencias Agronómicas.

Enviar todo Canje a Biblioteca Central Universitaria, Ciudad
Universitaria, San Salvador, El Salvador.

Para colaboraciones dirigir la correspondencia a Revista «LA UNI-
VERSIDAD», 5º C. O. 220. — San Salvador, El Salvador, C. A.

Sumario

Director de la Revista
ITALO LOPEZ VALLECILLOS

	Pág.
Presentación	5
José Napoleón Rodríguez Ruiz (1930)	7
Las Pupilas No Muy Fijas	8
Cierta Desventaja al Toser de Pronto	9
La Muerte de un Niño por el Anciano que no Fue	11
Alvaro Menén Desleal (1931)	15
El Viaje Inútil	16
El Cocodrilo	20
Los Cerdos	20
El Suicida	21
La Edad de un Chino	23
Testimonio Sobre los Elefantes	23
Una Cuerda de Nylon y Oro	24
Hacer el Amor en el Refugio Atómico	28
Waldo Chávez Velasco (1932)	57
El Crimen	58
El Descubrimiento	59
El Refugio	63
Italo López Vallecillos (1932)	73
Evasión	74
La Rebelión de las Máquinas	76
Los Sueños	79
Tirso Canales (1933)	81
Satanás es Inocente	82

	Pág.
La Novela de Antón	86
Mercedes Durand (1933)	95
A Orillas del Jalponga	96
Juego de Oüija	98
El Album de Cabritilla	100
Manlio Argueta (1935)	105
Rosario a las Seis	106
Operación Gaviota de Ojos Azules	112
La Excusa	114
Ricardo Castro Rivas (1938)	117
Teoría para Morir Inédito	118
Teoría para Morir en Silencio	118
Teoría para Salvar Espejos	120
José Roberto Cea (1939)	121
El Ausente no Sale	122
Siempre el Retorno	125
El Presidario	128
Alfonso Quijada Urías (1940)	133
El Nombre	134
Otra Manera de Vivir	134
Film	136
Perseguidores	137
El Retorno	138
Santiago Castellanos (1941)	141
El Respetable Dios	142
Si Pudieras Recordar	144
Lo Real, lo Ficticio y lo Soñado	146
Ricardo Lindo (1947)	151
El Tiempo es un Gran Borrador Automá- tico	152
Año K de la Era Galáctica	154

PRESENTACION

El cuento moderno de El Salvador surge con Francisco Gavidia en 1888. De una calidad extraordinaria son sus relatos *Agar o la Venganza de la Esclava*, *La Loba*, *El Códice Maya*, con los cuales da origen a esta forma literaria en el país, sin los tropiezos del lenguaje barroco ni la temática criollista de poca trascendencia. Gavidia se adelantó a su época en este aspecto, o dicho de otra manera, sus contemporáneos quedaron rezagados frente a las literaturas europeas del momento.

Después de Gavidia se manifestó un tipo de narración vernacular, a la cabeza de la cual hay prosistas ingeniosos, quienes no lograron la unidad ni la técnica que el género requiere. Es imposible ignorar en el proceso que ha seguido el cuento salvadoreño, la obra de Arturo Ambrogi (1874-1936), captador de las costumbres criollas y de morosa descripción del paisaje y del hombre del trópico; de Francisco Herrera Velado (1876-1966), escritor que pintó con gracia y penetración psicológica al hombre de la provincia, al lugareño, en tramas de hermoso colorido; de José María Peralta Lagos (1873-1944) T. P. Mechín, que escribió estampas y anécdotas de veta costumbrista e intención crítica al estado político-social del país; de Alberto Rivas Bonilla (1891) en cuyas narraciones, de ágil estilo, trazó gentes y situaciones muy propias de la vida salvadoreña, sin el abuso de localismos, tan característicos en los autores mencionados.

Gavidia, precursor de la cuentística salvadoreña, tanto por la estructura literaria como por el tema y lenguaje universales, halla resonancia treinta o cuarenta años más tarde. En el largo paréntesis, además de los narradores citados, encontramos a los primeros cuentistas modernos del país: Salarrué (que nació el 22 de octubre de 1899), cuya obra es la más importante dentro de la materia, no sólo porque supera los límites del costumbrismo, sino porque logra verdaderas joyas psicológico-descriptivas dentro de la tendencia y arriba con éxito al cuento de factura universal; Napoleón Rodríguez Ruiz (1910) recoge temas nativos y los hace vibrar con sentido de protesta social; Manuel Aguilar Chávez (1913-1957), capta personajes sub-urbanos y recoge en instantáneas cinematográficas, la vida de los pueblos que se convierten, por fenómeno económico, en ciudades; José Jorge Láinez (1913-1962), quien obsesionado por el misterio de la muerte y del más allá, aporta soluciones oníricas llenas de realismo; José María Méndez (1917) y Hugo Lindo (1917), ambos plenamente realizados en la cuentística actual de mayor aliento.

Si Salarrué cubre, al igual que el extraño y solitario caso de Gavidia, todo un período, Méndez y Lindo son el inicio de una nueva y vigorosa vertiente en las letras de El Salvador.

En tal sentido, justo es reconocer principalmente los méritos de Hugo Lindo, introductor de las nuevas corrientes cuentísticas y el impulsador más entusiasta del género. Sus relatos, bien escritos, se alejan de lo vernacular, de lo costumbrista; sus piezas literarias alcanzan mayoría de edad. Personajes, asuntos y lenguaje responden a una exigencia que va más allá de la mera improvisación; en sus cuentos se encuentra al escritor culto, conocedor de realidades humanas más allá de la geografía. Hay que advertir que tanto los cuentos de José María

Méndez como los de Lindo son expresión del suceso socio-cultural que se opera en El Salvador a partir de 1948.

La nueva generación de cuentistas que presenta La Universidad en este número, surgió en El Salvador el año 1950. Se trata de escritores con una visión diferente del hombre y del paisaje salvadoreños. Puede afirmarse que, ante la obra de Méndez y Lindo, el regionalismo comenzó a quedar atrás. El tema vernacular desaparece casi por completo. A la poetización del drama rural, Salarrué es el ejemplo característico de esta manera de ver y sentir la campiña, sucede la denuncia de un hecho, de una circunstancia social, la explotación del campesino por las clases terratenientes. A lo barroco, a lo pintoresco de la narrativa anterior, se impone el lenguaje directo del nuevo cuento, castellano-salvadoreño en su más viva esencia, incorporadora del habla nacional y la temática completamente urbana.

El problema, la situación del hombre de la ciudad, complejo, enigmático, acosado y torturado en sus múltiples facetas, desplaza al enredo pueblerino, a las habladurías de comadres y beatas, al típico truhán de la picaresca criolla. En el cuento nuevo de El Salvador se advierte, sin dificultad, la influencia de los mejores cultivadores en el ámbito hispanoamericano. En algunos casos, la presencia de Quiroga, Rulfo, Fuentes, Borges, Carpentier, Cortázar, Sábato, García Márquez, Vargas Llosa, es evidente. Por otra parte, señalamos la influencia de Bradbury, Sturgeon, Adamov y Lowekraft. Y ello nos parece bueno en una literatura que pretende despojarse de lo bayunco, lo provinciano, para afirmarse en lo universal, sin olvidar, por un momento, la necesidad de expresar lo auténticamente nacional. La fuerza expresiva que hay en los cuentos que publicamos refleja dominio de técnicas diversas y, desde luego, grandes posibilidades para el género en El Salvador. Nótese cómo la fantaciencia ha encontrado, en autores como Menéndez Leal y Chávez Velasco, expresión acertada.

Dentro de esta nueva época, período más bien de las letras de El Salvador, cabe lugar preferente a Alvaro Menéndez Leal (1930), autor que ha sabido asimilar lo mejor de la literatura contemporánea y, con personal estilo, ha producido dos libros polémicos, verdaderamente sorprendentes. La traducción de sus cuentos al rumano, alemán, francés e inglés es todo un acontecimiento en la literatura centroamericana de hoy. Menén Desleal, como suele firmar sus producciones literarias, es, probablemente, el mejor exponente del cuento nuevo en el momento actual de El Salvador.

Cuentistas de talento, con más de un libro inédito o publicado, son José Napoleón Rodríguez Ruiz (1930), Waldo Chávez Velasco (1932), Mercedes Durand (1933), Tirso Antonio López Canales (1933), Manlio Argueta (1935), José Roberto Cea (1939), Ricardo Castro Rivas (1938), Alfonso Quijada Urías (1941), Santiago Castellanos (1940), Ricardo Lindo (1947). Entre ellos Argueta y Cea cultivan con calidad la novela o cuento largo. Argueta es autor de la novela "El Valle de las Hamacas", con la cual obtuvo recientemente premio único centroamericano.

La inclusión de tres cuentos de Italo López Vallecillos (1932), autor de esta nota y Director de La Universidad, obedece a la idea, al propósito de completar el panorama de los jóvenes cuentistas salvadoreños en pleno trabajo creador.

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA



JOSE NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

Nació en San Salvador el 27 de junio de 1930. Ha publicado **Las Quebradas Chachas** (Editorial Universitaria, San Salvador, 1961). Es autor, además, de varios libros de cuento y teatro.

Rodríguez Ruiz cultiva el ensayo filosófico y sociológico. Actualmente es catedrático de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

LAS PUPILAS NO MUY FIJAS

Mírate al espejo. Tienes piel. Tus pupilas se contraen en la luz y se dilatan en la oscuridad. Amas. Sufres. Te preparas todos los días para vivir, para morir como yo me preparo. ¿Por qué entonces te deslizas en las sombras y vienes por las noches a turbarme? ¿Por qué finges odiar lo que yo amo? ¿Por qué tus manos no vacilan en fijar su lámpara cuando duermo?

Anoche viniste. No hacías ningún ruido. Te cercioraste de mi sueño. Respiraste con profundidad. Sentía tu aliento cálido sobre mi rostro. La encendiste y fijaste sus rayos sobre mis párpados.

Mis pupilas dejaron de girar. Yo grité. Grité ante el mundo que de repente se abría frente a mí. Un mundo que no puedo ni quiero describir.

Me despertaste:

—Ya conoces mi poder sobre tí. Mi lámpara es poderosa. Sus rayos mueven tus pupilas. Si te niegas a obedecer ya no tendrán reposo durante el sueño. Sabes bien lo que esto significa: tus pensamientos fluirán invertidos en el tiempo. El futuro será pasado para tí. Y, sin que lo adviertas, te poseerá.

¿Cómo habré de obedecer si tus órdenes son absurdas? Porque resulta, aunque tú no lo desees, que somos iguales. Reímos igual. Lloramos igual. Hemos evolucionado desde los mismos sitios en la historia, y avanzamos hacia exactas metas. De tal forma que esta noche, seré yo quien irá con mi lámpara a tu lecho. Tu me rogarás. Pero la obra, previamente, estará concluida. Resultará imposible el retroceso. Entonces, seré yo quien pronuncie las palabras. Y no tendré compasión.

—Y si somos iguales ¿por qué entonces me persigues sin cesar?

Yo también me pregunto:

—Y si somos iguales, ¿por qué entonces me persigues sin cesar?

—Porque somos iguales te persigo y me persigues. Ninguno de los dos se resigna a jugar el papel de víctima.

—Ninguno de los dos nos resignamos a ser víctimas.

—Y ambos somos víctimas.

—Te oigo perfectamente. Ya vienes. Pero ahora estoy preparado. Mi vigilia me defiende. Anda atrévete. Tú eres el que tiembla porque me encuentras despierto.

—Ya vienes. Tú, el inclemente. Pero ahora estoy preparado. La vigilia

me defiende. Ya no podrás batir mis pupilas durante el sueño porque estoy despierto.

¡Cómo! ¿quién eres tú? A tí no te conozco. ¿Por dónde has entrado? Este era un pacto entre dos únicamente. Tienes la cabeza pesada, de metal, y las cuencas de los ojos demasiado llenos. Nuestra lámpara es ineficaz frente a ti. ¡Vete! aquí no admitimos a los intrusos.

—No me hagas reír, ¿intruso yo? qué ingenuidad. Observa tras de mí. . . ¿qué ves? somos muchos, nuestro número llega al infinito. Te llenas de terror ¿eh?

Son demasiados para nosotros dos. Jamás podremos resistirles. ¿Cuáles serán sus pretensiones? ¿estarán en busca de lo mismo?

—Has adivinado, estamos a la busca de lo mismo. Tus pensamientos transcurren del futuro hacia el pasado. Y eso te da cierta ventaja; pero de ninguna forma escaparás.

Hermano, compañero, en esta hora del desastre ¿por qué no llegas? Ven pronto, aun es tiempo, tu ayuda me es indispensable.

Perseguido, compañero, en esta hora de la angustia máxima ¿por qué no has llegado con tu lámpara? Ven pronto, aun es tiempo. Sin tu ayuda estoy condenado a muerte próxima.

—Pobre de tí, mueves a risa. Te cuesta adquirir consciencia de los hechos. . . ¿No te das cuenta? él no puede venir, él no vendrá, porque ya le hemos visitado.

CIERTA DESVENTAJA AL TOSER DE PRONTO

Subió al tren. Tomó su asiento de costumbre. Empezó a silbar la canción de siempre. Entrecerró los ojos. Afuera llovía. Una lluvia torrencial, persistente. Sintió frío. Frotó las manos en las mangas de su pantalón. Se aburujó en el asiento. Luego la risa. Dentro del humo del cigarro la soledad un poco rota, un ligero ardor en el paladar. Tosió. Y ahí empezó su tragedia.

—Sus papeles, por favor.

—Aquí están.

Volvió a toser.

—¿Está nervioso?

—¡No! ¿por qué habría de estarlo?

—Entonces, ¿por qué tose?

—Tal vez la lluvia, el frío. . . fumo mucho

- ¡Ah! fuma.
- Sí fumo.
- No tiemble.
- Es el frío.
- Aquí dentro no llueve.
- Pero afuera sí.
- No sea respondón.
- Disculpen ustedes.
- ¿A dónde se dirige?
- Voy para...
- Miente: este tren no va para allí.
- Aquí está mi boleto.
- Volvió a toser.
- ¿Por qué sigue tosiendo?
- El abuso del cigarro.
- Usted se burla de nosotros.
- Jamás me burlo de la gente.
- ¿Sabe que este boleto es falsificado?
- ¿Falsificado? están ustedes locos señores.
- No insulte a la autoridad, o tendrá que acompañarnos.
- Con toda humildad, les pido disculpas.

El tren paró repentinamente.

-¡Vea! el tren se ha detenido... ¿Comprende lo que eso significa?

Estoy perdido, ellos no me creerán. De hoy en adelante serán como mi sombra. ¿Qué puedo hacer?, afuera hace mucho frío. Si por lo menos no lloviese. Si por lo menos el tren no se hubiera detenido. Si por lo menos ellos no fueran ellos. El destino es implacable. No puedo resistir el brillo de sus ojos. Podría encender un cigarrillo. Ya no hablan, sólo me miran. Me miran intensamente. ¿Por qué entonces no romper el boleto?, sí, claro! he ahí la solución.

- ¿Por qué ha roto su boleto? ¡ello es un delito muy grave!
- Como afirmaron que era falsificado.
- ¡Ah! ¡estamos en lo cierto!
- ¿Qué me van a hacer?
- ¡Nada! no tenga miedo.

Su grito fue terrible. El tren empezó a moverse de nuevo.

El siguió gritando en vano. Mucho después encendió a duras penas un cigarrillo. Quiso asomar la cabeza por la ventanilla y rompió el vidrio. Se hirió en la frente. Entonces comprendió que ya no había escapatoria. Le vino la necesidad de llorar. Apagó el cigarrillo, restregándolo con el pie en el suelo. Las esposas le producían un dolor intenso en las muñecas.

LA MUERTE DE UN NIÑO POR EL ANCIANO QUE NO FUE

Sintió el aire en una marca de hojas secas, de pequeñas agujas mohosas, desafiantes, que se metían en la piel. Y el dolor de no ser un animal muerto o el viejo cantinero que iba al baño cada dos horas para beber a hurtadillas y cantar melodías tiernas con escalofríos extraños; de no poder murmurar cuando llegue a grande seré un aviador; de no poder soñar con películas de muñecos animados, con la televisión de rayos laser, con el jet que nunca se destruye entre proyectiles-cohetes luminosos.

Llevó la cantimplora a la boca. Bebió ávido hasta que le ardió el estómago y tuvo que vomitar. Luego corrió. A pesar de todo percibía el perfume ácido de la selva: de una selva distinta, sin emboscadas, sin púas, sin abejorros venenosos entrenados para matar. Y el temblor fresco de la noche recorría su cuerpo para hacerle creer de nuevo en el júbilo que produce la humedad.

(¿Estás seguro?

—Plenamente.

—¿No temes que te maten?

—El señor Warren es despiadado. Sin embargo río de su nariz chata cuando aparece en el televisor y me dice: De nuevo pensando, eh?

—Te supuse acostumbrado.

Uno se piensa acostumbrado, capaz de resistir y de repente, habla el señor Warren y aquí me tienes, un voluntario más.

—Medita bien, en esta pregunta. ¿qué te disgusta más en la vida?

—Tal vez el señor Warren. ¡Sí! el señor Warren.

Sobre su cabeza los aviones revoloteaban, se zambullían en el mar, hantibrientos, con sus grandes picos clavados en los peces. Y ni siquiera pestañeaba.

El payaso reía porque en el momento culminante, cuando el protagonista estaba a punto de morir y los aviones rectangulares se convertían en gaviotas, cortaba la película. Los niños lloraban, y el payaso para consolarles, entre piruetas, repartía dulces y de vez en cuando, un beso.

Tanto soñar con el espacio, con el silencio de las nubes, a escondidas de su madre, tendido en las azoteas en un rincón cualquiera del jardín frente al sol pálido con los labios entreabiertos y la mirada perdida en el espacio transparente, o en el gran televisor.

Tanto convertir la realidad en mansos vegetales, erguidos, verdosos, adornados de campanillas tristes sobre regalos cuidadosamente atados, brillantes de celofán y de cintas de colores, en cápsulas lunares perezosos, en ser de los primeros astronautas.

Tanto cortar el aire con un avión atómico, o un submarino, o un tren aéreo, en los columpios llenos de risas y mareas, con la seguridad imaginada de ser un hombre como aquellos que leía en la pantalla.

Resultaba difícil transformar la selva. Olvidar las sanguijuelas, los reptiles parpadeantes, la sobrecogedora visión de un mundo desde arriba como si todo se hubiese convertido en musgo y de repente aparecieran las llamas, el fuego abrasador en el próximo sorbo de aguardiente.

Duérmete. Los niños deben ir a la cama muy temprano, no creas que es bueno pensar tanto.

Cuidado con romper el papel crespón. ¿Quieres ir al circo? Déjame jugar y oír la música en la esquina.

¡Ah! el viejo organillero desdentado y melancólico, con su saco gris muy largo, su gran nudo de corbata y la moneda sobre el platillo o sobre el dibujo de Jesús en las acceras con tiza amarilla y violeta.

Recuerda que mañana es primer viernes. Tendrás que confesarte de nuevo. Además puede venir tu padre.

Por fin obedecía. Entre lloriqueos y gritos se aburría entre las sábanas con la intención de dormir. Y poco a poco iban quedando en la noche únicamente sus pensamientos y la antigua melodía del organillero.

Abrió la caja con avidez. El celofán crujió:

—¡Qué lindo! ¡Es un helicóptero...! ¡y vuela! hay algo más, ¡sí! ¡hh... como yo lo quería... dispara rayos por un cañón y municiones por el otro. Gracias mamá.

Pero no era lo más importante que los insectos hubiesen dejado de morder entre su ropa empapada de alcohol y monosílabos o que la vida estallara en un cielo límpido, solitario. Ni haber sido alguna vez, un niño bueno. O llegar a ser un hombre malo. Aun el hecho de sufrir carecía de importancia, porque resultaba fácil oír la voz del señor Warren.

Dentro de ese mundo la máquina trabajaba a perfección y surgían las órdenes precisas, siempre funcionales.

Se echó sobre el zacate. Ahora el cielo aparecía gelatinoso, pardo, tomó la cantimplora y la vació sobre su pelo, sobre su cara, sobre su pecho lleno de serpientes muertas y tatuadas, exactamente igual a como lo haría el señor Warren.

Apretaba un botón y allá abajo desaparecían las colinas en cráteres oscuros. ¿Qué habrá muerto? Una aldea, un río, la pequeña oruga que intenta la vida por primera vez. Luego la voz del señor Warren. Regrese inmediatamente. Del aeropuerto Z ha despegado una flotilla de aviones enemigos. Descargue sus proyectiles, sin excepción, inmediatamente. Tome la ruta de emergencia. Antes de aterrizar escuchará nuevas órdenes.

La voz del señor Warren apestaba. Pero significaba lo irresistible, una combinación exacta capaz de determinar todos los actos.

El saberse observado siempre, desde lejos, desde cerca, en el aguardo de una falta y oír palabras con un mismo contenido, como si el ser humano no existiese, convertía la vida en una figura geométrica, sin ángulos.

—Has sido entrenado cuidadosamente. El cerebro electrónico nos ha revelado tus cualidades óptimas. En tus actividades no debes pensar más allá, porque es delito. Además, toda tu atención ha de ser aplicada exclusivamente al asunto. De lo contrario fracasaremos.

Era eficiente el señor Warren. Jamás llegó con retraso a la escena, ni siquiera el día en que murió su padre. No permitía observaciones a pesar de ello, muchos le señalaban como un hombre sin error, perfecto.

—Deberías ser como el señor Warren —le decía a menudo su padre— cumplido, eficiente, realizando todas las cosas en que cree sin vacilar.

Cumplió los deseos de su padre, tan exactamente que él era el señor Warren. Se sabía odiado, pero ello no era un obstáculo para continuar hacia adelante, siempre en línea recta. Estaba muy seguro que ni una sola célula de su cerebro funcionaba al descompás de sus propósitos consolidados. Su única debilidad residía en los recuerdos. Pero escapaba de ellos, ante la pantalla cúbica del televisor que se llenaba continuamente de todos los sucesos importantes de su mundo y producía de inmediato un sin fin de responsabilidades.

Por eso corrió hacia la selva. Para esconderse, para empapar su garganta en aguardiente y creer en una realidad así, adormecida, primitiva, sin ojos electrónicos, sin espías, sin haber llegado a ser el señor Warren.

Te agrada el avión angular. Cuando grande voy a ser aviador. Deseo volar como los pájaros. Voy a ser un gran aviador. No querido, serás el señor Warren.

—Mamá, mamá, yo quiero una pistola de verdad.

—No hijo, las pistolas son para la gente grande.

—He sido un niño bueno todo el año; y prometo ser como el señor Warren.

—Por favor, no llores. Tendrás lo que tú quieras.

—Ven acá, nuevamente es hora de dormir; pronto llegará tu padre.

—¿Y me darás una pistola?

—Sí hijo, pero recuerda que tu padre...

Guardó la pistola debajo de la almohada. Y se quedó una vez más pensando, imaginando cosas, con los ojos entreabiertos.

Guardó la pistola debajo de la almohada. Y se quedó una vez más pensando, imaginando cosas, con los ojos entreabiertos.

En la esquina el organillo sonaba sus acordes de siempre. El reloj daba campanadas.

La tomó con las manos temblorosas. Extrajo de su chaqueta otra cantimplora. Más aguardiente. Sintió un miedo horrible de llegar a ser el señor Warren. Tomó la pistola escondida entre las sábanas. La llevó hasta su sien. Y con lentitud, sin temblores, disparó.

Ni siquiera alcanzó a oír el grito de su madre.

Nació en Santa Ana el 13 de marzo de 1931. Ha publicado: **Cuentos Breves y Maravillosos**, libro con el cual obtuvo el segundo premio en el Certamen Nacional de Cultura de 1962. Es autor del volumen **Una Cuerda de Nylon y Oro** (Primer Premio Nacional de Cultura, 1968).

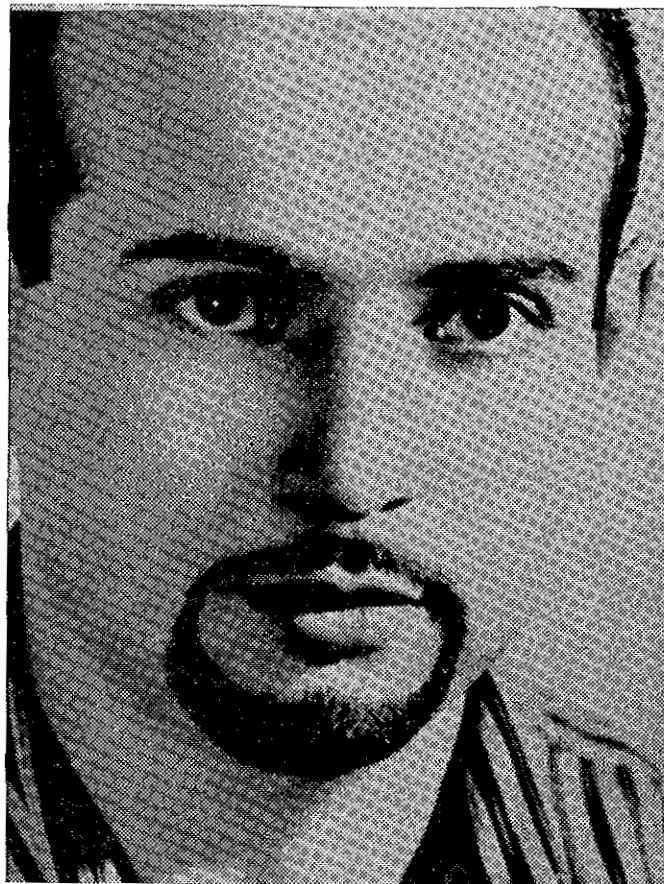
La obra cuentística de *Menén Desleal* ha sido traducida al rumano, francés, inglés y alemán.

Ha escrito poesía, teatro y ensayo. Su pieza **Luz Negra**, dos actos y un prólogo, ha sido representada en ciudades de Centroamérica, México, Francia y Alemania. La mencionada obra ganó el primer premio hispanoamericano de teatro, en certamen celebrado en Guatemala el año 1965.

Está dedicado completamente a la labor literaria. Reside en 775 Konstanz (Bodensee), Sonnebulstrast 10, Alemania Occidental.

CATALOGADO

Alvaro
Menén Desleal



EL VIAJE INUTIL

A Eduardo Pachón Padilla, en Colombia.

—¡Callen!, ¡callen!... ¿Pero es que están locos?

Se los he repetido muchas veces, a gritos, y no logro poner fin a su actitud. Estoy por creer que efectivamente, están locos; si no lo creo todavía es porque no concibo que esa manifestación patológica advenga *in extremo*, en forma colectiva, tan súbitamente. Parece que un extraño virus infectó el cerebro de toda mi familia —mi mujer, mi padre, mis hijos, mis hermanos—, incluyendo la epidemia a algunos amigos y vecinos, un cobrador de impuestos, un agente policial y un perro lanudo al cual yo nunca había visto antes, pero que ahora aúlla como un maldito.

—¡Basta ya! ¡Silencio!

Insisto. Tengo tres horas de insistir, y ya me agoto. He gritado como un sargento en instrucción; he agitado mis brazos como náufrago a la vista de un barco salvador; he rogado, he suplicado en todos los tonos y, sin embargo, esta baraúnda continúa. Sobre mi pecho, mi mujer derrama lágrimas como una plañidera en un concurso de desconsoladas; mi padre, sentado en la vieja mecedora, me clava los ojos llorosos fijamente, mesándose de rato en rato la blanca cabellera; mis hijos lloran al compás de la triste orquesta de quejidos y lamentaciones; mi hermana mayor se ha acercado a mí repetidas veces para cerrarme los ojos; mi hermano Alfonso ha dicho que irán a los periódicos para insertar la nota, y hasta el cobrador de impuestos, con su cómico tic en los labios, mete sus cochinas narices al lado de mi cama. Estoy francamente molesto por todo, y les insulto.

—¡Basta, imbéciles! ¡Basta ya de locuras!

Podría yo ser el loco y no ellos, que son más y no pueden, por eso, estar equivocados. Yo soy sólo yo y no puedo tener razón; pero me cuesta creerlo también, porque a la locura se arriba después de un largo camino y yo, hasta hoy, que sepa, he sido normal, estúpida y vulgarmente normal... Normal como todos ellos. Y por eso es que me es difícil comprender.

Ahora mismo, por ejemplo, mi hermana Dora, después de “discar” equivocadamente dos veces, llama a una funeraria. Pregunta precios. Da los datos que le piden. Inquieta por condiciones. Luego cubre con una mano la bocina del aparato y consulta a la familia en voz baja como para que yo no me dé cuenta. “Ni tan tan, ni muy muy...”, dice Dora finalmente por el teléfono, con esa manera muy suya de ahorrar vocablos. Yo la escupo; lo que ha hecho, evidentemente, es pedir servicios fúnebres. Desea, pues, meterme dentro de una caja de cedro, barnizada de negro, a laca, con guarniciones metálicas. La escupo y la insulto, pero ella se hace la desentendida.

El policía cree oportuno meter su cuchara y pregunta, mientras saca su libretita de notas del bolsillo trasero de su pantalón de uniforme. Mi mujer, a

quien se ha dirigido, no contesta. Hace bien: ese policía es un idiota. "Todo es simple", dice por fin mi padre, con una extraña voz que se me antoja teatral, especialmente al considerar que mi pobre viejo tiene ya tres horas de no dar un gruñido; "cenó temprano, como de costumbre; vio televisión un rato y luego se acostó". Yo paro la oreja, porque evidentemente describe las circunstancias. El policía con cara de lombrosiano ha preguntado ahora. "Sí —dice mi viejo—; llegó a los cinco minutos de habernos dado cuenta... Vive al lado, de modo que vino pronto..." Y luego, tristemente: "Dijo que fue el corazón". ¡Jal ¡El corazón! El matasanos me ha visitado mientras yo dormía, y como es sordo no escuchó al auscultarme el ¡pon, pon, pon! de mi tambor mayor.

Mi mujer les hace el juego y empieza a cambiarme de ropa. Quiere que vaya hoy a mi propio entierro como fui a mi casamiento, pues ha tomado de la cómoda el traje negro, llenos todos sus bolsillos de bolitas de naftalina. Yo doy de manotazos, me agito, lanzo mis pies; pero ella continúa hasta verme de gala.

Ha regresado Alfonso. Eso me tranquiliza, porque espero que el aire de la calle le haya devuelto la cordura. "Fue sin los auxilios de la Santa Religión", dice suspirando. ¡Ah, estúpido! Ignora mi agnosticismo. "Lo tuve que poner así en la necrológica", termina desesperado. Esto me da risa, y me sorprende al ver que río por tanta hora de tensión y de gritos; de manera que no río por mucho tiempo, tanto más cuanto que ha llegado el hombre de la funeraria con su ropa de trabajo. El hongo sobre el pecho, da su "muy sentido pésame por parte de la Casa y mío propio". Hipócrita: yo soy tu quince por ciento de comisión, y bien lo sabes porque antes de que la familia se eche atrás y decida tirarme al campo para pasto de gallinazos, tú comienzas a colgar las cortinas negras. A ganarte el sueldo, en fin.

Ahora me cogen de la cabeza, las caderas, y los pies. Van a colocarme dentro de la caja. La caja es peor de lo que imaginaba. Estafadores: se ha contratado tipo medio ("ni tan tan, ni muy muy" es tipo medio) y traen "beneficencia". No me resisto al traslado de mi cuerpo hasta la caja porque, de pronto, he comprendido que mi única posibilidad de salvación reside en que lleguen otras gentes a mi vela —vecinos, amigos, compañeros de trabajo, quizás algún funcionario de menor categoría enviado en representación del Señor Ministro—, gentes que no participen de esta epidemia y reconozcan mi normalidad, mi absoluta normalidad vital y me salven del cementerio.

Ahora me colocan de cuerpo presente, al centro del salón. Soy el personaje principal de esta comedia para llorar. Estoy en espera de los espectadores.

Llega alguien. Da el pésame y entrega un ramo de flores. Odio esa clase de flores: huelen a muerto.

Al rato llega otro portando una corona, una hermosa corona, casi tan linda como la que se pone al caballo ganador del "grand prix". Mi familia ve la tarjeta; yo no logro adivinar quién la envía. El que la trajo se ha ido.

Desespero.

Pienso que soy un mal "show". Ni siquiera estoy asesinado, ni me suicidé por quiebra ni me atropelló el tranvía. Simplemente me acosté a dormir.

¡Al fin! Es una pareja y trae trazas de quedarse. El señor gasta corbata negra; ella, con un chal de igual color sobre el pelo castaño, abraza a mi hermana y a mi mujer; él pone la mano izquierda sobre el hombro de mi padre y, mientras se unen las diestras, murmura un compungido "lo siento" con tono de no sentirlo nada. Finalmente —ya era tiempo, mal educados— vienen a mí. Ella me ve ligera, sombríamente, mientras se persigna; él me critica mentalmente el corbatín y los zapatos acharolados. No los reconozco; serán amigos de mi hermana; pero yo les grito, les hago señales evidentes; mas no me oyen.

Otras gentes llegan. Todas, después de verme, de persignarse y de criticarme, van a tomar asiento a mi alrededor, como en un teatro circular. Con el tacón de mis zapatos pego en el fondo de la caja que retumba y tiembla, y nadie se mueve. Tomo el trozo de limón colocado en mi boca y lo lanzo a la cara de una matrona, y ella ni parpadea. Tamborileo con mis dedos sobre la tapa de vidrio; grito, maldigo, canto, digo malas palabras, y nada. Haciendo un esfuerzo, me siento. ¡Y nada! Desespero y me canso.

Se va haciendo tarde. Lo percibo en el aire frío. Mi hermana Dora, con dos sirvientas, sirve café y tostadas a los acompañantes de la familia doliente —mi familia— y una botella de licor ha sido escanciada, "para el frío", atrás, en la biblioteca. Una dama dormita a mi derecha. Yo también debería dormir, no me hace bien el desvelo; pero temo cerrar los ojos porque esta gente enloquecida bien podría enterrarme así, dormido. Hago, pues, un esfuerzo y me pongo a hablar nuevamente. Frente a mí están el vecino Esteban y su mujer. Achacoso el pobre, no le concedo más de medio año de vida. No le grito; le hablo suavemente, cambiando así de táctica.

—Esteban —le susurro casi.

No se mueve. Fija los ojos en los cortinajes negros del fondo, meditando sin duda en su próxima y segura partida. No importa su indiferencia; le hablaré de todas maneras.

—Esteban, amigo... Preciso tu ayuda... Te necesito ahora más que cuando tú decías a mi mujer que íbamos a los bolos, siendo que yo me largaba donde Inés... Te necesito, mi buen vecino Esteban...

Me incorporo de nuevo en este punto, con un supremo esfuerzo, y sigo en mi imploración.

—...Esta gente loca me toma por muerto... Mi padre es como un animal azotado por la tragedia; mi mujer llora incesantemente; mis hermanos sollozan, mis hijos ya duermen pero también estaban inconsolables... Todos ellos, Esteban, desvarían... Una extraña enfermedad les ha cogido de pronto. Tócalos, ¡tócalos! Han de tener fiebre.

Y luego, suplicante hasta la desesperación:

—... Sólo tú, Esteban, puedes sacarlos de ese error. Diles que no estoy muerto, ni siquiera dormido. ¡Díselos! Que me vean ahora, así, sentado delante tuyo, hablándote como en los viejos tiempos. ¡Hazlo, Esteban! ¡Por amor a Dios, hazlo! ¡Que no me entierren, que no me maten!

Comencé a llorar. Cuando, al secarme las lágrimas con la palma de la mano, levanté la vista para oír la respuesta de mi amigo, éste roncaba.

Me recosté de nuevo, desesperado, y de un tirón cerré, colérico, la tapa del ataúd. Estaba amaneciendo. Las velas encendidas a mis costados casi se habían consumido, infestando el ambiente con el desagradable olor a pabilo recién apagado. Por los vidrios de las altas ventanas se comenzó a filtrar una suave luz mañanera. Alfonso entró con un periódico para mostrar la necrológica, quejándose amargamente de que la Redacción no hubiese dado al “acontecimiento” carácter de noticia, en la página dedicada a los despanzurados por automóviles, entre suicidas, violadas y homenajeados. Alfonso me hizo gracia con eso, y volví a reír; paré de golpe cuando le vi acercarse al féretro.

—¡Alfonso! —exclamé, excitado y alegre de que aparentemente me oyera. Pero no: se me quedó mirando como un bendito, se persignó por enésima vez y dio la vuelta.

Un rato más tarde llegó la limosine. Cuando me sacaron para colocarme en ella, me sorprendí agradablemente al ver la gran cantidad de personas que habían acudido a mi entierro. Agité mis brazos repetidamente en señal de saludo, pero parecieron no darse por enterados.

Quando el desfile hubo caminado unas cuantas cuabras, volví a la carga. Grité, pateé, insulté para hacerme oír. Pero nada. Me dolió la garganta; mal signo: fue el desvelo de anoche. Bien dije que me haría daño. Ahora tendré que tomar pociones de limonada caliente y ron y no gritar tanto.

Nos acercamos al cementerio. Pasamos el viejo portón de hierro. Al doblar las campanas —para otro, no para mí— me incorporo otra vez dentro de la caja, echo un pie fuera y grito para que conste a todos mi vitalidad. Estornudo tres veces. Saludo a conocidos y desconocidos. Al pasar bajo los pinos de la alameda a cuyo final está el lote de la familia, corto una ramita y comienzo a azotar con ella a todo el que se acerca. Luego la tiro, cuando de tanto golpear queda pelada de verdura. Llegamos al predio. No curas: se respetan mis ideas. Los enterradores colocan dos lazos y el féretro sobre ellos, como si fuesen a elevarlo en vez de hundirlo. El jefe de mi oficina no se olvidó de mí, porque en este momento el segundo secretario —un tipo pesado— “en su nombre y en el de todos los compañeros del finado”, dice unas cuantas palabras de despedida.

Un enterrador mastica su tabaco, hundiendo la pala en la tierra removida. El orador me ha llamado “un hombre ejemplar”. No importa. Sentado como estoy veo a mi mujer llorar sobre mi caja, deshidratándose como sólo ella sabe hacerlo. Mis hermanos la retiran tomándola suave pero firmemente de los brazos y los hombros. Los enterradores clavan la tapa, no sin que antes mi padre arroje dentro el medallón bendito que trajo de Roma.

Siento cómo la caja va oscilando, conmigo dentro, hacia el fondo de la abierta boca de la tumba, sobre la cual habrá dentro de poco una lápida de mármol con un nombre y dos fechas, la primera de las cuales sí será digna de crédito. Porque estoy vivo, muy vivo, tanto como para darme cuenta en estos

momentos de la caída de las paladas de tierra sobre mi caja, lo que hace un ruido sordo y doloroso... Estoy vivo, muy vivo...; pero no les grito más, ya no les grito, por este maldito resfrío que pesqué anoche en el inútil desvelo con que velaron mi cadáver... y porque, después de vivir tanto tiempo acompañado, creo que es hora de probar a estar solo...

EL COCODRILO

"Hubo una vez un gran erudito, que se llamaba Chuang-Tse. Iba a la escuela de Lao Tse. Un día se durmió y soñó que era una mariposa que aleteaba entre los árboles y las flores del jardín..."

("Kin-Ku K'i-Kuan", publicado en la era de los Ming).

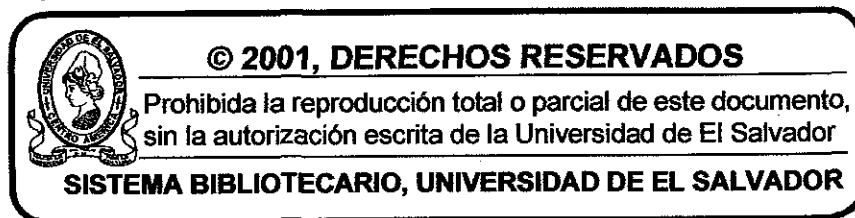
Acabo de despertar de un sueño, y me palpo y me observo atentamente para ver si soy yo. Porque en el sueño no era yo; en el sueño yo era un cocodrilo, un largo y oscuro cocodrilo plácidamente recostado en el fango de la ribera, bajo un sol que quemaba todo, menos mis gruesas escamas dorsales. De cuando en cuando bostezaba, y al bostezar abría las fauces incommensurables en que los dientes agudos, prontos al crimen, formaban filas como soldados en parada. Era un cocodrilo, y en el sueño ya no sabía que era yo el que soñaba.

De pronto desperté y fui de nuevo yo, como antes de soñar. Pero ahora que me palpo y observo atentamente, no sé si fui yo el que en el sueño era un cocodrilo, o si es un cocodrilo el que sueña que soy yo.

LOS CERDOS

A Julio Cortázar.

El primero que encontró el papel fue el barbero. Lo halló tirado sobre el alcor, cerca del viejo molino. Recogió la hoja, que el viento y la lluvia parecían haber respetado, y leyó los gruesos caracteres dibujados con caligrafía enérgica. De allí bajó, ya con forma de cerdo.



El hecho alarmó a la mujer del barbero, quien subió luego al alcor acompañada por su suegra. Encontraron el papel, lo leyeron y comenzaron a dar pequeños gruñidos: ¡Coin! ¡coin! El maestro de la escuela se dio cuenta del asunto, y subió; también bajó corriendo y dando de gruñidos. Después fue el policía, quien llegó al pueblo con su gorra de uniforme trabada entre las grandes y peludas orejas. Más tarde, el carpintero, el molinero, la modista, el boticario, cuatro niños, once niñas, el inspector sanitario, etc... El último fue el cura, y su caso el más patético: la negra sotana no alcanzaba a cubrir la cola rizada, que flotaba como una bandera a medida que el animal corría por las calles de la aldea, perseguido ya por millares de cerdos. Apenas se salvaron unos cuantos campesinos viejos y analfabetos.

La hoja de papel amarillento quedó sobre el alcor. Funcionarios de la capital del Estado, delegados de la Universidad, científicos y periodistas extranjeros y curiosos de los pueblos vecinos, se mantienen a prudente distancia sin atreverse a leer el texto mágico. De vez en cuando lo hace algún desaprensivo, sin que los oficiales del ejército federal puedan impedirlo; entonces corre otro cerdo colina abajo, hasta llegar a las calles del pueblo, que es hoy una inmensa porqueriza.

EL SUICIDA

A Juan Bosch.

El plomo de una "cuarenticinco" es del grueso del dedo pulgar. Tengo, pues, en este momento, un agujero en la sien por el que podría meter, como en un anillo sangriento, mi dedo recordete.

Pero no estoy para eso. Me quedan escasos minutos antes de que Cecilia llegue de la modista. Lo que deseo es terminar de una vez para no volver a oír su vocecilla chillona y nasal reclamándome por la ceniza en la alfombra, por los diarios tirados en la cama, por la corbata mal anudada. Si Cecilia viniera en este momento, de seguro tendría tema para rato. "Estúpido", me gritaría a la cara. Y al leer la nota que redacté con la vieja pluma roció que imita la de un águila, se echaría a llorar dando suspiritos entrecortados, limpiándose el "rimmel" con una hojita desechable de las que tiene siempre gruesa provisión en la cartera.

Debo, pues, apresurarme. Trato de tomar con mis dedos, cuyas manchas amarillas de tabaco oculta la sangre en proceso de coagulación, trozos de la masa encefálica que hace todavía un rato daba vueltas y vueltas dentro de mi caja craneana, como el mohoso mecanismo de un reloj abandonado en la playa; tomo, digo, esa masa ligosa y antipática como gelatina de culebra, y trato de meterla por el agujero. El agujero es amplio, porque el plomo de una

“cuarenticinco” es del grueso de un dedo regordete. Zampo los pedazos en que a veces adivino las estrías caóticas, y los empujo y taponó con el dedo, lo que hace un ruido desagradable cuando se escapa el aire.

Al llegar, Cecilia no encontrará sobre el escritorio la decoración sangrienta, que a mí mismo me lleva al borde del vómito. Por lo menos pretendo que no la encuentre, no para evitarle el espectáculo sino porque, después de una hora de haberme dado el pistoletazo, he llegado al convencimiento de que fue inútil, de que con el plomo caliente no he logrado mayor cosa.

Algo me hizo sospechar que me ocurriría esto. Cuando le pregunté al Capitán Martino, bajo cuyas órdenes presté mi conscripción hace dos veranos, me aseguró que el disparo de una “cuarenticinco” significaba un impacto suficiente para detener y tumbar a un hombre corpulento, y eso sin herirlo. Esto último significaba casi necesariamente la muerte, especialmente si la píldora daba sobre ciertas zonas vitales. Yo escogí la zona más recomendable: la sien derecha. Pero todo lo que he logrado no es más que un hoyo inútil.

No tengo orificio de salida. De tenerlo, creo que se facilitarían las cosas: un hoyo acá y otro allá, como un túnel oscuro obstruido por el lodo, es definitivo. Por lo menos eso pienso yo, que apenas tengo un hoyo.

Cuando vi que el tal impacto no era suficiente, creí que no resistiría un segundo disparo. Me coloqué la pistola en el pecho, a la altura de la tetilla izquierda, y traté de disparar. Mas no logré hacerlo. Es contra toda regla que un suicida se acribille a balazos. Un cadáver acribillado no es propio de un suicida. Yo no quiero que se me confunda, y no quiera tampoco que por mi muerte se culpe a Cecilia, ni a la criada de Cecilia, ni al motorista o el jardinero de Cecilia. Mi muerte es mi muerte, y yo escogí una “cuarenticinco” porque es cómoda para manejar, exige poca presión en el disparador y, más que todo, porque su proyectil es del grueso del dedo pulgar. . .

Me acabo de ver en el espejo. Prácticamente ya no mana sangre; lo que ahora corre es un líquido viscoso y amarillento. Sobre el pelo tenía unos gramos de materia gris, y he comprendido que era un mal sitio. Traté, pues, de meterla por el hoyo, mientras me miraba al espejo en que todas las mañanas me afeito. Supongo que afeitarme será una operación difícil de hoy en adelante, no porque tenga sobre la mejilla esas horribles quemaduras de pólvora, sino por la imagen en el espejo. Además llena mis oídos un ruido tremendo, y me duele el tímpano. Si Ud. ha recibido alguna vez un tiro en la sien derecha, sabrá lo que es ese ruido. Ningún hombre podría afeitarse tranquilamente teniendo un millón de grillos escandalosos en la oreja.

Cecilia se molestará mucho también por eso. Yo acostumbraba dejarme la barba los sábados y los domingos; así descansaba mi piel. Pero cuando nos casamos, Cecilia me obligó a afeitarme también esos días. Ahora tendrá que conformarse con mi barba, porque yo puedo seguirla sufriendo cualquier reclamo con su vocecilla chillona por las cenizas y por los periódicos; pero no estoy dispuesto a mirarme al espejo el agujero que tengo en la sien derecha, tan ancho como el dedo pulgar. . .

LA EDAD DE UN CHINO

Tomado de "Crónicas del Reino del Dragón Eterno", Siglo XIII.

Lu Dse Yan enamoraba a la hija de un funcionario de estado; pero la muchacha tenía quince años menos que él. Lu Dse Yan no era viejo precisamente: contaba 30 años, y era un joven erudito autor de un tratado sobre cómo evitar las inundaciones en los campos.

—Lo que pretendes es imposible —le dijo un día Lin Po, la hija del funcionario—; yo tengo 15 años y tú, 30. Demasiadas primaveras nos separan.

—Realmente no es mucha la diferencia —contestó Lu Dse Yan—; cuando tú tengas veinticinco años, yo tendré cuarenta, y la gente no podrá menos que alabar la buena pareja que formaremos.

—Cuando tú tengas 45 —respondió la muchacha—, yo tendré apenas 30, y la gente no podrá menos que decir: "Mirad qué pareja: ella joven, él viejo".

—Cuando tengas tú 45 —afirmó el joven erudito—, yo tendré 60, y para entonces no habrá quién sospeche de la diferencia entre nuestras edades.

—Cuando tengas tú 65 —dijo de nuevo ella—, yo tendré 50, y deberé de ayudarte a caminar.

—Cuando seas tú la que tenga 60, celebraré yo mis tres cuartos de siglo llevándote al Templo de Confucio en Ch'u-fu.

—Si llego yo a esa avanzada edad —contestó ella— tú tendrás ya 90 años y deberé alimentarte como a un niño.

—De cumplir tú los 85, seré yo quien te ilumine con Tao.

—Para entonces —replicó la dama— estarás en los cien años, y pasarás el tiempo tendido al sol, sin ánimos para nada.

—Entonces —terminó Lu Dse Yan— la gente habrá dejado de pensar en la diferencia de edades, y sólo exclamará: "Mirad a ese viejo erudito y a su vieja mujer: ambos se cuidan y se aman como si fueran novios". Y entonces el Nicto del Cielo y la Doncella Tejedora, al juntarse el séptimo día de la séptima luna en la Vía Láctea, harán que podamos quedar como marido y mujer de encarnación en encarnación.

TESTIMONIO SOBRE LOS ELEFANTES

Es verdad que existieron en la tierra ciertos sorprendentes animales, que los antiguos llamaban **elefantes**. Aunque no tenemos pruebas definitivas

que abonen nuestra hipótesis, pensamos seriamente que esos simpáticos monstruos, de gran tamaño y reproducción por partenogénesis, no fueron una invención de nuestros antepasados. Por lo menos eso parece desprenderse de lo narrado, entre otros, por Casiodoro (Var., X, 30), *Magister Officiorum* de los reyes godos.

Resulta que, en el año 535, Roma padecía la más terrible de las pobreza. El Prefecto de la ciudad informa que las estatuas colosales que representaban elefantes ya se hallan en ruinas. El Prefecto aspira con su denuncia a que le permitan remover las estatuas, para luego fundirlas y utilizar su material en cosas más necesarias para el buen funcionamiento de la ciudad, como ser cloacas y cañerías. Pero la decisión de la superioridad fue otra, dice Rumpf: "Se las asegurará con ganchos de hierro y se reforzarán con pilares de ladrillos bajo el abdomen, para que la posteridad tenga testimonio de la forma y tamaño de esos sorprendentes animales".

Al parecer, las estatuas de elefantes fueron fundidas posteriormente; mas de esto ya no fue testigo Casiodoro.

Lo cierto es que, fundida un día la última de las moles de bronce, desapareció toda posibilidad de reconstruir la imagen del casi mítico animal. Lo que se ha dicho sobre él (sus pseudópodos, sus ventosas, sus tres filas de falsos dientes —incluyendo la serie con carga eléctrica— y su torrecilla retráctil sobre el lomo), no pasa de ser mera especulación, pues el hecho de que careciera de esqueleto privó para siempre a nuestros paleontólogos de toda posibilidad objetiva de estudiar tal monstruo.

UNA CUERDA DE NYLON Y ORO

Había entonces un presidente llamado Johnson, y mi mujer se acostaba con Sam Wilson.

Fue en la vigésima sexta órbita. Duró todo apenas unos segundos.

—¡Henry! ¡Henry! —suplicaba mi compañero desde dentro de la cápsula— ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer!?

—Es inútil, McDivitt —le dije—. Ya lo he decidido.

McDivitt continuó con las súplicas. Yo había cortado el circuito con la estación rastreadora, por lo que sus palabras no llegaban a tierra. De otra manera, la voz del Comandante Grisson, a cuyo cargo estaba el proyecto, habría sonado con no menor desesperación. ¿O estaría Grisson, en tierra, mudo de espanto?

No sé. Yo flotaba en el vacío, a 600 kilómetros de altura sobre la tierra, enfundado en mi traje espacial. Me había despojado de los guantes térmicos

para operar más cómodamente la pistola-cohete, con la que controlaba a voluntad la dirección de mis movimientos. El tanque auxiliar, a mis espaldas, marcaba oxígeno para 110 minutos y, si todo se cumplía de acuerdo a mis cálculos, ese era el tiempo máximo que yo duraría, vivo, en el espacio.

—¡Henry! ¡Henry! ¿Qué dirá el Presidente?

A ocho metros de mi cuerpo, aparentemente suspendida en un punto del espacio, inmóvil y magnífica, la cápsula biplaza cumplía, cada 91 minutos, su órbita circun terrestre. La escotilla estaba abierta, lo que significaba que McDivitt también dependía de su dotación portátil de oxígeno. Tenía, pues, por eso, que apresurarme, ya que yo no deseaba que mi decisión lo afectara a él.

—¡Henry! ¿Qué será de tus hijos?

Fue inútil la apelación filial. Saqué las tenazas que, cuidadosamente, había ocultado al abordar la nave en Cabo Kennedy, y cogí con sus quijadas filosas la cuerda de nylon y oro que me ataba, como un cordón umbilical, a la cápsula. Antes de cortar tuve el cuidado de despedirme de mi compañero:

—¡Adiós, McDivitt! —le dije, un tanto con sorna—. Te dejo con tu maravilloso mundo. Regresa a casita como buen muchacho.

Entonces corté de un solo tajo la cuerda y disparé, hasta agotar la carga, mi pistola-cohete para alejarme de la nave lo más posible. Todavía alcancé a ver cómo la cuerda de nylon y oro se replegaba y cómo, finalmente, se cerraba la escotilla. Con eso me sentí libre totalmente. Libre en un cielo negro lleno de estrellas que no titilan, libre, flotando en el vacío a 28.500 kilómetros por hora, libre a 600 kilómetros de distancia de un planeta que ya me hartaba...

Eso fue en agosto de 1965. Dos meses antes, McDivitt y White habían cumplido una misión que nosotros, en este lanzamiento, casi calcábamos. White salió por 23 minutos de la nave; fue el segundo hombre que lo hiciera, después del ruso Leonov. La carrera espacial —en la que cada astronauta espera terminar ya achicharrado, ya con una corona de flores al cuello, como el caballo ganador del derby— cogía, cada vez más, perfiles dramáticos y vanos: si Leonov permaneció por 20 minutos en el vacío, pues White permaneció 23...

Yo fui el tercer hombre escogido para salir de la nave; yo, Henry Olsen, de Salt Lake City. Iba con la consigna de circunvalar la tierra en una órbita completa, suspendido en el vacío y ligado a mi cápsula por un cordón de nylon y oro de 8 metros de largo. Debía, pues, permanecer 91 minutos como mínimo haciendo tonterías: fotos, movimientos, pseudo reparaciones, bromas, volteretas; todo con ese infantil sentido del humor que adquirimos, no sé por qué, en Cabo Kennedy. Mas, en vez de romper otro récord imbécil; en vez de constituirme en el caballo ganador del día, preferí liberarme para siempre. Justamente en la vigésima sexta órbita.

Fue en agosto de 1965. Había un presidente llamado Johnson. De Gaulle amenazaba con un jaque a la OTAN. Mis compatriotas ocupaban la Re-

pública Dominicana. La guerra ardía en Viet Nam. Los rusos tenían alguna sorpresa en la manga de la camisa en cuanto a llegar a la luna. El Ku Klux Klan asesinaba otra mujer negra en Alabama. Von Braun seguía haciendo ciencia-ficción. Río de Janeiro recién había cumplido cuatrocientos años de fundada. San Salvador acababa de ser semidestruida por un terremoto. Las modas femeninas continuaban la consigna de “menos tela y más pellejo”. 180 mineros japoneses morían dentro de su mina derrumbada. La reina Isabel escribía postales desde Alemania. China acababa de explotar su segunda bomba atómica. En Argelia ya no mandaba Ben Bella. Frank Sinatra explicaba su éxito. Se rompía otra marca en la venta de automóviles. Mi hijito John tenía rota la nariz. Yo debía sólo 2,800 dólares de hipoteca sobre mi casa...

Había un presidente llamado Johnson, y mi mujer me engañaba con Sam Wilson, el antiguo novio de su hermana. Sam Wilson, el pelirrojo que en la *high school* nunca pudo con el balón en los partidos de *rugby*.

Eso fue en 1965. En agosto. Hoy no sé más de Johnson, de Viet Nam, de mis hijos, de Frank Sinatra...

Desde el momento en que corté la cuerda de nylon y oro, perdí todo contacto con la humanidad; y aunque la tierra impone su redonda presencia en mi paisaje multicotidiano —a veces la tengo a mis pies, a veces arriba, a veces a los flancos—, nada más he sabido de ella. Gran parte de la superficie permanece cubierta de nubes; pero, al principio, recién liberado del cordón umbilical, distinguía de vez en cuando las luces de las grandes ciudades. “Nueva York”, decía para mí, y me imaginaba una Quinta Avenida atestada por un mar de gentes espíandome, la nuca con tortícolis por el esfuerzo de mantener la cabeza durante horas en posición tan incómoda. “Moscú”, me decía, e imaginaba otra multitud de proletarios, las mujeres con *babushkas*. “Buenos Aires”... “París”... “Londres”... “Melbourne”...

Por un tiempo estuve tranquilo con mi mapamundi borroso, menos colorido que el de la escuela, divertido con el espectáculo, sin imaginar las consecuencias de mi deserción. Después vinieron algunos intentos por recuperar mi “cadáver”, y los rusos casi tuvieron éxito al tratar de pescarme con una especie de red. Siempre encontré maneras de escapar y seguir libre. Libre y vivo.

Porque pasa algo que nunca intuyeron los científicos. Yo debía vivir no más de 110 minutos, vivir en rigor no más allá del tiempo que durara mi dotación de oxígeno; pero no fue así. No sé por qué; pero no fue así.

Del fenómeno de mi supervivencia me vine a dar cuenta unas veinte circunvalaciones después de cortar la cuerda. “¿Por qué —me dije— he visto tantas puestas y salidas de sol?” Comencé a contar las veces que miraba el alba y el atardecer —rigurosamente cada cuarenticinco minutos—; cuando llegué a 120 salidas de sol, unas más unas menos, me aburrí de contar. Calculé que ese número de amaneceres sólo era posible, a la velocidad de mi desplazamiento, en cosa de una semana. Luego llevé otra sorpresa: la aguja que indicaba la presión del tanque de oxígeno marcaba **Full**. Había, pues, permanecido en el espacio días y días, sin necesidad de consumir una pizca de aire. En otras

palabras, no necesitaba de él para sobrevivir. Después descubrí —siempre fui lerdo en darme cuenta de las cosas— que, cuando atravesaba el cono de sombra de la tierra, no sentía más frío, ni más calor cuando estaba expuesto a la luz directa del sol. Y que no padecía hambre ni sed, dolor ni angustia. Me sentía feliz. Libre y feliz.

No tengo idea de los años que han pasado desde entonces. No he vuelto a contar una salida o una puesta de sol; pero creo haber visto millones. Y aunque sigo sintiéndome libre, mi felicidad se ha trocado en desesperación. Porque yo debí morir hace tiempo. No morir aquí, en el espacio, para que mi cadáver quedara como una roca desprendida de cualquier planeta, sino con ellos, con los humanos, allá en la tierra.

Porque ellos murieron.

No sé por qué ocurrió; pero me di cuenta paso a paso de cómo ocurrió.

El cielo estaba negro y las estrellas brillaban sin titilar, con esa majestuosa monotonía que tienen vistas desde el espacio. En la tierra todo era claro: de Cabo Kennedy a Italia; de Italia a las Malayas; sobre el Pacífico y sobre California y desde allí, de nuevo, hasta Cabo Kennedy, ni una sola nube ocultaba los contornos de las islas y los continentes. Era como un día diseñado para ser un domingo feliz. Y era todo tan quieto y silencioso como siempre, o quizá más quieto y silencioso que siempre, pues hasta me pareció oír —sé que es una tontería decir eso— los gritos de los fanáticos que han de haber estado en las graderías del Yanki Stadium. Yo no pensaba en nada —¿por qué habría de pensar en algo?— y me limitaba a ver el viejo, el familiar paisaje terráqueo.

De pronto estalló aquello allá abajo, al norte de Viet Nam. Estalló en luz, y luego en hongo, sin que yo, sumido en el vacío, percibiera ruido alguno. Segundos después, cinco, diez, cien centelleos más brillaron en China... Cuando atravesé el Pacífico y vi el territorio de los Estados Unidos, cien, quinientos luzazos más se encendían sobre San Francisco, Los Angeles, Detroit, Nueva York, Washington... Y otros cien al sur, sobre México y Panamá y Río y Buenos Aires; y otros al norte, sobre Montreal y Ottawa. Y al este, sobre Cuba y Puerto Rico. Y más al este, al otro lado del Atlántico, el gran chispazo sobre Londres, y los otros cien chispazos en París y Madrid y Roma y Bonn y Belgrado. Y más allá, en Moscú, en Leningrado, en Ulan Bator. Y en Tokio. Y en Manila y Hawaii. Siempre chispazos como de flash, estallidos como de miles de flashes.

Al completar la órbita, lentos hongos de humo cubrían Asia; a la otra órbita, los hongos se daban las manos, en macabra ronda infantil, por toda América. Y centenares de serenos hongos crecían sobre Europa y sobre Africa y sobre Oceanía...

Ya no pude ver más...

Cuando, mucho tiempo después, abrí los ojos, ya el cielo de la tierra no era claro: era rojo sangre, era verde, era violeta. Una nube espesa y multicolor cubría todo.

Eso fue hace mucho tiempo. Hoy, la nube se ha disipado; pero ya no veo, en mis noches de cuarenticinco minutos, las luces de ninguna ciudad. Por más esfuerzos que hago, el lado oscuro de la tierra me parece sólo oscuro, oscuro con una fosforescencia de ultratumba. El lado claro es igual: los suaves tonos de las pampas son oscuros ahora; los bosques, y hasta las nieves de las grandes montañas, son grises, grises como plomo o como ceniza.

Sigo libre. Es cierto que sigo libre, como cuando corté la cuerda de nylon y oro, aquel día en que había un presidente llamado Johnson, cuando en Viet Nam ardía la guerra, nuestros "marines" ocupaban la República Dominicana, mi hijo John tenía la nariz rota, Frank Sinatra explicaba su éxito, mi mujer se acostaba con Sam Wilson y China estallaba su segunda bomba nuclear...

HACER EL AMOR EN EL REFUGIO ATOMICO

*Los caníbales de Europa se están comiendo
otra vez unos a otros.*

Ezra Pound

Oh, Alemania, pálida madre.

B. Brecht

Feliz es el que se mantiene despierto...

Revelación, 16:15

Ilse —sombra de la sombra— hizo otro esfuerzo para hablarme.

—Helmut...

--Sí...

Respondí a mi mujer con desgano, más en gruñido que en palabra; más en simio que en humano. ¿Acaso no éramos eso —animales; animales acorralados, ratas...— encerrados como estábamos entre muros de concreto y paredes de plomo? Cucarachas con la obligación de rendir las gracias a Dios por habernos dado tiempo, en mala hora, de meternos en el refugio atómico, hasta donde sabíamos éramos la única pareja sobreviviente en la Tierra... Sin la menor comunicación con el mundo externo por semanas, por meses, el lenguaje había perdido ya gran parte de sus valores. ¿A qué, pues, preocuparse de entonación alguna para diferenciar un sí gris y neutral de un ¿sí? retumbante en su solicitud; un sí rotundamente afirmativo de un sí condicional; un ¡sí! de un ¿sí?... ¿Qué importa la música del idioma cuando llegada es la hora del estruendo atómico? ¿Qué importa su corrección, qué importa su correspondencia temporal? Pasado, presente, futuro... Tiempos verbales, caricaturas de un tiempo-para-siempre-ido, un tiempo-presente-para-siempre, un tiempo r/o/t/o; tiempo estático, inmóvil, petrificado-como-veta-de-lava-volcánica; unidos sin solución de continuidad el ayer con el mañana, extirpado el

presente por el bisturí mellado de un cirujano loco... Tiempos verbales, ¿qué son, Ilse murió mañana; ¿Por qué no? Yo moriré ayer...

Si afuera hay millones de muertos insepultos y una gruesa lluvia deposita, con puntual eficacia, su carga de estroncio en los pocos organismos que a esta hora quedarán —si algunos quedan— vivos, esos no son problemas...

--Helmut...

--Si...

--Juguemos.

--No.

--Otro juego.

--¿Cuál?

--...No sé...

--...Di uno...

--...Cualquiera...

Mencioné uno yo, por no dejar.

--Ajedrez.

--...No... Ajedrez no...

Pensé que, si le recomendaba leer, haría lo que otras veces: cogería un libro cualquiera y se refugiaría en un rincón a llorar sin lágrimas, a gritar en silencio.

Le digo, pues, que lea.

--Entonces lee.

Y la sombra me responde con su voz oscura:

--Ya basta de leer.

No me esperaba la respuesta. Insisto en que lo haga, no tanto para que pase su tiempo cuanto para que me deje tranquilo en mi propio rincón.

--Nunca es bastante, Ilse.

--...¿Por qué?...

Ahora me pregunta como un niño... ¿Por qué nunca es bastante la lectura? ¡Qué sé yo! Lo cierto es que nunca es bastante.

¿Qué podrá responderle?

--Divierte. La lectura divierte —le digo, esperanzado en que acepte la sugerencia.

--No quiero divertirme.

- Pues... ¡Ilustra! —termino, desesperado.
- Calla. Pienso que mi último argumento la ha convencido.
- La sombra se agita en su rincón:
- Da lo mismo un cadáver ignorante
- ¡Y vuelve a su ritornello! ¡La muerte, la muerte! ¡Como si no bastaran los centenares, los miles de millones de muertos; como si no fuera preciso aferrarnos a este jirón de vida, no sólo por nosotros sino también, por el planeta!
- Le respondo, no para convencerla sino para convencerme.
- No somos cadáveres.
- Pero morimos —me replica.
- ...¿Morimos? —pregunto, como si no hubiese oído bien.
- Morimos.
- Abrí, despacio, los ojos, tomando —al fin— conciencia de la realidad.
- ¿Morimos?
- Morimos.
- ¿Para qué leer ya nada? Mi mujer tenía razón. Yo mismo tuve un pensamiento similar cuando, hacía unos días —unas semanas, unos meses, ¡no sé!—, dejé de afeitarme. ¿Qué más da la barba descuidada en un refugio atómico, refugio que no es, definitivamente, un salón del Club, la oficina o el hall de un hotel?
- Ilse protestó entonces. Protestó con una energía de la que hoy —como yo— carece.
- No puede ser, Helmut.
- No me rasuraré más.
- ¡No puede ser! ¡No lo permitiré!
- Dime por qué —le dije, más divertido que deseoso de pelea.
- Aquí no te afeitarás para lucir elegante; ni siquiera te afeitarás para sentirte cómodo y limpio o para hacerme una especie de cumplido...
- Entonces no me afeito.
- ¡Te afeitarás!
- Me molesta el ruido de la rasuradora.
- Aféitate con navaja.
- Hace un ruido peor: *crash, crash, crash*...
- Te afeitarás. Te afeitarás, porque afeitarse es parte de la disciplina per-

sonal. Ayuda a mantener alto el ánimo y te recuerda, cada vez que miras tu cara, que eres una persona civilizada, no un salvaje.

No me afeité más. Ya no tenía ánimo alguno que mantener en alto, pues mi ánimo había desaparecido hacía mucho. En cuanto a disciplina, todo valía, a estas alturas, un bledo.

Por otra parte, los que lanzaron las bombas sobre los campos y las ciudades alemanas, ¿acaso no estaban bien afeitados? ¡Eso! ¡Pulcros y afeitaditos lucían sin duda alguna los jefes de la NATO cuando dieron la orden de apretar botones! ¡Pulcros y afeitaditos los oficiales al apretarlos! Tal vez uniformados de gala, pues una bomba atómica era la coronación de su carrera...

Recuerdo un cartel de la NATO. Debajo de la cara de un soldado —igual a Paul Newman—, debajo de la cara afeitadita rodeada de las banderas de esa organización militar regional, podía leerse:

WACHSAMKEIT IST DER PREIS DER FREIHEIT

¡Ja! ¡Estar alerta es el precio de la libertad!... Estar afeitado es estar alerta; luego entonces...

—Bonito silogismo —sorprende Ilse mi pensamiento.

—¿Qué tal este otro?: afeitarse es ser civilizado; los de la NATO se afeitaban; ergo...

—Igualmente bonito.

—¿Y este otro?: únicamente los humanos se afeitaban; los de la NATO se afeitaban...

Ergo...

Pero no. Ella quiere que me afeite. ¡Ella quiere que me afeite! Yo, el único hombre que queda en el mundo, ¡afeitado!

Por eso le grito:

—¿Y los muertos?

—¿Cuáles muertos?

—¡Los muertos! ¡Los únicos! ¡Los alemanes, todos los alemanes! ¿Acaso no estaban afeitados cuando les cayó encima el fuego? ¡Qué disciplina de raza: se afeitaron para morir! ¡Qué corderos más cartagineses: se esquilaban antes de ir al matadero! ¡Gloria a las barbas germanas: no fueron nunca ni serán nunca más!

Por supuesto, cuando dejé de afeitarme, mi mujer, a su vez, dejó de arreglarse las uñas, peinarse y pintarse la cara. Con el tiempo —con poco tiempo— hasta dejamos de asarnos.

Sí; tenía razón: afeitarse y todo eso es parte de una disciplina personal que contribuye a mantenernos erguidos, a que continuemos siendo humanos. A ser cadáveres vivos, en suma. Cadáveres decentes, con coquetería y todo.

Cuando descuidamos nuestro aspecto personal, los diálogos decayeron. Era inevitable que ocurriera así. El intercambio de palabras dejó de ser apasionado, respetuoso, lleno de afecto, y se transformó en un molesto interrumpir del sueño y del ensueño, del ensimismamiento y la soledad, de la evasión y la fuga. Por fortuna, los diálogos eran cada vez menos frecuentes y, paulatinamente, de menor número de palabras. Hablábamos lo estrictamente necesario. Y lo necesario era —por fortuna también— menos cada día.

—Helmut.

—¿Si?

—Juguemos otro juego.

—No.

Y al rato:

—Uno nuevo.

—¿Cuál?

—Tú me matas...

—Y luego...

—Te suicidas.

—...No.

—¿Por qué?

—¡Ah...!

¿Por qué no? Al fin y al cabo, de todas maneras íbamos a morir. Ilse dijo —hoy, ayer, hace un mes...— que estábamos muriendo. ¿No sería mejor pegarse un pistoletazo ahora y ahorrarnos la espera? De todas maneras, si lográbamos atrevernos a salir de este hoyo inmundo, la vida, si acaso era posible, sería infernal: Alemania arrasada de Norte a Sur, Alemania calcinada hasta los huesos de Este a Oeste, Alemania los ojos saltados de arriba abajo, Alemania hervidero de gusanos de abajo arriba... Ni siquiera piedra en escombros en las ciudades —¡ay, la tan amada piedra sobre piedra!— porque las bombas atómicas no son para tumbar edificios sino para fundir ciudades como si fuesen maquetas de cera. Lindo, ¿no? Estalla una bomba de un par de megatonnes, y no hay escombros sino lava, ¡lava! ¡Un río de lava candente, aleación de los metales del hombre, de la carne del hombre, del espíritu del hombre, de los libros del hombre, de las máquinas del hombre; de los zapatos, los parques, los besos, los salarios, las flores, los pensamientos, los sudores, los cines, las lágrimas del hombre... ¡Las risas, las esperanzas del hombre...!

Cuando el río de metal cuaja, ¿qué aleación resulta? ¡A saber! En todo caso será la más adecuada, por sonora, para fundir las Trompetas del Juicio Final... y, por su temple amargo, la única apropiada para la última espada, la Espada...

—Helmut.

—Si.

—Juguemos el juego...

—...¿Cuál?

—El que te dije.

—¿Cuál?

—Me matas y...

Solíamos llamar “juego” —eso fue antes del Juicio Final, y en los primeros días de Reposo Universal que le siguieron— a todo aquello que nos ayudaba a pasar el tiempo. Jugábamos muchas cosas: bridge, damas, canasta, póker, ajedrez... Mientras jugábamos ajedrez, Ilse hablaba mucho; pero era hábil.

—Caballo tres alfil dama.

—¿Caballo tres alfil dama? ¿Por qué una apertura tan heterodoxa? Pudiste jugar el peón de dama. O el de rey. Algo común, en fin...

—No comentes el juego. Yo quiero mover caballo tres alfil dama. Las piezas son mías, ¿no?

—Como gustes; pero no hay que ser tan singular. Peón cuatro rey.

—Caballo tres alfil rey.

—¿Qué te propones? ¡Eres un maniático!

—Sigo con mis caballos. Nada más.

—Es poco frecuente en ti.

—Mueve, mueve; es tu turno.

—Peón tres dama.

—Peón cuatro dama.

—¡Ah! Ahora veo más claro. ¿Era ese todo el misterio de tus caballos?

—Mueve, mueve.

—Caballo tres alfil dama.

—Peón cinco dama.

—Caballo dos rey...

Hastados de los juegos corrientes, retornamos a los juegos de infancia:

—Hoy cuento yo, Helmut: ¡verás quién gana! un, du, li, truá... a la re, min, duá... flete, flete... colorete... Un, du, li, truá... sal, salero... sarabuca... de rabo de cuca... de acucarandar... que ni sabe arar ni pan comer... Vete a esconder... detrás de la puerta... de San Miguel... Amén, papel.

—Amén, papel —repetía yo.

—Jaja!

—Ja ja ja ja!

Sí. Entonces todavía sabíamos reír. Y cantar... Todo era simple, todo era tan simple que bien podíamos durar, a gusto, cien años.

—Helmut.

—Sí.

—El juego...

—Cuál.

—El que te dije.

—No me acuerdo.

—Me matas y... y...

Otra vez lo mismo. Lo dijo ayer, anteayer, la semana pasada, hace un mes... ¿Acaso no le gusta el refugio? Debería de gustarle: sin esta concha, todo habría terminado ya; ¡habría terminado sin sentir nosotros siquiera el más pequeño dolor! ¡En un parpadeo, en un abrir y cerrar de ojos! ¡Zaz! ¡Todo habría terminado, como terminó todo para los alemanes, como terminó todo para todos!...

El refugio debería de gustarle. Sí. Fue ella la que me empujó a comprarlo, y ella misma vigiló su instalación. Un día, en la sala de casa, me dijo:

—¿Sabes lo que es Fatex?

—Un nuevo detergente.

—No.

—Eh... ¡Un producto de la Esso!

—No. A la tercera es la vencida.

—Un... ¡Una dieta para adelgazar!

—No.

—¿Qué es, entonces?

—Una maniobra militar.

—Pues tiene nombre de detergente. O de combustible para automóviles. O de una dieta para bajar de peso.

—Fatex-Manöver. Consiste en arrasar Alemania con bombas atómicas.

—¡Bah! No creo que los rusos se arriesguen a una guerra nuclear. Recuerda que en la segunda guerra tuvieron veinte millones de muertos.

—No serán los rusos, querido.

—Alemania Oriental tampoco puede atacarnos.

—Ni Alemania Oriental.

—¡No será Suiza! ¡Ja ja ja ja! ¿Sabes que el Partido Comunista Suizo es pro Pekín?

—En la Fatex-Manöver, las bombas nucleares que caen sobre Alemania son bombas occidentales.

—¿Occidentales?

—Oc-ci-den-ta-les.

—¿Cuba?

—Estados Unidos... Inglaterra...

—¿Por qué Inglaterra y Estados Unidos habrían de querer destruir a Alemania con bombas atómicas?

—Para hacer más lento el avance enemigo hacia el Oeste.

—Pero somos aliados... ¿O me equivoco?

—Somos aliados; para bien o para mal, somos aliados. Y serán nuestros aliados quienes destruyan a Alemania para salvar la Civilización Occidental.

—Bonita manera de salvarla. ¡Muy agradecido por mi parte! ¿De quién es esa brillante idea, para enviarle un ramo de flores?

—Envía el ramo a la NATO.

—¿La NATO? ¡Estás loca! ¡Alemania es miembro de la NATO!

—Pues envía el ramo a la NATO: “Con el agradecimiento de un buen alemán”.

—¿Dónde te enteraste de eso?

—Y puedes redactar la tarjeta de las flores en alemán: muchos militares alemanes trabajan en la NATO.

—Ellos recibirán tu ramo. Quizá bauticen una bomba con tu nombre.

—Bromas aparte, ¿dónde te enteraste de eso?

—En “Stern”.

—¡“Stern”, “Stern”! ¡La Biblia!...

—¿Qué tiene de malo esa revista? Es una buena fuente de información.

—¿Y si yo te digo que leí en “Bild” lo contrario?

—Te diría que leíste una novela de aventuras.

—¡Novela! Oye esto: Inglaterra y Estados Unidos son barridos por un bombardeo atómico; pero en Alemania se mantiene vivo el espíritu de Carlos Martel...

Carlos Martel. El mayordomo de palacio merovingio.

El año 732 derrotó a los árabes en Poitiers, preservando a Europa de la descristianización.

—Prehistoria; ¿y entonces?

—Pues que al ser destruidos totalmente Inglaterra y Estados Unidos, Alemania acude a salvarlos.

—¿Salvarlos después de haber sido destruidos?

—A salvar su cultura, tú me entiendes. Al fin y al cabo, son nuestros aliados.

—Un general alemán preserva a Occidente de la nueva descristianización!

—¿Por qué no? Un general alemán. De la *Bundeswehr*.

—¡El nuevo mayordomo de palacio! ¡El moderno Carlitos Martel!

—Aunque te burles, es algo parecido. ¡El moderno Carlos Martel!

—¡Jo jo!

—¿Cómo que jo jo? ¡Es posible, ¿no?!

—Helmut, dejemos de ser niños. ¡Dejemos todos los alemanes de ser niños! Alemania está en peligro...

¡Todos estamos en peligro!

—Rusia está en peligro. Y China. Y Checoslovaquia y Hungría y Yugoslavia y... ¡y hasta Liechtenstein y Mónaco!

—Así, pues, todos debemos de preocuparnos. Con la guerra atómica se acabó la neutralidad.

—¡Preocuparnos!

—Sí; preocuparnos.

—Te preocupas por nada.

—¿Sabes que hay bombas atómicas en Alemania?

—También las hay en Francia.

—¡Son francesas, Helmut! ¡Son de ellos, de los franceses! En cambio, el armamento atómico depositado en suelo alemán **no es alemán**. Lo custodian soldados alemanes, es cierto; pero ningún alemán, por alto que sea su cargo o su rango, tiene acceso a él, ni lo controla ningún alemán.

—¿Qué quieres? ¿Qué lo den a los neonazis?

—Ni lo uno ni lo otro. Que se lleven a su casa esas bombas infernales; eso quiero.

—¿Quién dice que el armamento atómico no es controlado por alemanes?

—“Stern”!

—“Stern”!

—En pequeñas poblaciones, como Pfuhlendorf, cerca del Bodensee, hay “campamentos especiales”.

—¿Qué tiene de especial un “campamento especial”?

—En él se guarda munición “especial”.

—Y la munición “especial”, ¿qué tiene de especial?

—¡No te hagas el tonto, Helmut! Sirve para la guerra no convencional. . .

—Para la guerra “especial”, por supuesto. No eres muy clara para discutir, ¿sabes?

—¡Pero es que tú mismo lo dices, Helmut! Esa munición “especial” sirve para el asesinato en masa, el crimen especializado en escala industrial, el genocidio con procedimientos de producción en cadena. Como en Hiroshima.

—Tonterías. Lees demasiadas revistas. Eso es.

—Es la verdad, Helmut. Una verdad mil veces más terrible que la de Hiroshima, porque las bombas son hoy mil veces mayores. . .

—¡Tonterías! ¡Puras tonterías!

—¡Muros de cadáveres alemanes para contener el avance enemigo! Fosos llenos de la sangre alemana, montañas de los huesos de las mujeres, de los niños alemanes! ¡Y dices que son tonterías!

—¡Tonterías! ¡Puras tonterías!

Ilse quedóse de pie frente a la ventana, tronándose los dedos. Estaba nerviosa, más excitada de lo que la había visto otras veces.

Después de un rato de silencio, se volvió a mi para decirme en tono sombrío:

—Helmut, ¿te pesaría gastar unos 20.000 marcos?

—¿Qué te traes ahora?

—Dime si puedes disponer de unos 20.000 marcos.

—Depende.

—Para un gasto necesario.

—Eso vale un buen automóvil. Quizá dos.

—Tenemos automóvil. Se trata de una inversión.

—¿Una inversión?

—Sí; una inversión.

- ¿Como la bolsa de valores? ¿Como el oro o las acciones?
- Más o menos... ¿Tienes el dinero, o no?
- Dime de una vez de qué se trata.
- ¿Lo tienes, o no?
- ¡Dime de qué se trata, mujer!
- Se trata de proteger nuestras vidas. El oro de nuestras vidas.
- Ya tenemos seguros.
- Es otra cosa. Un seguro no protege contra una explosión nuclear.
- ¿Qué es, finalmente? Es difícil platicar contigo.
- Un refugio. Compramos un refugio atómico.
- ¡Oh, no! ¡No eso!
- Se acercó a mí y, tomándose de las manos, me imploró:
- Comprémoslo, Helmut. No tenemos hijos. El dinero que nos sobra no podremos llevarlo a la tumba. **Por favor, comprémoslo.**
- Estás nerviosa. Ilse... Vamos tranquilízate:
- Luego, para aliviar la tensión, agregué:
- ¿Te gustaría que tomásemos unas vacaciones?
- No, Helmut.
- Es una buena idea. Podríamos ir a Hawaii. ¿Te gustaría conocer Hawaii? Hula-hula, sol, flores, mar caliente...
- Por favor, compramos el refugio. No te pido más que eso.
- ¡Pero un refugio no lo venden por correo!
- Sonriente, sabiéndose victoriosa sobre mi última resistencia, terminó:
- He visto anuncios, Helmut; ¡anuncios y planos! ¡Yo sé cómo comprarlo!
- Y lo compramos. A regañadientes por mi parte; pero lo compramos. Y no costó 20.000 marcos sino varias veces esa suma: ya embarcado en la aventura, no escatimé gastos. Si íbamos a tener un refugio atómico, pues que fuera el mejor de todos. Al fin y al cabo, aunque las tumbas cuestan dinero, el dinero no circula en las tumbas...
- Solíamos reunirnos en la sala, frente a la chimenea, para ultimar los detalles del refugio. Ella estaba encantada, y yo le ofrecía cosas.
- ¿Quieres aire acondicionado?
- ¿Lo crees necesario?

—¿Lo quieres, o no?

—Tú dirás. Yo quiero una cocina pequeña y un baño amplio.

—Bueno... **Co-ci-na pe-que-ña... ba-ño am-plito... ai-re a-con.**

—No te privarás de la televisión.

—Ya está anotada... **di-cio-na-do.**

—¡Libros, muchos libros! Recuerda que se trata de esperar.

—¿Cuánto tiempo crees que tendríamos que esperar encerrados en caso de un ataque atómico?

—Meses. Quizás años. Hasta que el nivel de radiación baje a un límite inocuo.

—¿Años?

—O días. Ya lo dirán los contadores Geiger.

—¿Acaso no habían inventado bombas limpias?

—Nada que mate es limpio.

—Bueno, bueno. Tendrás tiempo de leer. ¿Quieres que te envíen al refugio la suscripción de "Stern"?

¡Helmut! ¡Esto es serio!

—Yo decía... Pero no te preocupes; tendrás de todo: alfombras de pared a pared; bodega con vituallas y concentrados alimenticios para años; secador de pelo, lámparas ultravioleta, discos; aire acondicionado para el verano, calentador para el invierno; generadores, baterías eléctricas, teléfono...

¿Teléfono?

—Sí; teléfono. Y radio transmisor-receptor. Es necesario mantenerse ligado al mundo externo

—Tienes razón; para informarnos, para pedir auxilio..

—Eso es.

—¡La basura, Helmut!

—¿La basura?

—Sí; los desperdicios. ¿Cómo nos desharemos de ellos?

—Pasará diariamente el servicio municipal.

—Helmut, no bromees.

—Un incinerador automático, querida. Y el retrete no gastará agua, sino que eliminará eléctricamente los detritos.

—Fantástico!

Me surgió una duda: en un mundo destruido, ¿habría programas de televisión?

—Ilse, ¿crees que halla programas de televisión?

—No sé... Es posible.

—Contestas como los psiquiatras: sin comprometerse.

—Tal vez de España o de Italia. Tal vez de Austria.

—O de Rusia.

Tuvimos, pues, lo mejor. Aparte de las cosas que hacen agradable la vida, me propuse cumplir los deseos de Ilse y tener también aquellas otras que, en la era atómica, la hacen **segura**: construcción subterránea, un **Bunker** a prueba de todo; gruesas paredes de concreto; recubrimiento con planchas de plomo; puertas de acero con cierres de seguridad tipo submarino; purificadores de aire; periscopios de observación. Y contadores Geiger en todos los rincones. Y duchas de chorro fuerte para lavarnos la ponzoña nuclear, si acaso accidentalmente se filtraba...

Frente a todas esas ominosas presencias de la posibilidad del mal, la inerme —y, por eso, menos vulnerable— lealtad de la belleza: en un catálogo descubrí la existencia de unas plantas japonesas que, prácticamente, serían capaces de florecer en la luna. Cuentan que, apenas cinco horas después de la Bomba, fueron vistas en los fúnebres vergeles de Hiroshima, donde la muerte sembró largamente su semilla. Por eso comenzaron a llamarla “Flor Atómica”... Pedí semillas en cantidad suficiente como para cubrir el Parque Central de Nueva York... donde más me gustaría verla ahora... ¡No! ¡No es cierto! Sé que hoy florece en Nueva York; pero no es cierto que me gustaría verla allí ni en parte alguna.

Cuando tuvimos el refugio, el hoyo dispendioso perdió, con la familiaridad, su calificativo de **atómico**. Fue, llanamente, el refugio, **nuestro refugio**; el sitio al que íbamos un tanto con la actitud que teníamos en la infancia cuando jugábamos a papá y mamá. Fue el escondite, la isla para gozar de la soledad... Llegamos a pasar, metidos en él, fines de semana enteros; los lunes por la mañana, cuando teníamos que subir a casa, como quien regresa de unas agradables vacaciones en el mar o la montaña, lo abandonábamos con pesar. Porque en él fuimos otra vez novios, otra vez recién casados.

Más todavía: en él fuimos amantes.

—¡Qué de tardes maravillosas pasamos allí!

—Este teléfono es inútil, Helmut. He marcado tres números distintos y mis amigas no están en casa.

—Oh, la gente acostumbra salir.

—Tontos. Deberían tener esto. Hay que hacer el amor en un refugio atómico.

—Claro; es más seguro y tranquilo.

—Segurísimo. No te levantan ni las bombas de diez megatonnes.

—Ni peligras de que te encuentre un cónyuge celoso.

—¡Ja ja ja ja!

—¡Ja ja ja ja! . . . ¿Quieres oír música, Ilse?

—Bueno . . . La Novena Sinfonía.

—Estás seria hoy. Mejor algo moderno.

—No; quiero oír la Novena Sinfonía. Es el himno del amor, de la amistad, de la alegría . . . ¿Sabes que las Naciones Unidas la adoptaron realmente como su himno?

—¿Dónde es que te enteras de esas cosas?

—En “Stern”.

—¡Uf! ¡Sobraba que me lo dijeras!

—Pero pon de una vez el Cuarto Movimiento. Creo que Beethoven perdió su tiempo al componer los otros tres movimientos.

—¿No te gustan?

—Claro que si me gustan; pero la Coral es infinitamente grande. Beethoven debió componer una Novena Sinfonía con cuatro cuartos movimientos.

—Sería la Décima Sinfonía.

—Sería la cuarta-cuarta-cuarta-cuarta sinfonía.

—¡Ja ja ja ja!

—¡Ja ja ja ja!

—Bueno. Escucha tu Cuarto Movimiento.

Ilse siguió, tarareando en voz baja, los primeros compases del Cuarto Movimiento. Cuando hacían su entrada los coros, ella cantaba siempre los versos de Schiller. Esperé un momento, hasta que dejó de tararear, y la llamé a mi lado.

—Ilse . . . Acércate.

—¿No vas a seguir leyendo?

—No. Ven acá.

—¿A la alfombra?

—A la alfombra.

Siempre accedía. Con mohines se acercaba a mí.

—¡Hmm!

- Te quiero, Ilse.
- ¡Helmut! ¡Estamos en el refugio!
- No me importa.
- ¡Respétalo; es un templo! ¡No, Helmut; ...no!
- ¿Y si tuviéramos un hijo?
- Se llamaría Helmut.
- ¿Y si es una mujercita?
- No sé...
- Ilse. Como tú.
- Soraya. Me gusta Soraya.
- ¿Qué ha dicho últimamente el médico?
- Que lo cree posible; pero hay que apurarnos y... perseverar.
- Pues... ¡Apurémonos y perseveremos!
- ¡Helmut! ¡Helmut!

También jugábamos a tomar en serio el papel de damnificados atómicos. Practicábamos telecomunicaciones, y para ello aprendimos el Código Morse... o algo que se le parecía. Compramos un par de llaves telegráficas de juguete, y las aporreamos con mensajes que siempre conducían a lo mismo.

— .-.-.-.
 — ...-.
 — -.-.
 — .-.-.-.
 — ...-.
 — -.-.
 — .-.-.-. .-.-.-. -.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-.
 — .-.-.-.
 — .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-. .-.-.-.

- ¡Ja ja ja ja!
- ¡Ja ja ja ja!

Otras veces nos hablábamos al través de los **handy-talkies**:

- Adán llamando a Eva... Adán llamando a Eva... Cambio.
- Eva responde... Eva responde... ¿Qué desea el señor Adán? Cambio.
- Adán quiere saber si hay novedades en casita. Cambio.
- Cañcito le rompió la cabeza a Abelito... Cambio.
- Los pleitos entre hermanos no tienen importancia. Eso no pasará a la historia. ¿Qué más hay? Cambio.

—Fui al huerto... Cambio.
 —¿Al de casa, o al otro? Cambio.
 —Al del Edén. Cambio.
 —¿A qué fuiste? Soy celoso. Cambio.
 —A cortar manzanas. Cambio.
 —¡Bravo! Tengo unas ganas locas de varias la dieta. Cambio.
 —Eso me dijo... Cambio.
 —¿Quién te dijo qué? Al señor Dios no le agrada verte... Cambio.
 —La serpiente. Me dijo que te gustaría comer manzanas. Cambio.
 —¿Qué serpiente? Cambio.
 —Oh... una... una amiga. Cambio.
 —¿Bonita? Cambio.
 —A mí no me gusta. Cambio.
 —Entonces ha de ser bonita. Cambio.
 —Creo que es un poco larga para tus gustos. Cambio.
 —Bueno; la conoceré un día de estos. ¿Qué hay de las manzanas? Cambio.
 —Las traje... Cambio.
 —¿Cuándo me las darás a comer?... Cambio.
 —Cuando tú digas... Cambio.
 —Quiero ahora mismo... Cambio.
 —Ahora mismo es difícil. Cambio.
 —Insisto en que ahora mismo. Cambio.
 —No es hora de comer... Cambio.
 —Soy Adán, soy el varón. Si no me das ahora mismo, le diré al señor Dios que me devuelva la costilla que me quitó... Cambio.
 —¡Eso no, por favor!... ¿Qué me regalas si te doy manzanas ahora mismo?... Cambio.
 —Dí qué quieres; ¡pero rápido, antes de que te denuncie a la policía! Cambio.
 —Quiero el nuevo modelo de vestido. Cambio.

—¿Qué modelo es ese? Cambio.
 —Uno que hará furor. El último alarido de la moda. Seré la mujer mejor vestida del Paraíso... Cambio.
 —¿Es discreto? No me gustan las cosas extravagantes. Cambio.
 —Discretísimo; cubre todo. Cambio.
 —¿Todo?... Cambio.
 —Todo. Se llama “Hoja-de-parra”. Cambio.
 —Bueno; te lo compraré. Y te daré otra cosa. Cambio.
 —¿Qué otra cosa?... Cambio.
 —Una sorpresa. Cambio.
 —¡Dime ya! Cambio.
 —Un bolso de piel de amiga... Cambio.
 —¿Piel de qué?... Cambio.
 —De amiga. O de serpiente; es lo mismo. ¡Hasta luego, hasta luego!
 Corto.

—¡Espera, espera! ¡Helmut! ¡Espera!

Entonces me le acercaba sigilosamente, como un leopardo al acecho. Ella fingía huir mientras yo la perseguía por todo el refugio, hasta darle alcance y tomar de su boca, de su cuerpo todo, la manzana:

—¡No, Helmut!

—No soy Helmut. ¡Soy Adán!

Sí; perseverábamos, perseverábamos... Pero no llegó nunca el hijo. Cuando más perseverábamos estalló la guerra atómica, primero lejos de aquí, en Viet Nam, en China, en Mongolia y, luego, encima de nosotros mismos...

Ahora me alegro de que no naciera; me alegro de la inutilidad de la perseverancia. ¿Qué sería de esa pobre criatura aquí, en este mundo en vísperas de su liquidación? ¿Qué sería de sus tiernos huesecitos, de su piel azotada por la saña atómica?

Para el niño, la guerra estalló justo a tiempo.

Y estalló tarde para nosotros...

—Juguemos...

—Qué.

—Juguemos.

—No.

—El juego...

—Deja.

—Mátame...

—...

—Mátame... Por favor...

Cuando comenzaron a caer las bombas sobre Alemania, apenas nos quedó tiempo de llegar hasta el refugio. No hubo avisos previos, ni sirenas de alarma antiaérea, ni mensajes por la radio a la población civil: era el crimen bélico, el crimen con las circunstancias agravantes de las bombas atómicas lanzadas por sorpresa... Las bombas llegaron simplemente del cielo, para hacerse hongos monstruosos sobre la ingenua, dulce tierra alemana.

No supimos nunca de dónde partieron las bombas; pero la concusión, terrible como un desgarramiento de los músculos del aire, y los sucesivos temblores terráqueos, venían de todos lados... No lo supimos nunca; nadie jamás lo sabrá. No podrán contarle ni siquiera quiénes las lanzaron con sus cohetes poderosos. Nadie los acusará ante un tribunal por el delito de genocidio, porque todo tribunal ha sido liquidado; ellos no presentarán alegatos en su defensa, porque ellos, los criminales, también murieron; ningún juez dictará sentencia, porque ya no hay más un juez. Hasta Dios parece si la Humanidad muere... No supimos de dónde vinieron las bombas; nadie jamás lo sabrá. Cuando una bomba nuclear cae, cae del cielo. Venga de donde venga, siempre cae del cielo. O del infierno: Es lo mismo... Cae como el aliento de fuego de un dios omnipotente, omnimaligno, y borra todo, hasta las evidencias de su voluntad destructora...

Así, de pronto, el refugio dejó de ser el dulce nido de enamorados y asumió el papel para el que lo había creado el ingenio humano: el papel de refugio atómico, atómico.

Desde luego, afuera ocurrieron cosas no previstas que le hicieron desempeñar mal su papel de engendro nuclear. Comenzó entonces a crecer en nosotros otro hongo: el hongo de la desesperación.

—Helmut, ¡el teléfono está desconectado!

—Estarán destruidas las centrales telefónicas.

—¿Captaste algo en la televisión?

—No; Madrid no entra.

—En España había bases nucleares.

—Quizás esté destruido ese país.

—Sigue probando con la radio.

—Es inútil... En fin...

—La BBC.

—Londres no transmite más.

—Cuba. Cuba tenía una emisora muy potente.

—No capto nada, ¡nada!

—Busca Estados Unidos. Y Rusia.

—¡Nada, Ilse! ¡No se escucha nada! ¡Solamente ruidos, ruidos como de monstruosos grillos metálicos!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Es posible que las condiciones atmosféricas creadas por las bombas impidan el funcionamiento de las telecomunicaciones.

—Helmut, ¿y si Alemania no era el único obstáculo atómico? ¿Y si toda Europa era el campo de la Maniobra Fatex?

—No puede ser...

—Helmut... estamos perdidos.

—No; no es así.

—¡Perdidos!

—No, hija; tienes que confiar.

—¡Tengo miedo, Helmut!

—Probaré otra vez en la radio.

—No... Abrazame, ¡abrazame!

—Serénate, amor; serénate. Verás cómo todo sale bien.

La senté en mis piernas, como un padre con su hijita. Ilse temblaba.

—¡Tengo miedo, Helmut! ¡Tengo miedo!

—No, hija; hay que tener fe.

—Cántame algo, Helmut.

—¿Tu cuarto Movimiento?

—No... Una canción de cuna.

—Bien; pero te duermes.

—Sí.

Entonces le canté una vieja canción de cuna alemana; una vieja canción que habla de cómo Dios sabe cuántas estrellas hay en el firmamento y cuántas nubecillas se arrastran por el cielo, y de sus cuidados para que no le falte ninguna. ¡Dios, estúpido administrador, tan cuidadoso de las nubes, tan olvidado de los hombres!

Weisst Du wieviel Sternlein stehen
 an dem blauen Himmelszelt,
 weisst Du wieviel Wölklein ziehen
 hin über alle Welt,
 Gott der Herr hat sie gezählet,
 dass Ihm auch nicht eines fehlet,
 an der ganzen grossen Zahl,
 an der ganzen grossen Zahl. (*)

Se durmió en mis piernas y, como a una niña, la acosté y la arropé con edredones. ¡Dios sabe lo que soñaba! ¡Dios debe saberlo, sí; tan cuidadoso de las nubes, tan olvidado de los hombres!

Después de dormirse Ilse, me acerqué al periscopio de observación.

Lo primero que vi fue un cielo rojo sangre, matizado de verde y de violeta. Sobre la tierra no había más que humo denso, fuego y vapor de agua; polvo gris y lava, lava sanguinolenta. La nieve de algunos picos montañosos se había derretido, y de la ciudad —mi ciudad— no se reconocía ni el perfil del horizonte.

Era un sueño, una pesadilla...

Por la noche, los promontorios y el cielo se iluminaban con un extraño fulgor, con una fosforescencia fantasmal.

Con el correr del tiempo mi mujer se tranquilizó bastante. Aceptó aquella pavorosa situación con ejemplar fortaleza; o bien el choque con la realidad fue tan violento que le provocó un trauma. Lo cierto es que, durante un tiempo, llevamos una vida bastante normal, una vida que transcurría como si nada hubiese ocurrido y solamente estuviésemos pasando, en el refugio, un largo fin de semana...

Aunque suponíamos que la destrucción de Europa había sido total, por lo menos estábamos nosotros con vida e indemnes. Es el viejo egoísmo humano. Dentro del egoísmo, sin embargo, un pensamiento altruista crecía, para alimentar el cual no requeríamos de especiales esfuerzos de generosidad: si la guerra atómica había barrido el mundo entero, sobre nosotros dos, Helmut e Ilse —Adán y Eva de la Era Nuclear— recaería la responsabilidad de no dejar perecer al planeta, de repoblarlo con la especie humana. Eso agregó una preocupación más a las numerosas que ya nos agobiaban: si hasta hoy no habíamos tenido hijos, era remoto que los concibiéramos en el futuro. Así, pues, con nosotros moriría la Humanidad. Por otra parte, de lograr tener hijos, ¿podría decirse que serían a imagen y semejanza de Dios...? Frutos de nuestra simiente, ¿serían iguales a nosotros, con nuestras creadoras cualidades, con nuestros estúpidamente destructores defectos? ¿Qué mutaciones biológicas reservaba la radiación atómica para la raza por venir? ¿De qué mons-

(*) : ¿Sabes tú cuántas estrellitas se hallan/en la tienda azul del cielo?
 ¿Sabes tú cuántas nubecitas van pasando/sobre el mundo?
 Dios el Señor las ha contado,
 para que no le falte ninguna
 de todo el inmenso número,
 de todo el inmenso número.

truos seríamos padres, de qué alimañas seríamos abuelos? ¿Valdría la pena engendrar otra vez a Caín y Abel?

—Helmut, oye este poema.

Como teníamos una buena dotación de libros, nos aficionamos poco a poco a la poesía. La poesía, que nunca leímos mayor cosa, se nos reveló de pronto como el mensaje eterno del espíritu humano, como el alegato y el testimonio del hombre de hoy al hombre del mañana. ¡Lástima que, en este caso, el futuro carecería de corazones humanos, únicos órganos receptores aptos para la poesía!

—¡Helmut! ¿No me oyes?

—Perdona, querida; ¿qué decías?

—Escucha este poema. Se llama “La Furia de un Bombardeo Aéreo”.

—¿Quién es el autor?

—Un norteamericano, Richard Eberhart.

—Léelo.

—“Se creería que la furia de un bombardeo aéreo activaría la compasión de Dios; los infinitos espacios están todavía silenciosos. El observa con rostro de conmovido orgullo. La historia no sabe siquiera qué es lo que se resuelve.

“Se creería que luego de tantos siglos Dios entregaría el hombre al arrepentimiento: sin embargo puede matar lo mismo que Caín, pero con voluntad múltiple, no ha progresado mucho desde sus antiguas furias.

“¿Fue el hombre hecho estúpido para contemplar su propia estupidez?
¿Es Dios indiferente por definición, más allá de todos nosotros?
¿Está la verdad eterna, la combativa alma del hombre .
allí donde la Bestia se alimenta en su propia avidez?

“Hablo de Van Wattering y de Averrill, nombres de una lista, cuyos nombres no recuerdo pero que han ido a temprana muerte los que en el aprendizaje fueron lentos para distinguir el cierre de alimentación del cierre del cinturón de seguridad”.

—Muy hermoso. ¿Qué es el cierre de alimentación?

—No sé; supongo que la boca... ¿Ves cómo también nosotros somos lentos para distinguirlos?

—Dime otra vez el poema de Edna St. Vincent Millay.

—¿“Qué Labios Mís Labios Han Besado”...?

—No; el otro. El del **Amado Polvo**...

—“Y tú del mismo modo has de morir, amado polvo,
y toda tu belleza no te sostiene en sitio alguno;
esta intachable mano viva, esta cabeza perfecta,
este cuerpo de acero y llama, antes del arrebató

“de la muerte, o bajo su helada otoñal,
scrá como cualquier hoja, no estará menos muerta
que la primera hoja que cae —este milagro huído.
Desintegrado, extraño, alterado, perdido.

“Ni te valdrá de nada mi cariño en tu hora.
A pesar de todo mi amor, levantarás el vuelo
ese día y divagarás por el espacio,

“oscuramente, como las flores solitarias,
sin que importe lo hermoso que puedas haber sido,
o cuán querido, entre todo lo demás que también perece”.

Siempre nos quedábamos en silencio después de declamar ese poema, que mi mujer ya se sabía de memoria, tantas eran las veces que yo le pedía lo dijese. Permanecíamos quietos, cogidos de las manos, imbuidos de un misterioso sentimiento que nos hacía vernos enfrente a nosotros mismos, como si fuésemos seres intangibles. Pienso que, en alguna forma, nos sentíamos muertos después de decirlo. Porque la muerte no era entonces un pensamiento angustiioso, pues de acuerdo al poema morir era levantar el vuelo y divagar por el espacio, oscuramente, como las flores solitarias... No era que deseáramos la muerte; eso vino después... después...

—Helmut.

—¿Si?

—Hazlo...

—¿El qué?

—Me...

Porque no sólo falló el refugio: también fallamos nosotros. Lo cual era natural que ocurriese pues si las instalaciones mecánicas fallaban, con mayor razón fallábamos nosotros, endeblés maquinarias humanas sujetas al desgaste de la angustia y la desesperación, a la rotura del derrotismo...

—¿Por qué no cocinaste algo hoy?

—¿Quieres comer?

—Es preciso que comamos. ¿O no?

—Abramos latas; es más cómodo.

—Ya sé que es más cómodo abrir latas; pero tienes que cocinar algo todos los días.

—Mucho esfuerzo para nada. Abramos conservas, y ya.

—No está bien eso. Tampoco está bien que la basura se acumule en el piso y sobre los muebles. ¿De qué sirve entonces el incinerador?

—¡Ya lo sé!

—Tienes mal carácter.

—¿Por qué lo dices?

—Tienes mal carácter. Es todo.

—Tú eres el del mal genio. Refunfuñas por nada.

Fue entonces cuando me dejé de afeitar. Fue entonces cuando mi mujer dejó de arreglarse. Y nos empezamos a bañar sólo de vez en cuando. Y yo no volví a exigir nada más, ni refunfuñé por nada. Dejamos de ser humanos y nos tornamos animales recolectores: el árbol frutal era la bodega; íbamos allí cada vez que teníamos hambre. Y así como el animal tiraba la cáscara en cualquier sitio, después de comer la fruta, nosotros comenzamos a tirar las latas vacías, después de tomar directamente de ellas, con los dedos, su contenido. Y todo era una pocilga. Y nosotros éramos cerdos. Y ella tenía razón: era más cómodo. Y un día gruñimos. Gruñimos como animales, creyendo que era nuestro lenguaje:

—Croin, croin, croin...

—Grr... Croin croin...

—Croin croin...

—Grr... grr... croin...

—Grrr...

También hicimos locuras más serias.

—Helmut, felicítame: quemé el teléfono.

—Te felicito. No servía para nada.

—Hoy me bañaré en vino.

—Escoge las botellas de 1964. Fue buena cosecha.

—¿Cosecha? ¿Qué es eso? ¿Se daba el vino en los árboles?

—No; lo parían las máquinas de coser.

—¿Me baño en rosado o en blanco?

—En tinto.

—El ácido tánico mancha la piel.

—Por eso. Quiero verte de otro color.

—¿Y luego cómo me despinto?

—Un día de estos te cepillas con dentífrico.
 —No quiero tinto.
 —Entonces un rosado espumante.
 —Buena idea. ¿Estarán frías las botellas?
 —¡Qué sé yo!
 —Me sería molesto bañarme con vino frío.
 —Dame el hacha de bombero.
 —¿Para qué la quieres?
 —Para hacer puré de televisor.
 —Yo te ayudo. ¡Y rompamos también el radio!
 —¡Eso es!
 —¡Rompamos todo, Helmut! ¡Todo!
 —¡Sí; todo! ¡Y después nos bañamos en vino tinto!

Lo rompimos todo, ¡lo rompimos todo! Y después nos bañamos en vino... En vino rosado, en vino blanco, en vino tinto, en champaña. Y ese día nos acostamos. Y después del coito lloramos. Y entonces Ilse me dio la terrible noticia.

—Estoy embarazada.
 —¿Qué dijiste?
 —Que estoy embarazada.
 —¿Estás segura?
 —Creo que sí.
 —¿Qué te hace creerlo?
 —No me ha venido la regla.
 —Eso no significa mucho.
 —No me ha venido en dos meses.
 —Un desarreglo cualquiera. Es la vida de encierro.
 —Mi menstruación fue siempre regular. Aun aquí.
 —Puede alterarse; ¿o no?
 —Hay otros síntomas. ¿Notaste algo extraño cuando me apretabas los senos?
 —Te salió... leche.

—Era calostro. A veces sale calostro del pezón, sobre todo en el primer embarazo.

—¿Has vomitado?

—Un poco. Sí; tengo náuseas, malestar...

—No me habías dicho nada.

—No sé por qué... Tenía miedo... No sé...

Guardamos silencio. Los dos pensábamos lo mismo; pero no nos atrevíamos a decir nuestros pensamientos.

—¿Qué haremos ahora? —dije yo, por fin.

—No sé...

—Tú... ¿quieres el hijo?

—...N-no...

—Entonces...

—¿Lo quieres tú?

—...No. Tampoco lo quiero...

¡El hijo, el hijo que tanto habíamos deseado! Hablábamos ahora de él como de un tumor maligno, al que era preciso extirpar perentoriamente. ¡Y ya no se llamaría Helmut, ni Ilse, ni Soraya! ¡Se llamaría Nada!

—¿Qué piensas? —Me preguntó Ilse.

—No sé... No podrás abortar; es peligroso en estas circunstancias.

—Lo sé...

—Esperemos un tiempo... Pensemos...

Otra vez nos cubrió un silencio grueso como gelatina. Oí la voz de Ilse.

—Lo he pensado, Helmut.

—¿Entonces?...

—Tengo una idea.

—¿Qué idea?

—Mátame.

—... Piénsalo bien.

—Te digo que lo he pensado. Mátame. Así termina el niño y termino yo.

—Es difícil.

—¡No lo es! ¡Es muy simple! ¡Me pones la pistola en la nuca y...

—Es difícil...

—No sufriré nada.

—Me duele pensarlo, Ilse.

Y otra vez el silencio. ¡Otra vez el silencio!

—Entonces lo hago yo misma, Helmut.

Y otra vez el silencio, ¡el silencio!

—Lo haré yo misma, Helmut.

—No; deja. Te mataré yo —acepté.

—Es necesario, Helmut.

—Quizás sea lo mejor.

—Es lo mejor, Helmut.

—Que Dios nos perdone...

—Sí... Que Dios nos perdone...

¡Dios, estúpido cerdo asqueroso! ¡Sigue cuidando de tus nubecitas, que los hombres no valemos nada!

Ella misma cogió la pistola. Ella misma la cargó y maniobró, hasta colocar un cartucho en la cámara del arma. ¡Ella, la que siempre les tuvo pavor! Luego, transformado su rostro, serena, con una sonrisa en los labios y en los ojos, me entregó la pistola en silencio. Después se peinó cantando. Se dio ligeros pellizcos en las mejillas, para animar su color, y se arrodilló a mi lado. Mientras tanto, lloraba yo en silencio. Lloraba de impotencia y de amargura.

Ella trató de tranquilizarme.

—Que no te aflija, Helmut... Es lo mejor... Sabemos que es inútil persistir... Alemania ya no existe... Ni Europa... El mundo está destruido. Destruído para siempre... Si saliéramos del refugio, la radioactividad nos mataría de todas maneras. Nos mataría lentamente, dolorosamente. Se nos caería el pelo a mechones... La piel se nos arrancaría a pedazos... No llores, Helmut; es mejor así.

Con esto me evitas sufrimientos mayores... ¡Mira! ¡Mira las flores atómicas! ¡Qué lindas! ¡Qué lindas en su sarcasmo! Es el primer producto sobre el que la publicidad no miente... ¡Recuerdas cuando, a la salida de la escuela, tú me entregabas ramos de "dientes de león"? Las cortabas tú en el camino, y cuando me las dabas no decías palabra. ¡Lo hiciste tantas veces! ¿recuerdas? ¡Y las primeras veces me dabas el ramo de "dientes de león" y corrías! Yo tenía ganas de correr detrás de ti, para preguntarte por qué corrías... Muy tarde me di cuenta de que corrías por pena a mí, ¡a mí, una chiquilla de diez años!... No llores; ¡vamos, Helmut; no llores! ¿No ves que me harás llorar a mí? A ti no te gustó nunca que llorara... ¡Vamos,

no llores! . . . ¿Quieres que te diga el poema del Amado Polvo? ¡Te gusta tanto! ¿Quieres oírlo? . . . Sí; te lo diré; pero no llores, ¿quieres?

“Y tú del mismo modo has de morir, amado polvo,
y toda tu belleza no te sostiene en sitio alguno;
esta intachable mano viva, esta cabeza perfecta,
este cuerpo de acero y llama, antes del arrebató

“de la muerte, o bajo su helada otoñal,
será como cualquier hoja, no estará menos muerta
que la primera hoja que cae —este milagro huido.
Desintegrado, extraño, alterado, perdido . . .”

Entonces continué yo el poema:

“Ni te valdrá de nada mi cariño en tu hora.
A pesar de todo mi amor, levantarás el vuelo
ese día y divagarás por el espacio.

“oscuramente, como las flores solitarias,
sin que importe lo hermoso que puedas haber sido,
o cuán querido, entre todo lo demás que también perece”.

Hundí su cara en mi pecho. Hundí mi cara en su pelo. Estuvimos así un rato, llorando en silencio. En todo el refugio no se oía más que un fuerte y angustioso *toc toc toc*, no sé si de nuestros corazones atribulados o de los contadores de radioactividad.

Al cabo de un momento, Ilse levantó la cabeza y, suspirando, me dijo:

—Lástima que destruyéramos el tocadiscos.

—¿Quieres música?

—Sí . . . El cuarto-cuarto-cuarto-cuarto Movimiento.

—El himno de la Alegría . . .

—El himno de la Fraternidad Humana.

Callamos de nuevo. Y desapareció el *toc toc toc* de los contadores Geiger. Y del cielo, lejano como un pensamiento de la infancia, llegaron hasta nuestros oídos los compases de la Coral . . .

Ilse lloraba cuando me dijo:

—¡Oye, amor! ¡Escucha! ¡Los coros cantan!

—¡Los oigo, Ilse; los oigo!

—Beethoven mismo dirige el concierto. ¡Es hermoso, Helmut; es hermoso!

—Hermoso . . .

—¡Ya cantarán, ya cantan los versos de Schiller!

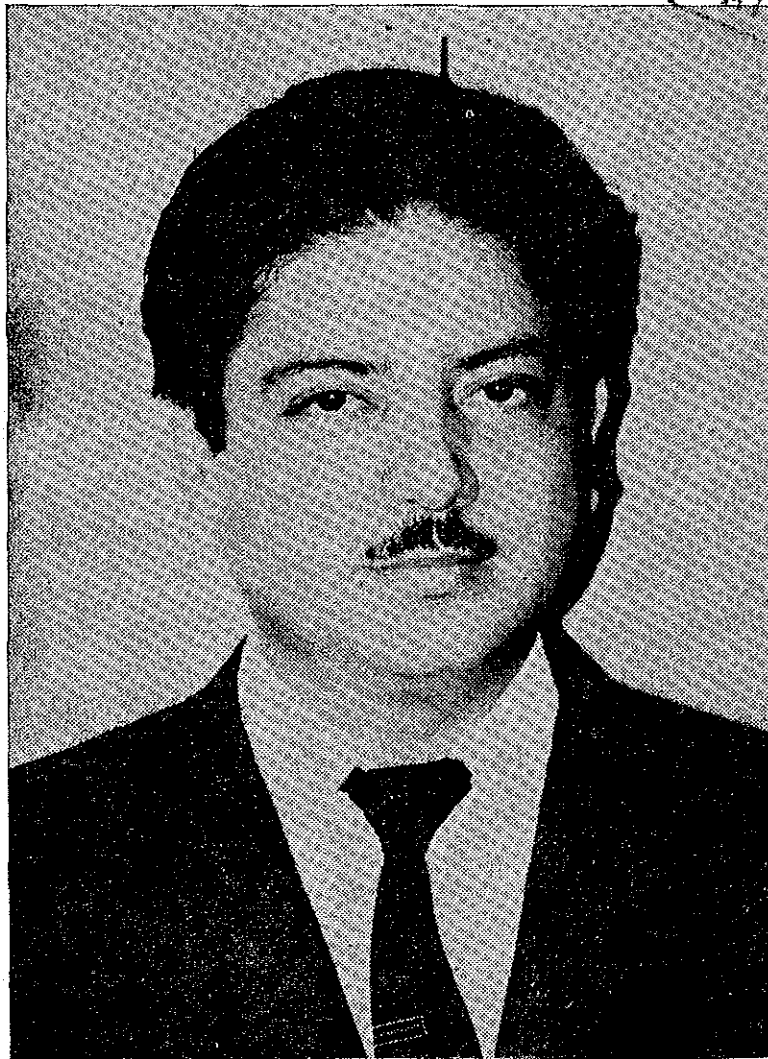
Mientras sonaba la Novena Sinfonía le pegué el tiro. En la nuca, como me había pedido. Y en tanto corría su sangre, los coros siguieron cantando:

Alegría, hermosa chispa Divina,
hija del Eliseo,
nosotros hollamos, embriagados de fuego,
tu santuario, Divina.
Tu magia une nuevamente
lo que las corrientes rigurosas separaron;
todos los hombres se tornan hermanos
donde besa tu suave ala.

¡Atronaban los coros en mis oídos! ¡Atronaban hablando de alegría, de fraternidad, de comprensión entre todos los hombres!

¡Atronaban cantando a cadáveres y ruinas!

Entonces me pegué yo el balazo. En la sien derecha. Me pegué el balazo en la sien derecha. Y un coro angélico cantaba, ¡cantaba! ¡Y músicos celestiales tocaban instrumentos divinos! ¡Violoncelos de voz grave como la voz de los Profetas que predicaron en el desierto! ¡Violines de voz dulce como la voz de los ángeles! ¡Cobres con voz de arcángeles de espada flamígera! ¡Y Beethoven nos miraba! ¡Nos miraba, primero amargado; y luego sonreía al darnos la bienvenida!



Waldo Chávez Velasco

Nació en San Salvador el 24 de octubre de 1932. Publicó *Cuentos de Hoy y de Mañana* (Primer Premio Certamen Nacional de Cultura, 1962).

Ha escrito y publicado poesía y teatro, en este último género tiene varias piezas inéditas.

En la actualidad es Director del Diario *El Mundo* de San Salvador.

EL CRIMEN

— I —

“¿Habremos seguido el camino más justo? ¿Los grandes hallazgos técnicos corresponderán a iguales conquistas en el campo de los valores morales? ¡No!, ¡mil veces no!”

Así empezaba el editorial del periódico, escrito esta vez por el Reverendo Parkison. Y continuaba: “Conocemos ya los planetas de nuestro sistema; estamos tratando de ponernos en contacto con las estrellas de tipo espectral G, para ver si en ellas se ha desarrollado la vida inteligente; las máquinas realizan todos los trabajos manuales y de cálculo que nuestros antepasados efectuaban ellos mismos. Todo esto está muy bien. Pero, ¿y el espíritu? Por todas partes se ha incrementado la maldad y el egoísmo y el olvido a los grandes preceptos enviados a los hombres por Dios, nuestro Señor. Los índices de criminalidad van en continuo aumento, todos nos hemos horrorizado por esos execrables casos de antropofagia que la policía descubrió recientemente, las estadísticas de los divorcios revelan una verdadera degradación familiar, etc. Y es dolorosísimo que esta humanidad que se enorgullece de sus científicos, haya descendido tanto espiritualmente. Pero hay que tomar medidas serias: los autores del canibalismo deben ser descubiertos; la criminalidad, en general, debe perseguirse; la vida humana tiene que ser defendida, dignificada...”

El editorial fue muy comentado, aun cuando ya se sabía en qué se iría a parar: mayor vigilancia de parte de la policía, arrestos, campañas de moralización pública a través de todos los medios de publicidad, etc. Y aun esto se llevaría a cabo sólo porque se aproximaban las elecciones para los miembros del Consejo de la Liga Terrestre. Después de ellas, todo volvería a ser lo mismo.

— II —

La luz de la luna daba una coloración láctea a la atmósfera, volviéndola casi irreal. Habría preferido la penumbra, porque ésta permitía avanzar sin precauciones, mientras que la claridad obligaba al sigilo. De todas maneras tuvo suerte porque, cuando la encontró en el jardín de su casa, ella estaba dormida y su cuerpo desnudo se extendía, inmóvil, sobre la hierba. Era tan hermosa que se vio obligado a contemplarla con admiración, sintiendo hasta un poco de pena al mirarla tan indefensa e inocente. La pobrecilla seguramente, como se acostumbraba a menudo, había salido a dormir a la intemperie para librarse del calor. Su carne blanca era suave, atractiva, voluptuosa, pero él no pensó en ello.

El crepitar de una rama pareció sobresaltarla, y él se detuvo, conteniendo la respiración. Mas no se despertó. Entonces, con diabólica serenidad, poseído por un impulso irrefrenable, le inyectó el narcótico que hizo su efecto instantáneamente. La piel de ella, más tranquila, adquirió un color rosado pálido que la embellecía más, y él, acercándose, la mordió con fuerza, experimentan-

do un sádico placer con los convulsos, desesperados e inútiles movimientos de su víctima...

Murió muy pronto y él siguió devorándola, hasta saciarse. Luego ni siquiera se preocupó por ocultar los restos del cadáver, y en su cerebro endurecido no había espacio para la compasión. Ahí quedaron, pues, descomponiéndose, los restos de la pobre oruga, mientras el escorpión regresaba a su madriguera, satisfecho. Pero no alcanzó a llegar porque, a medio camino, fue devorado por un ave rapaz.

EL DESCUBRIMIENTO

Cuando la atravesaron, la ciudad estaba llena de gallardetes y banderas, y por las calles los vecinos se abrazaban descaradamente. Parecía imposible que unos días antes hubiera habido discusiones interplanetarias tan violentas, aunque, como siempre, por motivos nimios. Pero sucedía así todo el tiempo: el día del aniversario se celebraba una especie de tregua, y la gente se sentía contenta del prójimo, bailaba con los desconocidos y cualquier forma que tuviera apariencia homínide le parecía hermosa: una fraternidad universal tendía a realizar los sueños de los antiguos fundadores del cristianismo. Antes de que se suspendieran definitivamente todas las guerras, había un tácito armisticio el día de la conmemoración. Cuando se llegó a la efectiva unión de los planetas de tipo espectral G de nuestra galaxia, las contiendas bélicas resultaron absurdas, pero, naturalmente, ello no quería decir que se hubieran borrado de un solo todas las diferencias. Los descendientes de las razas primitivas (Taucetianos, Argineses, Marcianos, Terrestres, Epsilonianos, etc.), a pesar de su relativo atraso, presumían de sus orígenes frente a los mestizos, quienes, a su vez, no perdían ocasión de demostrar su superioridad mental. El día del aniversario, repito, todos semejabán niños en su primera tarde de vacaciones.

El turbomóvil, lentamente, cruzó por las calles centrales e ingresó en la zona del puerto. El motorista se sentía muy contento de llevar a personajes tan importantes, y conducía con mucha prudencia. A su lado iba sentado el Secretario de Relaciones Públicas de la Unión Galáctica (U.G.), y atrás nada menos que el Secretario General, su esposa y su sobrino, un mozalbete que parecía muy fastidiado de usar un vestido tan limpio. Y es que ahora se cumplían 365 años de la fecha del descubrimiento, es decir, como si un año terrestre se hubiese multiplicado por sus propias revoluciones. Por eso se había dispuesto dar un especialísimo realce a las celebraciones, y llevar a cabo una Asamblea General de la U. G. en la isla terrestre donde desembarcaron y que, como sabemos, había sido declarado monumento de importancia galáctica.

El coche llegó a la entrada de la carretera interoceánica y se detuvo a esperar que les asignaran pista y les entregaran el parte meteorológico. Esta carrete-

ra tenía entonces 18 pistas sobre-elevadas al nivel del mar (nueve para ir y nueve para venir) y 12 submarinas. Como ahora, se usaban siempre a voluntad, a menos que hubiese mal tiempo, en cuyo caso debía recurrirse a las segundas. En cada pista debía mantenerse, obligatoriamente, una determinada velocidad, y las asignaban de acuerdo con la intensidad del tráfico y la potencia de los vehículos, mas a los turbomóviles oficiales les permitían elegir. El motorista, pues, se decidió por un túnel de 1200 millas de velocidad (“chi va piano va lontano”, se dijo refunfuñando un antiquísimo proverbio), penetraron en la pista submarina, apretó el acelerador hasta que en pocos kilómetros las agujas del velocímetro señalaron exactamente las mil doscientas millas, y entonces conectó el piloto automático, desentendiéndose del coche porque sabía que el radar de dirección era mucho más eficiente que sus propios medios. El Secretario de Relaciones Públicas iba tratando de aprender, de memoria, su discurso que sería el plato central de los festejos. “Inmerecidamente he sido designado para tomar la palabra en la conmemoración del día grandioso... ¿Grandioso o glorioso?”, se preguntó y, con disimulo, extrajo del bolsillo el texto del discurso para comprobar la frase. Una vez satisfecho, siguió repitiendo mentalmente. La esposa del Secretario General se empeñó en dar a su sobrino una lección de historia, y al principio éste puso cara de mártir; después se dedicó a pensar, por su cuenta, en las competencias de cohetes X7 del domingo próximo. De pronto, por molestar ya que sabía que era un punto álgido, preguntó aparentando ingenuidad: “¿Y es cierto que él no se dio cuenta de lo que había hecho?” La tía le miró colérica, quiso buscar la ayuda de su marido para responder a tal impertinencia, pero el otro le respondió con un ronquido, porque se había adormecido en cuanto ella comenzó su charla.

Y, sin embargo, tal vez no era del todo una impertinencia. Además, aunque hubiese sido cierto, ¿qué importancia podía tener? Por lo menos es lo que yo pienso. Sé que Cris, aquella tarde de hace más de 365 años terrestres, estaba muy lejos de imaginar la tremenda revolución que produciría en las relaciones interestelares. Y su hijo todavía más. Cris, hasta entonces, había sido sólo un buen piloto que comandaba aeronaves de transporte en la línea que iba desde Epsilon Eridani hasta las estrellas de Orión. Se usaba entonces la ruta directa que ahora designamos con el nombre de “el viejo camino”, y que alguna vez sirve para vuelos deportivos. Es una ruta peligrosa por las frecuentes lluvias de meteoritos y por los bruscos cambios de gravedad. Por eso entonces los pilotos eran bien pagados. Además, desde que perdió a su esposa, creo que Cris se había vuelto más intrépido, y esto no quiere decir que no amase a su hijo o que no pensase en el porvenir del chico: prueba de ello es que había suscrito una póliza de aseguración, de cuotas muy altas, en favor del niño. Todo iba bien o, al menos, normal, cuando aquella idea comenzó a horadar su cerebro, primero como una gota de agua y, muy pronto, como un pájaro carpintero: “¿y si hubiera otra ruta menos peligrosa para ir a Orión, aunque fuese más larga?” Lo comentó en el Casino de pilotos de primer grado, con un poco de vergüenza pues era algo demasiado obvio. Los otros le prestaron atención con amabilidad. Luego comenzaron a cansarse cuando, después de cada viaje, Cris volvía a insistir sobre el argumento, y en seguida lo aislaron como se hace con los apestados o con los aburridos. Para cualquier otro, esto habría sido más que suficiente, pero Cris tenía una terquedad a prueba de cualquier fuerza magnética, y sus primeras vacaciones las aprovechó

para ir a plantear el asunto a los directivos de la compañía de transporte. Como no le hicieran caso, fueron, con su hijo, a la capital de Epsilon, para tratar de conseguir una audiencia de los dirigentes del gobierno. Un reportero joven, con muchas ganas de hacer carrera, pescó a Cris en un bar y publicó varios artículos en el periódico telepático, los que, gracias a su fina ironía, presentaban al piloto como a un estafalario navegante que creía (¡ja, ja!) que el espacio exterior a las constelaciones conocidas podía recorrerse como quien da una vuelta por el propio jardín de su casa. Cris renunció a su empleo. Con sus ahorros compró una vieja nave espacial, para dos personas, y se dedicó a ir de estrella en estrella, exponiendo su idea, sus modos de realización y las ventajas que se obtendrían. El magnesio, el cobalto, el estroncio y los otros minerales de Orión (especialmente los de Aldebarán) eran tentadores, claro, además de ser indispensable para la vida cómoda de las estrellas superiores; a causa de sus excesivos riesgos, los viajes por la ruta normal eran poco frecuentes. Sin embargo en todas partes recibieron a Cris con cajas destempladas, lo que, en nuestro tiempo, no deja de causar alguna extrañeza. Pero hay que pensar que, con todo y los notables adelantos de que nos hemos dado cuenta posteriormente, en las estrellas superiores existía un desconocimiento casi integral del espacio exterior y, además, una buena cantidad de leyendas y supersticiones: mundos habitados por terribles monstruos, microbios estelares de terrible virulencia, etc. En el Museo Cosmográfico de Tau Cetí, por ejemplo, todos hemos sonreído alguna vez frente a la ingenuidad de los mapas estelares que se poseían antes del descubrimiento, mas no seríamos objetivos si no los justificásemos con los escasos medios técnicos de que disponían nuestros antepasados. Cada negativa a financiar una expedición, era un nuevo incentivo para Cris, porque esto se llegó a convertir en algo personal, en una batalla consigo mismo y con el mundo. Existe, también, otro aspecto en el que he meditado largamente: las relaciones entre Cris y su hijo. Supongo —y hay documentos a mi favor; por ejemplo, cartas que he podido examinar personalmente por cortesía de la Filмотeca Central de marte— que Cris sentía miedo de que su hijo le considerase un loco o, peor aún, un fracasado. Una vez, sin embargo, cuando llegaron a Lau (y esto es notorio porque el chico, ya adulto, lo contó en una serie de artículos que publicaron casi todos los noticieros espaciales), Cris preguntó al muchacho si deseaba regresar a Epsilon Eridaní e internarse en un colegio. “Después de que encuentres la ruta, papá”, le respondió, y el padre “volvió a ver hacia otra parte por temor de que me diera cuenta de lo emocionado que estaba” (véase el tercero de los artículos citados). En la estrella Sigma 123 (la que hoy lleva el nombre del descubridor, situada en el paralaje 0' 23") les recibieron bastante bien y tuvieron suerte en ganarse la amistad de una especie de consejero de los Gobernantes Máximos, quien les consiguió una audiencia. Cuando entraron al palacio de cobalto, Cris tuvo la intuición de que aquí todo sería mucho más serio que en otros lados, porque en la Sala Gris le esperaban los dos Gobernantes (ella y él) acompañados de un comité de sabios. Y empezó la discusión. Cris empezó a hablar de las ventajas que traería consigo el descubrimiento de una nueva ruta, pero le interrumpieron pidiéndole brevedad, puesto que los beneficios los conocían todos perfectamente. Cris había trabajado mucho trazando planos, imaginando centenares de problemas que encontraría y sus eventuales soluciones. Había pasado muchísimo tiempo en la central de calculadoras electrónicas, em-

pleando hasta tres máquinas a la vez. Pero los científicos de Sigma echaron por tierra una gran cantidad de variantes, constantes, planes y respuestas. La objeción más seria era, naturalmente, la de los puntos de orientación y el cálculo de distancias. Se sabe que cualquier medida es siempre un dato convencional referido a algo sobre lo que se posee absoluta o aproximada certidumbre. Pero, desconociendo casi todo lo del espacio exterior a las constelaciones propias y próximas, a pesar de las innumerables e inteligentes hipótesis formuladas por tantos sabios, ¿en base a qué puntos de referencias podría establecerse una guía, un programa de vuelo, etc.? Cris se defendió lo mejor que pudo y, considerando las eminencias a las que se enfrentaba, hay que confesar que lo hizo muy bien. Por último, el comité decidió estudiar el asunto y emitir, en breve, su fallo: lo que era ya un triunfo puesto que, en general, siempre les habían dicho que no a las primeras palabras. Con todo, la confianza que el pueblo había demostrado a sus dos Gobernantes Máximos permitía a éstos no sólo la posibilidad de una gran influencia sobre el comité sino hasta la capacidad de revocar una decisión del mismo. La función de éste, pues, era puramente consultiva, pero Cris creyó adivinar una cierta buena voluntad de parte de los Gobernantes, lo que se reafirmó cuando les invitaron a hospedarse en el Palacio. “Os agradezco”, dijo Cris, “pero... somos apenas un pobre piloto y su hijo. No quisiéramos molestar”. La señora se acercó al niño y le acarició los cabellos. “No es fácil conseguir hospedaje en Sigma”, contestó; “se aproximan las fiestas estelares. Espero que aquí estaréis bien”. Entregó su mano a su compañero de gobierno, y ambos se retiraron. Al día siguiente Cris se levantó un poco tarde, cansado del viaje, y se sorprendió al no encontrar al chiquillo en la habitación. Salió a buscarle y se tranquilizó al verle en el patio, en compañía de la señora. Y el diálogo entre ambos lo saben actualmente, de memoria, todos los escolares: “Si tu padre hiciese el viaje, ¿no te daría miedo? Si no regresa te quedarías solo”. “No”, dijo el menor, “mi padre regresará cuando haya obtenido lo que busca”. Y estas palabras fueron decisivas (al menos eso declaran los románticos de la historia) porque la señora sabía que los niños no suelen equivocarse en las cosas que les son esenciales.

Y aquí empezó la “Odisea”, podría decirse, evocando al antiquísimo poeta que vivió en el ochocientos a. C., es decir, hace más de 3600 años. Cris partió al mando de las tres naves y de las escasas tripulaciones que le confiaron. Lo demás ha sido demasiado repetido en los microfilms y las bandas magnéticas que se utilizan en todas las escuelas. Por mucho tiempo las tres astromares ambularon, guiándose más por la imaginación que por los instrumentos. En los relojes atómicos el tiempo avanzaba, retrocedía, se mantenía fijo a ratos, burlándose de los astronautas. El radamentor era un simple espejo sin imágenes. La radio dejó de funcionar. Los cambios de atmósferas y gravitaciones obligaban a un continuo relevo junto a los aparatos de control interno, porque los automáticos parecieron enloquecer al principio y muy luego se atascaron. En su habitación, Cris trazaba, lo mejor que podía, la ruta que, más o menos, habían seguido, pero a un cierto punto se desconcertó completamente. A esto vino a añadirse el problema de las tripulaciones. Todos provenían de Sigma y tenían experiencia sólo en viajes cortos sobre modestos paralajes. Habían acatado las órdenes de los Gobernantes Máximos recurriendo a todo su sentido de la obediencia, pero está claro que a nadie le había gustado un

vuolo de esta especie, ni navegar bajo las órdenes de un señor que antes había sido rechazado en todas partes. Y el malhumor no tardó en manifestarse. Primero se reducía a murmuraciones, a pleitos entre ellos; pero rápidamente fueron tomando más confianza e insolentándose... Hasta que estalló una verdadera y propia sedición, como no se tenía recuerdo en toda la historia de las constelaciones superiores. Cris amenazó, pidió, suplicó, pero no había manera de convencerlos a proseguir. Y entonces recurrió al engaño de fingirse muy seguro de sí mismo: les presentó la ruta que habían seguido, con todos sus detalles (muchos de ellos inventados, como era natural) y les hizo compararla con otra "original" exactamente igual a la anterior. "Por lo menos", se dijo, "van a pensar que sé muy bien lo que estamos haciendo". Las tripulaciones deliberaron, hubo algunas discusiones fuertes y, finalmente, acordaron señalar un plazo. Y Cris tuvo que aceptarlo, porque lo contrario habría sido un suicidio. Hacia esas fechas entraron en las zonas de las gravedades distintas que les sobresaltaron cada vez más, en ocasiones llenándoles de esperanzas. Si el *radamentor* no se hubiera averiado, posiblemente habrían registrado, muy rápidamente, no la realización de los propósitos que llevaban, pero sí las primeras observaciones de un sistema nuevo. Sin embargo pasaron, sin darse cuenta, frente a las atmósferas de seis planetas, hasta que entraron en la órbita del séptimo, y, a ojo vivo, pudieron contemplarlo, mientras el grito de un tripulante señalaba el "día glorioso", como dirá dentro de un rato en su discurso el Secretario de Relaciones Públicas de la Unión Galáctica. Cris, en efecto, no llegó a saber nunca que, en vez de una nueva ruta hacia Orión, había realizado nada menos que el descubrimiento de la Tierra y de un nuevo sistema, el catorce de octubre del dos mil cuatrocientos noventa y dos.

EL REFUGIO

I

—“¿Atrapará algo el viejo?”

—“¡Ojalá”, contestó Red, mientras repartía las cartas para el póker, y los otros aviadores cruzaron los dedos detrás de la espalda. “El viejo” era el Comandante Nolson, de la zona IV, es decir, de una de las bases de vigilancia aérea que los Estados Unidos habían montado en Alaska, frente al territorio soviético. Nolson era un fanático de la caza. El lugar abundaba en zorros, y en los últimos tiempos el trabajo de los técnicos del radar y de los aviadores se había vuelto completamente rutinario. La posibilidad de una gran guerra mundial era cosa de locos, y si, como se esperaba, rusos y yanquis firmaban pronto el acuerdo ya elaborado, llegaría la orden de desmovilización. Permanecía sólo, mientras tanto, la amenaza de un error de cálculo de ambas potencias, pero, ¡vamos!, a cualquiera le puede caer un ladrillo sobre la cabeza

y no por ello vamos a salir todos con sombreros blindados. Para controlar los vuelos de los bombarderos supersónicos, bastaba el Coronel Rower, el segundo jefe ("El Esclavo", como le llamaban), por lo que, al menos dos veces a la semana, el Comandante se iba de cacería por los alrededores, y su humor dependía de los resultados. Si no regresaba siquiera con el cadáver de una pobre foca, no había nadie que le soportara, y desde Rower hasta el cocinero maldecían a toda la fauna animal por no haber designado algún representante que se pusiera en la mira del fusil de Nolson. Cuando caía algún zorro, en cambio, podía obtenerse hasta permisos extraordinarios.

II

Nicolai tiró su abrigo de pieles sobre una silla y entró directamente al cuarto de controles, para ocupar su turno. Se había atrasado dos minutos, y al verle llegar su compañero suspiró y se despojó de los auriculares.

—“¿Qué dicen los colegas capitalistas?”

—“Nada”, afirmó el técnico con desgano. “Han estado hablando de mujeres”.

—“¿Será alguna clave nueva?”, dijo Nicolai cazarramente, mientras despedía al otro con un gesto.

Y se quedó solo, tratando de poner atención a los radiogramas que transmitían en la zona IV, situada al otro lado del Estrecho, a unas pocas millas del campamento ruso de vigilancia aérea. No se levantaba un solo avión ni se transmitía una sola palabra sin que el radar y los detectores de radio de la zona rusa los registraran cuidadosamente. Sabían, también, que los norteamericanos hacían exactamente lo mismo, y desde unos meses atrás tanto la cadena rusa de bases como la yanqui habían perdido casi toda importancia. Cuando el Parlamento norteamericano y el Congreso del Partido Comunista aprobasen el acuerdo (y ni el más pesimista se atrevería a dudar de que lo harían), de todas estas bases quedarían sólo los observatorios meteorológicos. “Pero mientras sucede, hay que cumplir”, refunfuñó Nicolai, mientras enviaba las órdenes de vuelo a los aviones que se encontraban en el aire.

III

Los niños esperaban, en fila, muy serios, con los ramos de flores en las manos. Una chiquilla rubia, de pronto, pareció muy impaciente. Se puso a golpear el suelo con el pie izquierdo, palideció, hasta que fue incapaz de resistir y abandonó la fila en dirección a la maestra. Los otros niños la miraron pasar, con una sonrisa irónica, pero no se atrevieron a hacer comentarios. La maestra se ruborizó, vio hacia todos lados, incómoda, y luego indicó a la niña la puerta de la “toilette”, hacia donde la pequeña rubia escapó de carrera, dejando el ramo en los brazos de la maestra. Regresó al poco rato, muy satisfecha, cogió las flores y retornó a su puesto.

Y no fue el único incidente que se produjo esa mañana, en el aeropuerto, mientras se esperaba el arribo de los científicos delegados por las dos poten-

cias mundiales, quienes examinarían el nuevo refugio antinuclear. Los norteamericanos llegarían a las 9 y 5 minutos. Los rusos, media hora después. Y el servicio de protocolo del país neutral había organizado cuidadosamente las ceremonias de recepción en base a estos horarios: Los fotógrafos y camarógrafos, los niños que entregarían un ramo a cada delegado, las palabras de bienvenida del Ministro de Relaciones Exteriores, etc. Pero, ya se sabe, los rusos gozan fama merecida de aguafiestas y adoran la espectacularidad, por lo que al capitán del Turboleu que conducía a la delegación soviética se le antojó batir un record de velocidad, y adelantarse nada menos que 30 minutos. Y así todo el programa de recepción se fue al infierno, y se plantearon un montón de problemas: “¿Qué himno sonar primero?, ¿cuál bandera se izaría en primer lugar?, ¿qué haría el Ministro con sus dos discursos?” Los periodistas se dividieron, formando dos grupos al pie de las escalerillas de los aviones, los niños hicieron lo mismo y faltaron ramos de flores a una delegación mientras le sobraban a la otra, etc., etc. El público, con todo esto, se divertía de lo lindo. Rusos y yanquis, en cambio, no descaban más que terminasen rápidamente esas trivialidades, para ponerse a trabajar.

Ambos grupos se apreciaban mucho y sentían mutuamente una amistad basada en el respeto. En cierto modo, además, eran los triunfadores, ya que, por cuanto ahora los políticos se vanagloriaban del acuerdo de desarme, éste no se habría producido sin la decidida intervención de los científicos. En efecto, ¿qué es lo que habían hecho los políticos hasta el momento en que se produjo la llamada “revolución de las cabezas de huevo”, como escribió el New York Times? La verdad es que, en ambos frentes, los políticos primero pidieron a la ciencia armas atómicas, luego armas nucleares, en seguida aparatos para transportarlas. Y después entablaron una lucha que tenía toda la apariencia de un juego de niños: “¡Construid un antimisil”, decía el Kremlin. “¡Fabricad un destructor de antimisil!”, ordenaba la Casablanca. “Entonces, ¡haced un proyectil que destroce, en vuelo, al destructor del antimisil!”, gritaban en Moscú. “¡Ah!, ¿sí? Pues ahora, queridos científicos democráticos”, arengaba Washington, “¡cread el rayo que deshaga al proyectil destructor del destructor del antimisil!” Hasta que los científicos norteamericanos y soviéticos, en una de tantas conferencias internacionales con las que los políticos trataban de calmar la opinión pública, se miraron las caras unos a otros, diciéndose: “Bueno, y nosotros ¿qué somos tontos?” Naturalmente era impensable una subversión o una resistencia declarada. A los sabios rusos los habrían enviado a los campos de trabajos forzados de Siberia, y los yanquis habrían tenido que comparecer ante el Comité de Investigaciones Especiales del Senado. ¡No! El plan de acción (al que se llegó por una especie de entendimiento tácito) fue mucho más inteligente, y empezó a desarrollarse en la competencia de conquistas espaciales en que ambos bloques estaban empeñados. En estos programas, los científicos eran también los caballos que los políticos agujoneaban desesperadamente: “¡Más!, ¡más rápido!, ¡tenemos que llegar primero que ellos!” Como con mucha ingenuidad, los científicos rusos comenzaron a quejarse de que, por las diversas direcciones que llevaban ambos programas, los norteamericanos habían obtenido cálculos de los cuales carecían los rusos: sin ellos los progresos, dijeron, tenían que ser muy lentos. “No se preocupen. Podían haberlo dicho antes”, dijeron los políticos comunistas, y

mandaron instrucciones urgentísimas a sus agentes del Servicio de Espionaje. Pero, por una "casualidad" (llamémosla así, porque no estaría bien sospechar que se hubiesen avisado) los científicos norteamericanos ocultaron cuidadosamente los cálculos que los otros buscaban. La misión de espionaje, entonces, fue un fracaso rotundo, y varios miembros del Servicio fueron llamados a Rusia, en donde les entregaron unos billetes para el transiberiano. A su vez, los yanquis informaron al Pentágono: "los odiados comunistas tienen un combustible sólido sensacional, del que no tenemos idea" y otras cosillas por el estilo. "¿Os inquietáis por una bobería como ésta?", preguntó el FBI, y, en clave, transmitieron nuevas órdenes a sus espías en Rusia. Pero, ¡oh el azar!, precisamente aquello que buscaban fue ocultado bajo siete llaves, y los agentes del FBI se vieron alcanzados por una brusca disminución de sueldo. Entonces los políticos cometieron el error de buscar la propaganda. La prensa rusa inició una fuerte campaña sobre "la ciencia es el patrimonio de toda la humanidad. Los yanquis son unos egoístas, al no participar al resto de naciones los informes de sus conquistas". La prensa norteamericana y las agencias noticiosas occidentales siguieron por el mismo camino, atacando a los "rusos egoístas", y todos tardaron en darse cuenta de que habían caído en la trampa, porque en la opinión pública (especialmente en la de los países neutrales) se popularizó el lema del "dando y dando". Y así se vieron obligados a colaborar, y cuando se comienza a trabajar juntos en alguna cosa, resulta fácil también el pensar en las otras...

El refugio antinuclear era, pues, uno de los tantos trabajos en colaboración. Los rusos habían fabricado aleaciones capaces de resistir un impacto violentísimo, equivalente al que se experimentaría a cinco kilómetros del epicentro de una explosión de 12 megatones. Lo que quería decir que, en caso de conflicto, en una gran ciudad, si caía una bomba de dicha potencia en sus calles centrales, con los refugios podrían salvarse los suburbios. Pero, como se sabe, quedaba planteado el problema de la radioactividad y de la nueva arma en la que las ondas radioactivas penetraban a través de los metales, del hormigón, etc., dejando intacta la materia inanimada pero destruyendo a los seres humanos. Y contra esto Springfield, el larguirucho profesor de Física de la Universidad de Harvard, descubrió su misterioso campo magnético, capaz de aislar integralmente casi un kilómetro cuadrado. Ambas invenciones, entonces, se complementaban. Pero como aún perduraban serias diferencias, se dispuso experimentar el refugio en un país neutral, y de los resultados dependería la construcción, a gran escala, en todas partes. Los habitantes del país neutral no se habían sentido muy contentos porque, aun cuando las pruebas del campo magnético se realizarían proyectando rayos contra el refugio, sin necesidad de explosiones, las gentes supersticiosas sostenían que, para probarlo, en una guerra el refugio atraería las bombas así como los espejos atraen los rayos en las tormentas eléctricas. Pero, de inmediato, el país fue tan llevado y traído en la prensa mundial, y el turismo aumentó tanto, que se conformaron. Para sacar más provecho del asunto (y en estas cosas los países neutrales han sido siempre especialistas), hicieron coincidir la llegada de los científicos con las fiestas locales. Y así se habían programado los diversos actos festivos: los bailes en las plazas públicas, los fuegos artificiales, los desfiles de carrozas, etc. Para el día de llegada, precisamente, el Municipio había organizado un estuendo festival nocturno en el que, en medio de bengalas y luces de colores,

se formaría un letrero de fuego con el siguiente lema: "El pueblo de L... presenta su saludo de esperanza a la ciencia", frase que había dictado el poeta vencedor de los juegos florales. Pero desde que les explicaron el programa, los científicos declararon, sin ambages, que ellos eran personas serias y que de ninguna manera estaban dispuestos a convertirse en un número de las fiestas; que agradecían tanta gentileza, pero que ellos habían llegado a trabajar y disponían de muy poco tiempo.

IV

Red esperó a que el avión hubiera tomado suficiente altura, conectó el aparato de vuelo y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Laver, el copiloto. Estaban a más de sesenta mil pies de altura, y en el interior de la nave la temperatura era agradable.

—“¿Tienes noticias?”, preguntó.

—“Sí”, dijo Laver. “Los malditos Gigantes ganaron ayer a los Indios de Cleveland. Siete carreras a tres. ¡Es inaudito!”

—“El peatcher es malo, yo lo he dicho siempre. ¿Y los Yanquis?”

—“Esos sí ganaron, como era de esperarse. Es por demás, el base-ball es cuestión de millones. Ellos tienen más dinero y, claro, compran a los mejores jugadores”.

—“Dicen que por Ted Williams pagaron sólo diez mil dólares”.

—“¡Cuentos! ¿Sabes que el martes Anes dio otro palo de cuatro esquinas? Batirá el record. Lleva ya 57”.

—“¡Qué va!, apenas 52”.

—“57, te digo. He llevado la cuenta”.

—“¿Apostamos?”

—“15 dólares”.

—“Vale. Llamaré a la estación; el telegrafista tiene siempre los records a mano”. Red conectó el aparato de radio: “Vuelo 1042, Vuelo 1042, llamando a la central. Paso”. La radio emitió un par de sonidos y luego se escuchó una voz confusa, algo aflautada: “La central escucha vuelo 1042. Hable. Paso”. “¿Cuántos palos largos ha dado Anes este año? Paso”. Esperaron un momento, hasta que la voz contestó: “57 palos largos hasta el martes. Paso”. “Muchas gracias. Cierro”, dijo Red, mientras Laver extendía la mano triunfalmente.

V

Nicolai escuchó la conversación y anotó la hora, comprobando en seguida si el aparato magnetofónico había grabado perfectamente. “Sólo se puede estar tranquilo cuando los yanquis hablan de base-ball”, pensó. Nicolai era aficionado al balompié, fanático del Dynamo, de Moscú, pero de tanto oír las

pláticas de los aviadores norteamericanos había comenzado a interesarse por el base-ball, a pesar de que en Rusia se practicaba poco. En el aparato de señales se encendió una luz roja, y Nicolai conectó rápidamente el teléfono interior: "El radar registra un avión no ruso, un bombardero nuclear grande". "Sí", contestó Nicolai, "acabo de registrar una conversación. Ninguna novedad". Y volvió a poner atención por si del aéreo volvían a utilizar la radio. Dos horas después, cuando ya se estaba aburriendo del silencio, empezó la tormenta.

VI

Al principio fueron pequeñas sacudidas, bruscos descensos que atribuyeron a los baches de aire. Red llamó de prisa: "Sí, se acerca una tormenta. Es mejor que se eleve. Seguiremos informando. Paso". Le tocaba el turno al copiloto, y éste movió hacia sí el timón, mientras la aguja del altímetro se movía hacia la derecha. Red fue a informar a los artilleros para que atasen bien sus cinturones de seguridad, pero a medio paseo cayó y tuvo que caminar a gatas, porque había comenzado el baile. Avisó a gritos y regresó dificultosamente a la cabina, ya que el viento los zarandeaba hacia todos lados. Tenían un margen de seguridad no muy grande, porque el bombardero podía ascender sólo hasta una determinada altura. Por más que subían no lograban salir de la tormenta, y el copiloto, asustado, llamó a la base: "¿Hay posibilidades de aterrizaje? ¿Hay posibilidades de aterrizaje? Paso". "No hay posibilidades de aterrizaje", le contestaron; "el viento ha destrozado dos aparatos que estaban fuera de los hangares. Manténganse en vuelo. Avise continuamente altura y latitud. Paso". Laver dio los datos requeridos, y piloto y copiloto se dedicaron a la lucha, llamando a la base cada cierto tiempo. El avión se había transformado en una gigantesca coctelera que las manos del viento agitaban a su antojo. Las estructuras crujían, pero todos estaban seguros de que resistirían. Sin embargo sabían que si la tormenta no cesaba pronto no tendrían muchas esperanzas. El avión llevaba seis bombas nucleares, pues era de los que permanecían casi constantemente en el aire, como medida de seguridad contra un ataque por sorpresa. Si la situación se ponía demasiado desesperada, los artilleros tratarían de quitar las espoletas, sin las cuales aseguraban que las bombas eran completamente inocuas. Pero, ¡vaya usted a saber!; todas las cuestiones nucleares se conocen sólo hasta cierto punto, y la verdad era que, al respecto, ni Red ni Laver las tenían todas consigo: una cosa son las pruebas en el laboratorio, y otras las que pueden suceder sobre la marcha...

Una hora después, la voz de la radio se fue debilitando, y los dos pilotos tomaron la decisión de llamar a la base rusa, solicitando información y permiso para aterrizar en un lugar cercano del territorio soviético. Pero no recibieron la menor respuesta. Entonces se dirigieron nuevamente a su base, y esta vez no escucharon ni siquiera el zumbido característico de la radio. Comprendieron así que la tempestad había destrozado la antena del avión, y Red comprobó que, además, los aparatos de dirección funcionaban muy mal. "¿Hay que quitar las espoletas de las bombas inmediatamente", gritó Red, y añadió: "Después nos encomendaremos a la buena de Dios. ¿Cuánto duraremos?" "Aunque el avión resista, tenemos combustible sólo para poco tiempo. ¿Adónde vamos?", preguntó Laver a su vez. Red dio una mirada irónica a los apa-

ratos de dirección, contestando burlescamente: "Pon la proa hacia Honolulu. De seguro nos van a estar esperando las chicas con las flores". Y se marchó, arrastrándose, para dar la orden a los dos artilleros a fin de que trataran de quitar las espoletas. Pero con tanto movimiento, ni siquiera sobre esto se hacía muchas ilusiones.

VII

Nicolai no perdió la calma, al oír la alarmada voz de su colega, el encargado del radar: "¡Un bombardero supersónico avanza hacia territorio ruso. El radar lo registra a pesar de la tormenta". "Sí", contestó Nicolai, "al principio pidió indicaciones a su base. Cuando comenzó a desviarse de su ruta traté de comunicarme con ellos, pero no contestan porque no pueden o porque no quieren". Y como era su obligación, apretó el timbre de alarma y las dos grandes salas de controles pronto fueron invadidas por técnicos y militares. Todos los aviones de la base rusa habían regresado unos momentos antes de que se iniciase la tormenta, gracias a un pastor que había enviado un telegrama desde un lugar situado a muchos kilómetros, porque la verdad es que los observatorios meteorológicos no habían señalado nada. El comandante informó inmediatamente a la base próxima; ésta, a su vez, a las otras, y en cuestión de segundos la noticia fue avanzando hacia Moscú, como si fuese transmitida por los tam tams electrónicos de una jungla moderna. Y el avión siguió avanzando...

Nicolai transmitió, esta vez muy nervioso, la orden del Comandante. Y soltaron los primeros cohetes, pero ninguno dio en el blanco: "¿Cómo diablos se puede guiar un proyectil con esta tormenta?", rabió el operador. Siguieron disparando, como en las ejercitaciones, hasta que el avión salió del campo del radar e ingresó en el de las otras bases, en donde le recibieron con las mismas salvas de saludo.

VIII

Los científicos se dividieron perfectamente el trabajo, formando grupos mixtos. Unos atendían los aparatos electrónicos, regulando cuidadosamente los circuitos; otros revisaban las materias químicas que habían sido acumuladas en las bodegas, los alimentos, el agua, etc. Si se mantenía el mismo ritmo, en unos cuatro o cinco días habrían terminado completamente la revisión y habrían podido presentar su informe. Eso sí: necesitarían hacer jornadas superiores a las ocho horas, pero como estas cosas tenían para ellos la atracción de los juguetes nuevos, ninguno se preocupaba. Dispusieron no salir, para examinar las reacciones psicológicas frente al aislamiento, con lo que podrían ampliar considerablemente su informe.

IX

A los habitantes de la ciudad, la noticia de que los científicos permanecerían todo el tiempo en el refugio, les cayó como una piedra en el estómago. Después de las declaraciones no esperaban ya mucho, pero sí que trabajarían

parte del día y que, por las noches, girarían por la ciudad, de modo que todos los habitantes o los turistas podrían verles o conversar con ellos. La mayor parte de los científicos tenían nombres de tanto relieve mundial, que sus simples presencias eran ya motivo de cierta atracción. Los periodistas de las agencias internacionales abandonaron la ciudad, porque el material que les interesaba se había agotado: no se puede estar repitiendo diariamente que unos señores no han salido todavía de un refugio (por muy antinuclear que sea) a menos que éstos estén tratando de batir algún record de claustrofilia. Alguien de la ciudad, entonces (algún cohetero, posiblemente, ya que su ramo era de los más perjudicados) lanzó la voz que se trataba de un deliberado desprecio a la fiesta local, y la expectación se tradujo en franca antipatía. Si los científicos hubiesen salido, seguramente habrían escuchado en las calles una multitud de silbidos. “De todas maneras”, se dijeron los habitantes, “por unos engrèidos no vamos a perder nuestra fiesta”. Estallaron los primeros cohetes, de acuerdo con el programa, empezó la fiesta, y como el vino era abundante, muy pronto todos comenzaron a sentirse muy contentos.

X

Cinco horas después de haber empezado el trabajo, cuando era ya de noche, hicieron la primera pausa y se sentaron, en rueda, a conversar. Las pruebas del campo magnético se iniciarían hasta la mañana siguiente. Algunos rusos enseñaban a los norteamericanos las fotografías de sus hijos; otros se habían decidido, por tomar ya el primer aperitivo, aprovechando la botella de whisky que un yanqui había tenido la buena ocurrencia de llevar en su equipaje. Alguien encendió un pequeño transistor (al día siguiente el campo magnético les comunicaría por completo), en el que transmitían músicaailable. Pero, como sucede siempre en estos casos, no tardaron en enfrascarse en polémicas científicas. Hasta que las pláticas fueron interrumpidas por un robusto profesor de química, quien llamó la atención de todos hacia el transistor. La transmisión normal se había suspendido, para radiar un boletín: “Se informa de Moscú que un bombardero atómico norteamericano avanza por el territorio soviético. La Casablanca afirma que no ha dado alguna orden de ataque, pero la situación internacional es peligrosísima. Se aconseja tomar las precauciones correspondientes. El aparato no responde a las llamadas de radio, y una tempestad efectivamente impide que puedan acercársele otros aéreos. Seguiremos informando”. Todos volvieron a verse, pálidos. “El error que temíamos”, dijo un norteamericano. “Esas malditas bases eran un polvorín”, y los otros asintieron gravemente. Abandonaron, despacio, el refugio, y al salir encontraron la noche oscura y el silencio. De pronto una luz vivísima iluminó el firmamento y todos los científicos corrieron hacia el refugio, cerrando la puerta tras del último. Alguien conectó inmediatamente el campo magnético. Varios norteamericanos se arrodillaron a rezar, y ninguno de los rusos se atrevió a sonreír porque, evidentemente, había comenzado la tercera guerra mundial

XI

Ocho días habían pasado sin comunicaciones con el interior, y el campo magnético impedía efectivamente la penetración de cualquier onda. Todo el

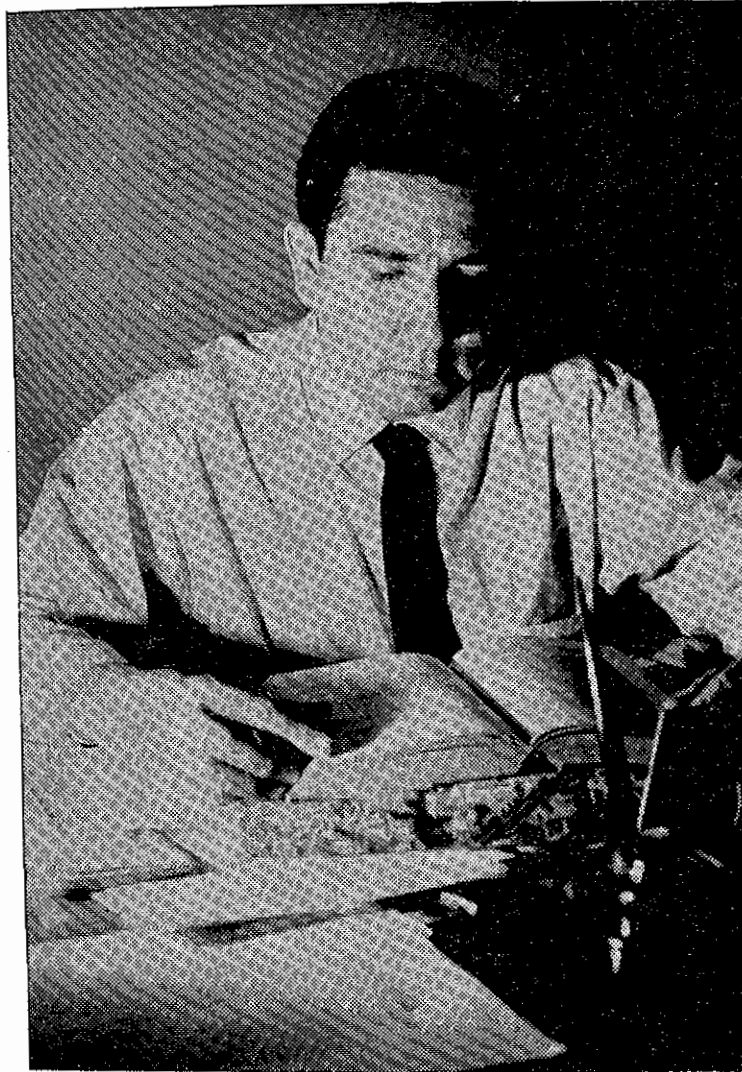
refugio había funcionado como lo esperaban. Además entre ellos no habían discutido ni mucho menos habían tratado de culparse unos a otros. Al contrario, aceptaron su personal responsabilidad y, en el interior de sus conciencias, cada uno se reprochaba: “¿Y si me hubiera resistido cuando me ordenaron que realizase aquella fisión?”, “¿y si hubiese roto aquella fórmula, al saber los peligrosos resultados que produciría?” Al reunirse, en cambio, se plantearon seriamente la terrible tarea que les esperaba. Calcularon, lo más objetivamente que les fue posible, los daños que habría producido la *contienda nuclear* y la pequeña parte de la humanidad que tenía posibilidades de supervivencia: tribus salvajes de Africa, seguramente; algunas otras del Amazonas... ¿a lo mejor?... ¿tal vez...? Y se establecieron bandos entre los optimistas y los pesimistas. En cualquier caso, la noticia de la radio habría debido permitir que muchos se refugiasen, aunque sin campos magnéticos no se podía esperar demasiado. ¿Cuántas mujeres se habrían salvado? En esos momentos la pregunta era angustiada y carecía de sensualidad: se trataba, sencillamente, de que la vida humana debía continuar, reconstruirse. ¡Hacer un nuevo mundo!, ésa era la labor. Y ellos deberían abandonar el Arca de Noé de su refugio para empezar a realizarla. Y sobre casi todo se pusieron de acuerdo con bastante rapidez.

A los ocho días, entonces, dispusieron salir fuera del campo magnético, a comprobar el índice de radioactividad. Por precaución, decidieron que saliese uno solo, con su traje protector, y todos se ofrecieron como voluntarios, demostrando así que el nuevo mundo se caracterizaría por la generosidad. Según todos los cálculos, la radioactividad debería haber disminuido considerablemente, y algunos días después existirían ciertos márgenes de seguridad: mas comprobarlo implicaba siempre algún riesgo. Tuvieron que tirarlo a la suerte. El favorecido regresó radiante, pues los resultados eran mejores de los que se esperaban, ya que los índices parecían normales. Todos se prepararon, vistiendo sus trajes protectores, con determinación, sin miedo, conscientes —como herederos de la humanidad destruida— de que faltaría el tiempo para forjar el porvenir. Desconectaron el campo magnético, abrieron la puerta metálica y salieron al abierto.

XII

Hasta al día siguiente averiguaron que el bombardero había conseguido aterrizar, en Novosivirsk, sobre una siembra de nabos. A los pobres aviadores los estaban procesando, a pesar de que insistían en afirmar que no tenían la más mínima culpa.

Del resto, ninguno de los científicos habló jamás. No dejaba de ser penoso, o al menos incómodo, que una simple quema de fuegos artificiales, en una fiesta tan reputada como la del país neutral, hubiese ocasionado tantas *confusiones*.



**Italo López
Vallecillos**

Nació en San Salvador el 15 de noviembre de 1932.
Tiene inédito el libro de cuentos: **Los laberintos ilesos**.

Es autor de numerosas obras de poesía, teatro y ensayo histórico. Ha obtenido varios premios en certámenes literarios de Centro América; entre ellos, el Premio Nacional de Historia de El Salvador, con la obra Gerardo Barrios y su Tiempo en 1965.

En la actualidad dirige la Revista La Universidad y la Editorial Universitaria de El Salvador.

EVASION

A Carlos Cañas.

Ese día descubrí que yo no era Williams. Indudablemente suplantaba al verdadero. No sé desde cuándo ni cómo había vivido todos esos años con una personalidad que no me pertenecía. El hecho lo advertí al salir de la ducha y tomar una toalla de manchas de diversos colores. Fue una rara asociación de ideas, de sensaciones. ("Este es un Kokoshka del año 29", señaló Katia. Era la primera vez que íbamos a la Galería Nacional de Washington. Vestía la primavera y de toda la belleza aprisionada, capturada en los amplios salones, ella tenía el rostro más incierto. Ni los Botticelli, ni los Rubens, ni los Rafael, podían competir con su risa, su ternura y su color. Hecha de la materia de lo imposible, su cuerpo envolvía el aire y lo transformaba. "Me gusta el abstracto", dije, "pero amo más las "impresiones", lo que parece que va a desvanecerse y no obstante está allí, gracias a la luz". Nos amábamos desde íbamos a varios meses. Íbamos a casarnos. Yo trabajaba en la American Motors Co. Katia sabía que la descaba. Lo advertía en mis ojos, donde moría la luz para dar paso a su imagen. La visita a la Galería tenía su significado. Era el encuentro con otra época, con otro tiempo feliz. Mira, advirtió, esta es la Catedral de Ruan de Renoir y, tras las formas imprecisas, me perdí por largo instante). ¿Quién soy en realidad? me pregunté en voz baja que sólo yo mismo oí. En el dormitorio y sobre el chifonier estaba el retrato de mi esposa, es decir, el retrato de la esposa del legítimo Williams. Es curioso, raro. Tengo todos los papeles de él: carnet de identidad, tarjeta de circulación del vehículo, licencia de manejar, Carnet de Club de Equitación y Polo; certificado del Seguro Médico. Sus trajes me quedan perfectamente bien. Soy como un cuerpo extraño llenando un espacio, una realidad que no me pertenece. ¿De dónde vengo? ¿Qué hago aquí? Una serie de preguntas sin respuesta. La montaña de justificaciones idiotas. La angustia de ser otro comenzó a ahogarme. Esa mañana, Karen estaba enferma. Y mis dos hijos, Tom y Joan, se habían ido a servir a los cuerpos de paz en Suramérica. Así, que, en verdad, me encontraba solo. Reflexioné sobre el terrible descubrimiento de mi nueva identidad. ¿Nueva? ¿Acaso había otras? Pensé hablar con Karen y decírselo todo. Pero, ¿qué era todo? No recordaba nada o casi nada de mi vida anterior. Amnesia quizá. Me despedí de mi mujer. Marché al trabajo. Hablé con los amigos como de costumbre. Hice el **lunch** en el restaurante de siempre y como era martes, aproveché para hablar de negocios. Todo fue normal hasta las siete de la noche en que, sentado en el jardín de casa, advertí el amarillo de los crisantemos. Era un amarillo intenso, increíblemente amarillo. ("Yo he visto el campo de trigo de Sisley señaló Katia, como para apartarme de la bella reproducción de La Plaza de San Marcos de Renoir. "No eres campesino y tal vez por ello no puedas entender. Yo nací en una granja de Minnesota, un poco al sur de Bluetown. Sisley pintó ese cuadro en 1873. Lo vi en Hamburgo al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Es fabuloso". Seguimos caminando. Vimos y comentamos casi toda la época impresionista francesa. "Quiero decirte algo", murmuró ella, en tanto salíamos a la calle. "Estás un poco retraído. Como si no estuvieses aquí". "No, al contrario", contesté "hoy más que nunca estoy aquí". Dije

esas últimas palabras con una durísima inseguridad. Divagué al mirar un Rousseau. Katia y los cerezos, pensé. ¡Qué dulce título para un poema! Lo escribiré esta tarde. Anduvimos por el Potomac. Contemplamos el río. Hablamos de tía Florence y su aficción a los pájaros desecados, del abuelo Sam y su viejo Ford que, como él, ha pasado de moda. Reímos. Katia me habló de arreglar el contrato con la compañía de apartamentos. “Lo haré mañana”, dije. Nos despedimos. Katia se perdió en el azul de la noche).

Sus pantuflas, señor. La vieja criada Eve me las entregó, en ausencia de Karen que seguía peor. Cené y procuré fingir lo mejor posible que yo era el verdadero Williams que vivía en 3678 Bethesda Av. de Plymouth North. Busqué en la pequeña biblioteca algunos libros para saber qué es lo que leía Williams. Decepción horrible. Era perito mercantil. Corredor de comercio. Así que con un poco de disgusto comencé a hojear libros sobre contabilidad, legislación bancaria, retaceos, impuestos. Nada de literatura. Nada de arte. Qué pena. Por la carta mensual de la Caja de Ahorros, me enteré que tenía 9 mil dólares, más intereses hasta el 18 de junio.

Mi vida, entre el ser y el no ser que me creían, funcionó bien sólo unas semanas. “Algo le pasa a Mr. Williams”, decían las secretarias de la oficina. “Llega tarde. Se ha descuidado de su presentación personal”. Alguien sugirió: “bebe por las noches”. Me llamó el jefe Mr. Benson: “Oiga Williams, somos amigos desde la infancia. Noto que usted está enfermo. Comprendo lo de Karen. Pero no debe tomarlo de esa manera. Ella tenía que morir algún día. Compréndalo. Tómese unas vacaciones”. Así lo hice. Me sentía culpable, no obstante, por lo de Karen. No haberle dicho la verdad antes de su muerte, era imperdonable. Y la pobre tan dulce, tan buena. Doméstica, es cierto, pero así era ella y había que aceptarla tal cual era. “No tienes valor para hacerle frente a la vida”, recuerdo la amonestación como si fuese ayer, “te dejas llevar por los demás. Así nunca llegarás a ser alguien, verdaderamente alguien”. El recuerdo de Karen se confundía con el de Katia: (Somos felices, dijo Katia. La casa es pequeña, pero es la nuestra. Aquí puedes escribir y pintar. Oír a Vivaldi, a Bach, a Beethoven. Mira este cuadro. No te rías, es una reproducción barata, pero es de Klee. Se pierde uno en la acuarela. Se ven más cosas de las que el pintor quiso poner. Abstráete, mi amor. Es bueno evadirse un instante. Escapar hacia realidades desconocidas. Sólo tienes que mirar un punto, una línea, un color, una mancha cualquiera y el milagro se realiza. Así es Klee). Mis hijos, aclaro, los hijos de Williams habían regresado de su trabajo de servicio social. Todo volvióse un infierno. El ye ye quebró las últimas notas de silencio. Tom no iba al colegio. Andaba con los muchachos en el barrio negro, provocando camorra. “Ya te dije, rezongó, no es por odio racial ni por ninguna de esas tonterías políticas que los busco. Es por simple violencia. Me arde la sangre cuando los veo. Es todo”. Joan no me hacía caso tampoco. Se pasaba el día entero oyendo a los beatles. Estaba al borde de la desesperación. Si Karen viviera, todo sería distinto. Hasta los crisantemos se habían marchitado. Debo imponerme. Salvar al verdadero Williams que hay en mí. Me compré unas flores. Las puse en la sala. Eran rojas, rojas... (“Degas es fabuloso. ¿Conoces El Peinado, ese cuadro que hoy vale una suma fantástica? No, qué lástima. Un día iremos a Londres y lo verás. Tenemos tanto que hacer en la vida. ¿Me escuchas? “Sí, te-escucho-claramente-tenemos-tanto-que-

hacer-en-la-vida”). Tomé el auto y me escapé por las calles. Tom y Joan no querían saber nada de mí. No les importaría mi ausencia. Y Katia, sin duda, me esperaba en alguna parte. (Katia sonreía. París, en Otoño, es todo un cuadro, una música. Algo más que una hoja. El fotógrafo ambulante nos dio el retrato. “Tonto, dijo ella, has quedado serio, solemne”). La tomé del brazo. El boulevard tenía casas grises, altas. Bebimos unas cervezas. Caminamos a pie, en silencio, oyendo los pequeños ruidos de la madrugada. “He pensado, sobre el futuro”, dijo Katia, y me asusta. Temo nos separe, nos cambie; destruya nuestra inocencia”. Ocorre, dijo. “Ocorre siempre”. Es lo último que recuerdo. Todo es vago. Se diluye en el tiempo, en algo denso e impenetrable). En esos días todo era así oscuro. Un mar de ideas se agitaba dentro de mí. Viajaba mucho en automóvil, sin rumbo. Me abstraía. Esa mañana el cielo estaba gris y no vi el semáforo. Pasé el rojo sin advertirlo. Y un camión embistió mi auto. No recuerdo más. Excepto la enorme mancha que, de súbito, lo cubrió todo de negro.

LA REBELION DE LAS MAQUINAS

—Hay que consultar a la Gran Máquina, dijo Vodia.

—Sí, hay que preguntarle qué pasa ahora. Y debes ir tú, Vodia, pues sólo en ti confía.

Vodia salió de la sala de conferencias. Caminó hacia el Gran Laboratorio. Y allí en el fondo, como en las antiguas iglesias del siglo XVII, estaba la fabulosa máquina electrónica. Toda ella encendida. Pequeñas pantallas rectangulares registraban los fenómenos del mundo. Calculadoras de gran precisión arrojaban datos fantásticos. Los científicos la cuidaban día y noche. Parecían los obispos de la desaparecida religión.

La máquina-madre, así llamada por ser la ordenadora de todos los aparatos nucleares y electrónicos, sabía todo. Conocía los misterios de la tierra y del resto de planetas. Adivinaba el pensamiento. Daba respuesta a todos los enigmas. Química, física, matemáticas, biología, filosofía, astrofísica; la sabiduría suma estaba en sus ojos, en sus manecillas, en sus palancas delicadas. Bastaba acercarse a ella. Hablarle en el lenguaje propio de la clave secreta. Y la gran máquina dejaba oír su voz descubridora.

No obstante, de un tiempo acá, la máquina no obedecía la voz de los científicos que la habían inventado. Se resistía a hablar. Negaba los datos tan necesarios para la vida de las comunidades. El sistema, a base de aparatos mecánicos, se veía en graves dificultades. Los robots se negaban a trabajar, a desempeñar

las funciones manuales. Sin ellos todo estaba paralizado: el transporte, las oficinas, las fábricas, las granjas, los restaurantes, los servicios públicos. Los robots sólo atendían la orden de la gran máquina y ésta, por ignoradas razones, se negaba a obedecer la clave que, por cientos de años, servía de eje y pauta a la actividad del mundo.

El hombre que había hallado la felicidad, pues no existían explotados ni explotadores, se sintió alarmado ante la actitud de la Gran Máquina. “Es absurdo”, comentaban algunos. Otros decían: “Que le ajusten las placas de la memoria, que le revisen los circuitos, vigilen la llave maestra, la llave maestra.” Todo inútil. Las máquinas se habían rebelado. Los robots, por el contrario, no hacían los trabajos cotidianos y exigían a los hombres el mantenimiento de sus complicadas cajas de actividad. La Gran Máquina permanecía impassible, hierática. Una orden suya y todo volvería al ritmo de la supercivilización; los equipos mecánicos y los robots desempeñarían sus tareas. Ahora, inexplicablemente, los radios, los televisores, las cocinas eléctricas, los ventiladores, los generadores, las grandes centrales nucleares, todo estaba paralizado.

Vodia, el mejor de los científicos, se acercó a la Gran Máquina. Examinó en detalle el complicado engranaje. Revisó una a una las enormes bobinas, los alimentadores nucleares, la gigantesca compuerta de energía, y comprobó el perfecto estado del genial y único aparato. Agotado, se fue a un pizarrón y comenzó a hacer números. Fórmulas, ecuaciones complicadas y difíciles operaciones. En vano. Por un designio fuera del conocimiento humano, la Gran Máquina no quería accionar. Vodia, entonces, le habló en todos los tonos. Le suplicó en nombre de la humanidad que siguiera operando. Confesó su incapacidad técnica, científica. Y rogó a la Gran Máquina diese orden a los robots, que sumaban cantidad mayor a la población humana, para que continuasen el trabajo diario. Así Vodia suplicó el funcionamiento inmediato de todos los aparatos mecánicos inmovilizados: jets, trenes, automóviles. Imploró porque la energía volviese a todos los rincones del mundo. Y la Gran Máquina no respondió.

Durante la semana de desperfecto, había que llamarle de algún modo, los hombres —seres inútiles y contemplativos— se hallaron a merced de los robots que les obligaban a cosas humillantes. Era como si la civilización cambiase su rumbo, se invirtiese el orden establecido. Los esclavos del trabajo, pasaron a ser los amos. Sin elementos para resistir, pues el hombre había perdido la noción de la realidad anterior y no sabía pelear, ni manejar siquiera un arma, utilizar un tractor, una escoba, tuvo que plegarse por completo al robot que el antepasado habían creado.

La Gran Máquina no hacía absolutamente nada para resolver el problema. Al cabo de unos días funcionó al revés de como se le había inventado. Ello favoreció a los robots, que, con tal ayuda, despojaron a los hombres de sus fastuosas residencias; les quitaron sus ropas, sus aparatos de gozo y placer. Ocuparon el sitio preferente en la nueva sociedad. El hombre, avergonzado, comenzó a hacer los trabajos más duros, y más sucios. Al principio con mucha dificultad, porque había olvidado por completo el uso de los músculos, de las manos y casi de la mente.

Vodia no podía ser la excepción. Desde ese momento trabajó en una granja. Luego en una tienda, donde el dueño, un robot grueso y campechano, le trató con afecto. Pasado algún tiempo, fue llamado para servir en el Gran Laboratorio. La máquina madre le había pedido como asistente. El Instituto de Ciencias donde se hallaba la gigantesca clave maestra, cambió mucho. El ambiente limpio de antes había desaparecido. Todo era ahora como un templo: flores, lámparas encendidas, Robots rezando junto a sus hijos. Oración y más oración en lo que fuera el más alto centro de la investigación y la ciencia humanas. Vodia no había conocido los viejos templos cristianos, sino por referencias de su abuelo, quien a su vez sabía de ellos por el abuelo que, de niño, había visto destruir la Catedral de Notre Dame. Sin embargo, Vodia se sintió sobrecogido en el nuevo ambiente. Un halo de misterio lo envolvía todo. Era para él, hombre ateo, algo terrible lo que estaba ocurriendo. Inexplicable. Un retorno al pasado y a la superstición.

Debido a la resistencia de los hombres, que se negaban a aceptar el vasallaje, los robots se organizaron. Contaban los robots con soldados y tribunales para juzgar a los rebeldes. Eran crueles, dogmáticos. Abjuraban de la vida anterior, pues el hombre jamás les reconoció ninguna capacidad. Esclavos ayer, y hoy dueños del mundo, los robots construyeron nuevos modos de vida. Una nueva filosofía desplazó la concepción del hombre conquistador de los elementos. A la tecnología, al desarrollo científico, se antepuso una mezcla de religión y de ciencia. Los robots trataban de reconstruir las pérdidas individualidades: querían amar y ser amados. Y como el trabajo siempre tiene que hacerlo alguien, conquistaron, sometieron al hombre a sus designios. Esto lo consideraban justo, después de describir los siglos de servidumbre, de esclavitud al servicio de la humanidad.

Sacerdotes-robots custodiaban la Gran Máquina. Y, Vodia, en medio de aquellos robots casi hombres del pasado, reflexionaba sobre el destino de los seres humanos que, tras conquistar la ciencia, eran ahora sirvientes de su propio entendimiento.

Dos meses después de trabajar en el Gran Laboratorio, Vodia halló la manera de vencer aquel humillante dominio de la máquina sobre el hombre. Noches enteras pasó estudiando la fórmula, la clave que inutilizaría por completo aquel cerebro mecánico que les tenía en sumisión. Por fin, una noche, mientras los robots-guardianes dormían, Vodia se llegó hasta la Gran Máquina e introdujo una extraña programación. Miles de cintas perforadas comenzaron a salir por la parte posterior del aparato. Y tras un pavoroso alarido, la Gran Máquina quedó inutilizada en violentos circuitos. Hubo expectación en los planetas. Los robots no se movieron más. Quedaron como estatuas.

Los hombres se sintieron, por un instante, libres. Pero luego vino el problema del trabajo, de la producción, de la miseria y la riqueza. Y comenzó la lucha por el sometimiento, la dominación de unos seres sobre otros.

LOS SUEÑOS

“El alma humana es una maravillosa esencia y el sueño constituye el punto central de todos sus secretos” Diario de Hebbel — 6 de Agosto, 1838

Mi mujer está preocupada por la forma en que duermo últimamente. Anoche me despertó, mientras yo reía a carcajadas. “¿Qué te pasa? me dijo. Esta es la cuarta vez que sucede lo mismo” No es nada, contesté. Soñaba. Lo de siempre. Y me di vuelta en la cama. Al levantarme en la mañana no tenía ningún recuerdo. “Tienes que ir donde el psiquiatra, advirtió, pues no duermes suficiente y tienes toda clase de pesadillas”

Ciertamente. Desde hace varias semanas no tengo reposo. Las píldoras no me hacen efecto. Tias un breve instante en la cama, dormido, me encuentro en sitios extraordinarios. Vivo otras existencias. El lunes, por ejemplo, estuve en París. Iba de la mano de mi madre. Me llevaba al Jardín de Niños. Pasamos por los Campos Elíseos. Nos detuvimos donde Monsieur Bisset y después de un regateo de los intereses, mi madre le entregó mil francos. No sé por qué teníamos que dar esa suma al viejo Bisset. A las 8 de la mañana estábamos en el Colegio. La portera me llevó a un cuarto de juguetes donde había otros chiquillos. Me llamó la atención una niña a quien todos llamaban Collete. Me acerqué a ella y le pedí que saliésemos al jardín. Accedió. Afuera todo era azul: árboles, comedores, institutrices. Todo completamente azul. Reímos. Ella me llevó hacia el final del patio. Me pidió subiéramos la escalinata. Allí me besó. Yo había escuchado, sentido como mamá y papá se abrazaban en sus camas mientras dormía. Y por un raro instinto traté de hacer lo mismo con Collete. Le subí la ropa. Puse mi pene sobre sus calzoncitos. Ella me mordió las orejas. Hicimos el coito o creímos hacerlo, que sé yo. Regresamos donde estaban los demás chicos. Toda la mañana hicimos dibujos raros, muy parecidos los míos a los de Collete. La profesora nos llamó aparte. Nos llevó donde el psicólogo. Era éste un hombre delgado, de nariz puntiaguda y gruesos lentes de carey. Nos amonestó. Dijo que éramos unos obscenos. Retorné a casa llorando. Al despertar lloraba todavía.

El martes o el miércoles, no recuerdo exactamente, soñé que me hallaba en un parque, desnudo. Apenas si me cubría con un periódico. Todos pasaban sin hablarme. Tenía vergüenza. Mi padre me había mandado a hacer unos cobios a casa de los Blum, familia muy rica y cuya servidumbre, tan estirada, ni siquiera nos dirigía la palabra. No sé que pasó; el sueño se diluye en pedazos, en fragmentos, el roto espejo de la angustia. Los Blum no me recibieron. Regresé sin el dinero. Mi padre me echó la culpa. Escupió, como solía hacerlo, sobre el retrato del abuelo. Y furioso salió a la calle. Yo me quedé solo en un rincón de la casa. Y aunque me veía con ropas, estaba triste. “Mamá”, gritaba, “mamá”. La criada llegó y me dijo “su mamá está en el cielo”. Me abrazó con ternura. Creo que tenía once años. Por la mañana conté el sueño a mi mujer, quien no le dio importancia.

El jueves leí hasta entrada la madrugada. Un sueño pesado me dominó por completo. Me hallaba en una peluquería. De pronto, en lugar de la cara

del peluquero, vi el rostio de una mujer alta, vestida de negro. Tomó una cuchilla. La afiló en una cinta de cuero. Me agarró de la cabeza y me cortó el cuello. Grité. Mi mujer dormía profundamente y no se dio cuenta de la pesadilla.

Esa misma noche, a fin de tranquilizarme, tomé una pildora. El efecto fue peor. Vagaba por el barrio latino de New York. Las calles estaban repletas de muchachos y muchachas de largas cabelleras; sobre sus pechos colgaban medallones, cruces, estrellas, hoces, piedras raras. Vestían con pantalones ceñidos, de tal suerte que no podría definir con exactitud, el sexo que les correspondía. A ello debo agregar que algunos se habían colocado senos postizos. Yo me entretenía en mirar un show un tanto aburrido. Rock, dijo uno de los muchachos, aquí hay un tonto. Y sin que pudiese responder me tomaron del brazo. Me llevaron violentamente a un sótano. Sacaron una cuchilla. Me acunalaron. El más pequeño, con unos senos enormes, y una sonrisa macabra me dijo: *decí qué sos, ¿hombre o mujer?* Aquello me anonadó. ¡Soy hombre! grité ofendido. **Probálo. Probálo,** aullaron todos. **Vos zafáale los pantalones.** Desnudo, al fin, todos se rieron de mí. **Sos marica** gritaban, mientras yo trataba de anebatales la ropa. El sirenazo del auto de la policía los hizo huir. Me llevaron a la comisaría. Me interrogaron "Indocumentado", dijo el sargento mientras masticaba continuamente chicle. "Llamen al Embajador de mi país. El dirá quién soy." Me dieron un café espeso, agrio. Dos días después me informaron que el Embajador andaba en una misión de la ONU. Habían hallado mi pasaporte y me pusieron libre. Fue una noche intranquila. Y por fin amaneció.

Mi mujer sigue preocupada por mis sueños. "Andá a ver al psicoanalista, lo necesitás." Anoche la cuestión se puso peor. Antes de acostarme pegué algunos recortes en mi álbum. Eran noticias publicadas en los periódicos que, para mis estudios históricos, tienen algún interés. En el sueño seguí pegando recortes, hasta que las páginas no me alcanzaron. Ello me dio una terrible angustia. *Cómo hacer, decía, para que estos datos no se pierdan.* Y comencé a pegarlos en las paredes, en los muebles, en el techo. Cuando ya no había espacio en la casa, salí y pegué cuanto pude en las calles. Eran interminables pegas de papeles impresos. No pudiendo concluir el trabajo, ya bastante agotado, quise despertar. Sabía que era un sueño, una pesadilla. Y la única salida era volver a la realidad. Imposible. *Las tijeras, los periódicos, la cola me retenían,* y una fuerza extraordinaria me obligaba a continuar pegando recortes en cuanto sitio había disponible. No pude más.

Desde hace dos semanas estoy en una clínica de enfermos mentales. Mi mujer tenía razón. Debí consultar al médico antes de que los sueños me volvieran loco. Esto lo pienso en momentos de lucidez. Porque hay ratos en que no distingo entre el sueño y la realidad. Entre lo que es y lo que no es.

No siempre sueño cosas horribles. Hay también horas plácidas. IncurSIONES deliciosas por la infancia. Imágenes de hombres y mujeres agradables, seres buenos, comprensivos. Instantes de suprema alegría, de los que no quisiera despertar.

Tirso Canales

CATALOGADO



Nació en San Salvador el 26 de marzo de 1933

Ha publicado poesía, teatro y ensayo filosófico. Los cuentos que publicamos pertenecen a libro en preparación: **Satanás es Inocente y otros cuentos.**

SATANAS ES INOCENTE

--Ahora que he recobrado la salud y que me siento bastante reanimado se lo contaré todo, dijo Eduardo. Mi azarosa vida comenzó el día 15 de mayo de 1939, como a eso de las tres de la madrugada. En humilde pero agradable casa campesina vivían mi padre, mi madre y cinco hijos. Yo era uno de ellos. Nuestra propiedad (pues la casa nos pertenecía), estaba situada a unos treinta kilómetros hacia el sur de San Salvador, no lejos de una hacienda llamada "Casa de Piedra".

Mi padre era **hermano**, es decir, miembro de una de las tantas sectas protestantes que hay en el país. Su costumbre más acendrada era la práctica de la oración. Oraba por todo y a cada rato: a la hora de acostarse por la noche, a la hora de levantarse por la mañana, antes de comer, después de comer. En fin, oraba por esto y por aquello; para estar a salvo --según lo expresaba con frecuencia-- de todo tipo de males previstos o imprevistos, terrenales y ultraterrenales.

En los últimos meses anteriores a la **desgracia** --como empezamos a llamar al acontecimiento de que voy a ocuparme-- mi padre acrecentó su ritmo de oraciones en forma desconcertante, quizás impulsado por un mal presentimiento. A cualquier hora de la noche, tuviéramos deseos de rezar o no, nos despertaba para que lo acompañáramos en su oración. Con inmenso fervor pronunciaba la plegaria mayor. Después, cada uno de nosotros recitaba un pasaje cualquiera de la Biblia, aprendido de memoria. Aunque yo era apenas un niño de siete años de edad, también echaba al aire mi párrafo bíblico. Generalmente decía el conocido Salmo 96 que --según afirmaba mi padre-- es una especie de tabla de salvación, cuando se está en peligro.

En aquel entonces, ¡qué iba yo a saber de peligros ni de nada semejante! Atrodillado, entre dormido y despierto, recitaba mi salmo y salía del compromiso. Después de la oración todos regresábamos a las camas para reanudar el sueño. A mis hermanos mayores aquello de levantarse cada noche para rezar los irritaba, aunque disimulaban sus sentimientos. Hubo noche en que fuimos sacados de las camas hasta tres veces. Esto demostraba las congojas de mi padre. Si mis hermanos protestaban contra tan rara costumbre, el fervoroso creyente los reprendía con severidad. Al mismo tiempo aseguraba que al Señor no se le debía ofender de ese modo, porque estaba en su capacidad quitarnos hasta el pan cotidiano. Mi madre intervenía entonces, para defender a los rebeldes. Y así se entablaba serias discusiones entre marido y mujer. Mi madre llegaba a decir que tal vez el Dios de su esposo no existía, que toda aquella doctrina religiosa podría ser mentira; que era, quizás, una forma disimulada de engañar bobos, etc., etc. Por fin la pobre callaba. Nunca pudo entrar de lleno en la religión de su esposo. Siempre se mantuvo dentro de la doctrina católica, que aprendió entre los suyos cuando era niña. Se esforzaba para que nosotros, sus hijos, no aceptáramos las enseñanzas de mi padre.

La madrugada del quince de mayo del año mencionado anteriormente no

fue como las otras después de los rezos de medianoche no regresamos a nuestras camas para reanudar el sueño. Teníamos que emprender un duro viaje. El día anterior visitaron nuestra propiedad —ya convertida en ex-propiedad— el abogado del banco donde mi padre había obtenido un préstamo hacía algún tiempo, el Juez de Paz, dos parejas de guardias nacionales y toda una patrulla cantonal.

Notificaron a la familia que era inobjetable la resolución tomada en contra de nosotros. Incluso, afirmaron que debíamos desocupar la casa inmediatamente, pues el plazo fijado por las autoridades que habían practicado el embargo, terminaba precisamente el día de aquella madrugada.

—Nada puedo hacer por usted, don Leoncio, explicó el Juez de Paz, que era amigo de mi padre. Como usted sabe, yo únicamente cumplo con la Ley. Un consejo puedo darle: si consigue dinero, tal vez pueda recobrar la propiedad. El banco es ahora legítimo dueño de ella. Creo que la subastará muy pronto.

Nosotros, los pequeños, oíamos todo sin entender mucho. Ni siquiera mis hermanos mayores se daban cuenta cabal de la desgracia, según me lo confesaron largo tiempo después. Mi madre entendía un poco lo esencial de aquel desastre, sintiendo en alma y cuerpo que habíamos sido despojados del terreno donde teníamos establecida nuestra propia casa. Mientas tanto, mi padre aseguraba que el culpable de todo aquello era Satanás. Decía y repetía que el Maligno se había propuesto arruinarnos y rogaba a su Dios que tuviera piedad de nosotros.

—De modo que ya está notificado, señor, dijo el abogado del banco, tal como consta en los folios 47 y 48 de la causa instruida por el honorable tribunal judicial. La forma del embargo es a puertas cerradas. Hay que conocer los procedimientos a seguir. Literalmente la resolución dice: “Sólo podrá sacarse (de la casa) la ropa de uso personal, los trastos de cocina y alguna otra cosa similar. No así lo que actualmente se cosecha en la finca, ni mucho menos animales domésticos, inventariados por las autoridades, con arreglo a derecho”.

En esa forma nos obligaron a huir de nuestra casa. Seguíamos llamándola nuestra, por el cariño que le tuvimos. Era tan agradable aquella finquita. Pero la realidad... ¡ay, la realidad!

Cuando salimos a la calle en la mañana de mayo y nos detuvimos frente al zaguán de la vivienda, mi padre nos ordenó que nos arrodilláramos para pedir clemencia a Dios. Mi madre se opuso a su deseo y mandó que caminaríamos. Cada uno de nosotros cargaba su tesoro: una pequeña maleta, un simple recuerdo, algo muy querido. De ese modo nos despedimos para siempre de nuestro hogar.

El airecillo fresco se filtraba entre los frondosos macizos de hojas del platanar. Por última vez oímos, mientras nos alejábamos, el derribo de trinos de miles de pájaros tropicales, que anidaban en las arboledas de nuestra ex-propiedad y en los montes aledaños.

Mi padre no fue un hombre de testa bravía, como suelen llamar ciertos hijos a los varones que los engendraron. Fue tan sólo un hombre del pueblo, apenas medio instruido, pero con noble y generoso corazón. Ahora, como añadidura a su simpleza, le caía encima el dolor de no tener ni cama donde morir decentemente.

Mi madre recuerda a mi padre, porque es una esposa fiel, pero supongo que lo hace con algo de resentimiento. Piensa que la religión que su esposo practicaba nos trajo mala suerte. La propiedad que nos arrebataron había sido heredada por ella. No lograba olvidar que del préstamo obtenido en el banco sólo una parte fue invertida en mejorar la finca. Buena porción de él engordó las alcancías del Templo Central de la secta religiosa de su marido. Además, con frecuencia nos visitaba en los tiempos buenos el hermano Naihggart y otros hermanos. Siempre salían de nuestra casa cargados de obsequios. Cuando caímos en desgracia el afecto de esas gentes, que parecía interminable, se fue extinguiendo poco a poco.

Entre angustias y decepciones murió mi padre en lluviosa noche de junio. Sentimos mucho su ausencia, mas llegamos a pensar así: muerte rápida, sin agonía, y a lo mejor deseada.

* * *

Algo agradezco especialmente a mi padre que siempre nos hablara con digna comprensión de los trabajadores y de los pobres. Para hacerlo recurría al ejemplo de Cristo, repitiéndonos que el Señor sufrió muerte en la cruz por demandar justicia para los miserables, para los explotados. Esas frases bíblicas, oídas tantas veces cuando aún mi conciencia estaba en las primeras etapas de su desarrollo, alumbraron tempranamente mi visión del mundo. Entre las referencias más usadas por mi padre estaban aquellas palabras que Jesús dijo: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que un rico entre en el Reino de los Cielos". Tales afirmaciones, ilustradas en la realidad por nuestra inevitable pobreza y por múltiples humillaciones sufridas, me obligaron a meditar sobre asuntos muy serios. Aun razonaba en forma elemental frente al adjetivo pobre colocaba el de rico; frente a la muerte de Cristo, luchando por la libertad y dignidad de los explotados, situaba la realidad nuestra, o sea la negación de la libertad. Estos razonamientos, aunque hoy me parezcan pueriles, se sustentaban en una base objetiva: la inútil batalla contra circunstancias demasiado duras y bien establecidas. Así entré, casi sin darme cuenta, en el conocimiento de algunos graves problemas vitales, relacionados con los pueblos y su experiencia social. Toda persona guarda dentro de lo más oculto de sus tesoros internos alguna palabra favorita. La mía, además del nombre de mi primera novia —que nunca escribo ni pronuncio— es la siguiente realidad.

* * *

Después de la muerte de mi padre asistí, como alumno, a la escuela primaria de los Planes de Renderos. En ese vecindario vivían los parientes que nos habían dado albergue cuando perdimos nuestro hogar. Dicho lugar, ahora

conocido como bello sitio de recreación y paseos, toma su nombre del apellido de la familia de mi madre, pues hace algún tiempo gran parte de sus tierras era de los **Renderos**. Al irse poblando el lugar de residencias y quintas de recreo, mis parientes retrocedían y retrocedían. Unos se vieron urgidos a vender baratas sus propiedades; otros salieron de allí por esto o por aquello; los más escucharon notificaciones de embargos, como la que nosotros oímos en hora tremendamente inolvidable.

Los recuerdos de la infancia son hondos y persistentes. Algunos del tiempo escolar adquieren un cierto carácter de heridas en nuestro corazón. Nos duelen, nos atraen y nos encantan con sus vivencias retenidas. Son —como decía mi padre— los peldaños por donde sube el muchacho que se va volviendo hombre hasta las cimas del edificio de la vida. Realmente, todos esos íntimos recuerdos, como nombres de compañeros de aventuras en los ríos, de entradas al cercado ajeno, de diarias y múltiples enseñanzas y penas, están en la base de nuestra formación de adultos. Lo complicado y difícil viene después. Es entonces el momento de agitar las manos con desesperación, de restregarnos los ojos para despertar, a fin de comprender lo que es la vida.

Yo no comulgo con los existencialistas. Los detesto por esta razón: por las soluciones simplistas que ofrecen para resolver los problemas cardinales de la existencia. Sin embargo, pienso a veces que desde mi infancia voy dejando por los caminos un hilo de sangre.

Las ideas que expongo ante usted, doctor, afiebran mi cabeza cuando quiero sintetizar en la memoria los problemas y dolores de la época en que mi padre murió. Trato de valorar los propósitos y actos de un hombre honrado, vencido por circunstancias enemigas. El actuó como actúan los ciegos cuando se tocan el rostro y los ojos sellados: creen palpar la vida e imaginan que es ésta la que carece de facultades visuales. En los ciegos falta el órgano normal de la vista; en muchísimos hombres aparentemente sanos lo que falta es claridad en la conciencia, para poder conocer e interpretar el mundo y la vida de los hombres. Cuando mi padre perdió su casa y su pequeña finca, lo perdió todo: bienes materiales, amigos, salud, tranquilidad. Todo le fue adverso. Hasta su Dios lo dejó en el olvido.

* * *

Le repito, doctor, que desde el momento en que mi padre se sintió sin techo y sin medios para rehacer lo que le habían arrebatado, hasta el último instante de su existencia, creyó que aquel desastre había ocurrido por voluntad del **Maligno**. Igual que el hombre primitivo, sólo podía explicar los acontecimientos de la existencia relacionándolos con seres todopoderosos y sobrenaturales. Por eso hasta se le ocurría rogar a Dios para que castigara al Demonio. ¡Tenía plena seguridad de que al fin el culpable sería castigado!

Algo semejante pensaba mi madre, en otro espacio de meditaciones. Ella no culpaba a Satanás, pero atribuía lo ocurrido a la **religión protestante**. Nos aseguraba que si nos hubiéramos mantenido fieles a las creencias católicas no habríamos sufrido tanto. Para ilustrar sus ideas recurría a ejemplos

tomados de algunas familias ricas del país. Repetía que no por casualidad escaseaban los millonarios en la religión de mi padre. De habérselo mantenido en la religión católica, añadía, “otro gallo nos hubiera cantado”

¡Cómo iban a comprender aquellos dos seres, buenos y sencillos, los procesos sociales que se engendran en la realidad que nos rodea! Me dan lástima, ahora, y los aprecio cada día más. No puedo culparlos de lo sucedido. De hacerlo, así llegaría al mismo punto donde ellos llegaron: mi padre culpando a Satanás; mi madre a la religión protestante; yo... ¿culpando a los dos?

En nuestros días cualquier jovencito adivina lo que pasa en este agitado mundo. Ya no es necesario ser Prometeo para robar el fuego de los dioses y para inyectar ese mismo fuego en los que luchan porque la humanidad sea más libre y digna.

Bueno, doctor, larga es mi historia y temo cansarlo con ella. Pero usted necesita saber quién soy yo, y sólo puede conocerme mirando el fondo de mis pensamientos. Ser juez es algo hermoso, dice usted. Le ruego conteste lo que voy a preguntarle: ¿Debo ser juez de mis padres? Usted, doctor, es un académico; sin embargo, ¿podría explicarme con claridad, verdad y acierto las leyes que rigen el desarrollo de la historia humana? Lo veo asombrado ante mi nueva pregunta. No se moleste en contestarla. Sé que no podría hacerlo. Usted —tan buen médico— tiene conocimientos superficiales en el campo sociológico. Por eso hablaba nuestro Alberto Masferrer de la caricatura de las profesiones. Perdóne que sea tan franco.

¡No debo juzgar a mis padres! De eso estoy seguro ahora. Ellos no vislumbraban, ni remotamente, lo que yo veo con claridad cabal en todos los problemas que nos afligen o circundan. Toco y peso las cadenas que atan y detienen. Para romperlas lucho. ¡Es mi más urgente misión!

¿Verdad que Satanás es inocente, doctor?

LA NOVELA DE ANTON

“Tienes que escribir esa novela” “Debes escribirla necesariamente” —era la voz del imperativo propio, escuchada, sin tregua por Antón—. No obstante, él siempre admitía aquella permanente sugerencia como una obligación ineludible.

—¡Sí! Es verdad, debo escribirla! He llegado a la plena convicción. Después de meditar largos años sobre el asunto, me he percatado de que no me queda otra salida. Mejor dicho, esa es la solución única y lógica. Escribir... escribí... ¡Ah!

¡Como voy a gozar escribiendo mi novela! ¡Tendré la oportunidad de vivir miles de veces el mismo instante! El bello y doloroso instante siempre estará a mi alcance y será mi espejo ¡Este sí será un perfecto goce! ¡Dichosas mis manos, mi cabeza y la realidad que bebo!! No todas las personas pueden aspirar a un privilegio como éste! Generalmente los individuos viven su instante una sola vez ¡Ah! ¡Un momento! ¡Aquí hay algo más! ¡No todos los individuos viven su instante! Estoy persuadido de ello Vivir el instante significa tener conciencia de que se le vive ¡Eso es!

Estoy convencido: hay gente que vive, únicamente porque no está muerta ¿Lo sabrá esa señora que acaba de abordar el autobús trayendo de la mano a su pequeño hijo? ¿Vivirá su instante este hombre sentado delante de mí? Parece tan ausente del mundo que ni siquiera el movimiento del vehículo que nos transporta logra imprimirle un poco de cadencia Su cabeza fija sobre sus hombros me recuerda una protuberancia de granito Esta muchacha le vestido celeste que viaja sentada a mi lado, no vive su instante Estoy seguro de ello La he venido observando desde el mismo momento en que abordé el bus Me ha llamado la atención es bonita, atractiva Según parece no pasa de ser una secretaria más, como hay miles Desde que se sentó a mi lado no ha hecho sino examinarse cuidadosamente las uñas A decir verdad, tiene uñas delicadas Mejor dicho, un delicado color de rosa pálido se ha convertido en uñas de señorita En las tolvas de las caracolas marinas se repite exactamente ese color

Por un momento he llegado a creer que el agradable olor a sándalo que llega a mi nariz brotaba de esas uñas de suave color, pero no es así Lo he comprobado Cuando el autobús frenó con cierta brusquedad he aprovechado para comprobar mi hipótesis Deliberadamente fingí que dormía e hice que el efecto del repentino frenaje del vehículo me impulsara hacia ella Me recliné súbitamente sobre su pecho ¡Qué suavidad de musgo tiene el pecho de esa señorita! De la manera más galante me he disculpado Nada me dijo, tan solo me regaló una leve sonrisa ¡No! No son las uñas las que despiden el delicioso aroma No recuerdo en que calle o pueblo del mundo he sentido antes ese mismo perfume Por un instante casi he creído que esa olorosa esencia la sentí en algún sitio de París No sé con precisión en cuál Pero también me come una duda: a lo mejor fue en el Cáucaso oriental, tal vez en Gagra, en el poema-ciudad de las riberas del Mar Negro No lo sé

—¡Que bobo soy! Por venir pensando cosas bellas no me he percatado de esta realidad vulgar ya el autobús llegó al final de su vía y soy el único pasajero a bordo ¡El vehículo está detenido! Debe haber llegado aquí hace ya varios minutos! Pense que veinte minutos antes yo debía haber marcado mi tarjeta de entrada al trabajo! ¡Y ahora ¿cómo voy a explicar mi retraso en la Oficina? La otra vez, hará unos diez días, me ocurrió casi lo mismo ¡Qué estúpido soy! En aquella oportunidad debí contarle cualquier historia al gerente para justificar mi tardanza ¡Pero! Le conté la verdad ¡El hombre se puso furioso! Me reprendió fuertemente Después, me interrogó con brusquedad diciéndome “¿Es usted cajero del banco o novelista?”

—¡El banco —dijo en aquella ocasión— necesita hombres de temple acorralado! ¡Que se muevan como una pieza absolutamente indispensable colocada

dentro de la maquinaria del reloj! ¡De lo contrario esto no funcionaría! ¿No lo comprende? ¡Los minutos que usted debe trabajar en nuestra institución están calculados uno a uno! ¡Ni novelistas ni poetas!

Yo, por mi parte, no hice en aquella oportunidad sino quedarme callado. Todas me las tragué. Inmediatamente dediqué mi atención a los clientes del banco a través de mis funciones de cajero. Ahí encerrado, en ese compartimiento absurdo de mi caja, he pensado muchas veces acerca de la ofensa inferida a mi espíritu de novelista. Estar espiando el mundo por una ventanilla es duro ejercicio. Los clientes llegan. Meten la mano con sus papeles o dinero. Miro, cuento, pongo el sello. Firmo. Realizada la operación. ¡Ni una palabra! ¡Esa es toda mi labor! ¿Qué soy yo? ¿Una rata metida en este agujero de mi ventanilla? ¿Nada más que eso? ¿Para qué diablos cayó en mí este grano de sensibilidad que tanto amo, y que hoy vaga huérfano y detestado como una peste? ¡Para nada me sirve!

Bueno. Después de todo ahora debo volver al banco. El tiempo retrasado suma ya cincuenticinco minutos. Debí entrar a las 2 menos cuarto. Ahora faltan solamente 20 minutos para las tres. A esta hora, por lo general, el banco está lleno de clientes. ¡No! ¡No vuelvo más! Es decir iré únicamente a entregar mi renuncia irrevocable, y a pedir mi solvencia de hombre honrado. Lo que soy yo, no aguantaré más otro regaño del gerente ni de nadie. ¡Oh, libertad!

Tengo otras cosas que hacer. Debo escribir mi novela. Esto es vital para mí. Debo escribirla. Siento en la sangre el llamado del arte. Esa voz no me deja hacer nada. Constantemente me está martillando la cabeza, "debes escribir tu novela". "Es necesario que la escribas". ¡Tengo que escribirla!

Francamente, no sé cómo es este gerente. Me presenté decidido a renunciar de modo irrevocable y esta vez no quiere aceptar mi renuncia. Y como si eso fuera poco, hoy dice que sentiría mucho mi retiro. ¡No comprendo! La otra vez por sólo diez minutos de retraso me llamó fuertemente la atención. Amenazó con despedirme en cuanto hubiera motivo. Hoy, cuando soy yo quien desea dejar el banco, el gerente no está conforme con mi decisión. Pero no puedo seguir así. Me quedo de cajero, expuesto a los caprichos temperamentales del gerente o me marcho a realizar mi sueño. Mi novela es necesaria. Las mil veces que me he propuesto vivir el mismo instante debo sentirlos con todo mi cuerpo y plasmarlos en el papel con tinta imborrable. Después, nadie me perdonaría el no haber cumplido mis intenciones maduras durante tanto tiempo. ¡Sí! ¡Largo ha sido el tiempo! ¡Años de perenne tiamar en el cerebro la cuestión, sin atreverme a cumplirla! ¡No! ¡Eso no puede ser! Yo mismo, pasado algún tiempo, no podía perdonármelo. ¡Quizás hasta me convertía en mi propio verdugo! ¿Con qué palabras voy a contarle a mis hijos que tuve un sueño largamente urdido y jamás realizado? ¡Debo actuar como hombre definido! ¡Tonto sería ceder ante cualquier sentimentalismo del gerente! Mi sueño es considerado por mí, como algo capaz de imponerse y persistir, no ante pequeñas tormentitas, sino ante borrascas colosales, o ante el tiempo mismo. ¡Oh! ¡El tiempo! Hoy mismo, en cuanto salga de este maldito encierro, donde estoy atrapado como un insecto más, pondré definitivamente mi renuncia. Si por cualquier

circunstancia me siento coaccionado o influido a no renunciar, me consideraré ofendido. ¡Ya está! ¡Amenazaré con hacer pública mi renuncia para tener base legal el día de mañana, al llevar este asunto hasta los tribunales, si eso es preciso. ¡Ah, pero si actúo de esa manera también encuentro dificultades! Me vería obligado por el propio procedimiento, a revelar mi secreto, y entonces no tendría objeto ni siquiera pensar en renunciar. ¡Estoy atado a mi martirio como un cordero!

—¿Pero no crees que mientras tanto, debes ahondar un poco más en el plan de tu novela? ¿En las incidencias del desenvolvimiento? ¿En las formas de vida de los personajes, en los hilos de la trama? ¿En la psicología de esos seres a quienes piensas dar vida en una estructura artística? ¿Cómo piensas escribir tu obra? ¿Clásica antigua o clásica moderna? ¿O quizá piensas valerte de la antinovela? ¿Quién será tu guía? ¿Stendhal, Chéjov o algún novísimo?

—Ninguna de las cuestiones interesantes que has enumerado me hace falta considerar. Todas ellas se han tomado en cuenta. En cuanto a lo que se refiere a la estructura de mi novela, es algo que no puedo confiarte, pues constituye parte de mi éxito de novelista. Los personajes ya están caracterizados: llegaron de la vida a mi cabeza. El argumento está definido con bastante precisión. El espíritu de esos seres queridos ya vive plenamente, realizado en mi conciencia. ¿Sabes? Me he preparado muy bien para ser buen escritor y deseo que nada falle a última hora.

De la misma manera que lo hacen las más importantes cancillerías, las más cuidadosas, para causar buena impresión con sus actos protocolarios, yo también he realizado un ensayo general con mis personajes. Desde luego, tú no ignoras las ceremonias de palacio. Las cosas ahí se miden segundo a segundo, de modo que todo resulte perfecto. Pues eso espero hacer en mi novela. ¿Entiendes? Ya está estructurada y ensayada. Los personajes han sabido demostrar lógica y realismo en sus actuaciones.

En cuanto al maestro que me servirá de cicerone, también lo he estudiado y aprendido. Ya compuse varias veces su biografía, su comportamiento personal, sus costumbres íntimas. Conste, no se halla entre los maestros de la novela que has mencionado. Tampoco es un anti-novelistas. Mi novela —¿entiendes?— debe ser algo distinto de cuantas novelas se hayan escrito hasta hoy. ¿No lo crees? ¿Piensas que pecco de immodesto? Te equivocas. Yo también tengo lo mío, lo propio, y no perderé la oportunidad de manifestarlo. Además, comprendo mi deber con suma claridad: debo aportar algo raro, original, a la literatura. Un estilo diferente, la renovación de la prosa castellana. Actualmente está seca, desvitalizada. Carece de precisión y de contenido profundo. Las cosas se dicen de modo ambiguo, y nadie sabe a qué ateneise. ¿Ves como tengo razón? Es necesario renovar. Si tú miras a tu alrededor verías inmediatamente que no hay ni un solo aspecto de la vida que no deba renovarse. Por lo que a mí se refiere, estoy completamente seguro de que se impone renovarlo todo. ¿Dudas? ¡Allá tú! Yo cumplo con mi deber. Es la vida. ¿Entiendes? Mi novela será mi novela.

—¡No señor gerente! No renuncio para aceptar algún cargo en otro banco. Estas ofertas de mejor empleo se quedan coitas con mis intenciones, me

retiro a mi casa, al silencio, a la tranquilidad. Los quince años trabajados aquí en este banco han creado cierta rutina en mi modo de vida. Sería difícil ignorar eso. Pero no es conveniente que yo desista de mis propósitos. ¡Me voy! Algo me llama a mi propia autorrealización! ¡Necesito encontrarme a mi mismo a través de la vivencia de mi instante! ¡Actuar es necesario!

Aquel maldito edificio ya pesaba demasiado sobre mis hombros. ¿Qué era yo? ¿Mítico atlante cargando sobre mi espalda una mole deshumanizadora? ¡Pues bien... éso terminó! Espero que no sea para siempre.

Todo está listo, tinta abundante y abundante papel. La mesa donde habré de vivir lo que viviré no es incómoda. Es mi vieja mesa de formica y aluminio. Aquí trabajaré. ¡Ah! pero ante todo hay que ser pulcro! Así lo mandan las leyes que rigen la profesión del escritor. Por lo mismo, son necesarias serenidad y acción. Las manos deben estar limpias para tocar la verdad, la cabeza fresca para penetrar en lo profundo; el corazón ardiendo como la llama del primer suspiro, el pensamiento dispuesto para calar en las honduras del espíritu, los sentidos atentos y obedientes al disfrute cabal de la conciencia; la voluntad animosa y la lógica clara. ¡Ah! Un poco de higiene es factor de primera importancia en estos casos. Ya está lejano el tiempo de los poetas melencólicos y barbones. La bohemia romántica también es ya cosa del pasado. De modo que tomaré un baño. Me afeitaré. Algo de loción. Talcos.

¡Qué bonita la tarde para empezar a cumplir mi propósito! Está llena del sol luminoso del invierno. ¡Aquellos nimbos blancos como inmersos algodones no están mal como parte del paisaje que debo describir. La cordillera lejana e irregular, cubierta por su leve azul. El cielo abierto para las alas infinitas, y yo junto a esta pared manchada por la pena. Tu retrato en mi mesa. Libros escogidos. Una garza de cuerno de buey, labrada por las manos de un pisco. Un cuadro con la niña de vestido amarillo y su cesta plana con flores de color veranero. La cama donde dormo o descanso. Un conejito de porcelana de Ulán Bator. Dos enormes naranjas verdirrojas.

Todos aquellos elementos habían sido tomados en cuenta para el primer capítulo. Uno de los aspectos que más cuidé, fue el que se refería a la presentación de los personajes. Así empecé mi trabajo, mejor dicho mi sueño. Mas la tarde llena de luz fue poniéndose oscura. En el lugar ocupado hacía poco por blanquísimas concentraciones de sol, ahora había negros nubarrones. Todos los ámbitos se fueron llenando de tinieblas. Como un rayo negro volaba sobre aquella tarde un gran albatros presidiendo la tempestad. Las ondas sonoras llegaban desde la profundidad distante, con raras tonalidades envejecidas con milenios y milenios-luz. Empezó a llover fuertemente. No paré de escribir aunque los truenos se sucedían intempestivos. Podía escuchar cómo mi pluma rasgaba velozmente el papel. Una cuartilla, otra y otra.

Cuando yo era chico no temía a las más furiosas tormentas, ni a los rayos. Ahora, al filo de las doce de la noche, siento un miedo terrible. ¡Debo superar esta crisis! Tengo ante mí una tarea más grande que una montaña. Escribir mi novela es algo grande. Bueno, por algo es un mandato del espíritu.

¡No puedo más! Descansaré. Esto es un shock, sin duda. ¡Es necesario descansar! Desde el día en que empecé a realizar mi sueño hace ya mucho tiempo me he bañado y afeitado no sé cuántas en ocasiones ¡Docenas y docenas de veces! A estas horas todas las papelerías están cerradas y no es posible continuar escribiendo! ¡Se acabó el papel!

Creo que en todo caso es mejor descansar y recordar un poco los elementos de la siguiente parte

He realizado desde hace cinco años, cuando inicié mis labores, (soñando lo que iba a hacer) dos terceras partes de mi novela. Esta constará de bueno para qué decirlo. No hace falta. Lo esencial es que la novela esté organizada lo más pronto posible, pues el editor me la está pidiendo, exigiendo. Por más que el muy terco se ha empeñado en conocer el contenido, la trama, los nombres de los personajes y otros elementos, no ha logrado ni lograr nada de mí. No se lo diré todavía.

Por mucho tiempo he estado casi convencido de que debo corregir lo escrito. Mas no me animo. Pienso que todo está dispuesto de la mejor manera, y no debo suprimir ni agregar nada ni siquiera una coma.

Nuevamente sin cigarrillos. ¡Es fastidioso! Qué clase de escritor soy yo, si no tengo cigarrillos! Y el jairo de café vacío! Vamos —me digo— no te desalientes! Otros con menos talento que tú han triunfado. Tú conoces la vida, la penetras. Tienes capacidad de análisis, condición indispensable en un buen novelista. Haces lo que los demás no pueden hacer: ir más allá de los sentidos.

—Estoy muy contento contigo. Me has guiado muy bien por la vida. Imagínate! Jamás pensé que yo sería importante, y menos un personaje de tu novela. Me siento más emocionado, sabiendo que soy uno de los personajes centrales de tu obra. Sé que haces todos los esfuerzos requeridos para escribir una novela seria, de profundo contenido. Pero desde hace días me obsesiona una inquietud. Quiero preguntarte: ¿cómo lograste meterme en los laberintos por donde me has llevado? ¿Por qué me has puesto a jugar el papel de ese personaje? Estoy seguro de que es a tí a quien correspondía desempeñarlo. No a mí. Mira: presiento que no llegaré al final. Ese papel que me has asignado es cruel, es doloroso. Hasta hoy he sacado fuerzas de mi flaqueza para hacerte quedar mal con tus lectores. Pero te prevengo: sería más conveniente buscar otro individuo para tu actor. Mi dimisión es inminente, pues tal como las cosas se van desenvolviendo, me esperan momentos muy duros. Creo que hasta moriré. ¡Yo no quiero morir! ¡No quiero morir todavía! Anoche derramaste lágrimas sobre el papel escrito. Antes, hiciste algo parecido. Has llorado bastante sobre mí. Aguantar esto por más tiempo, me es imposible!

Por otro lado, la muchacha esa, la que me has encomendado conducir en tu novela, se está volviendo neurótica. Me asusta con su histeria. ¿Te das cuenta cabal de lo que pasa? Muchas veces el corazón se me ha reblandecido. Ella es demasiado tierna para mí. Yo no quiero seguir a su lado. O la cambias por otra muchacha que se adapte a mis sentimientos, o me escaparé de estos

papeles Ya estoy cansado de lo que hacen conmigo, tú y ella ¡Bonita tarea la de aguantar a los dos!

—¡Un momento! ¡Un momento! ¡Si te atreves a insultar no respondo de mí! ¿Comprendes? Tienes que seguir adelante Debes actuar como yo quiera, ¡y hasta que yo quiera!

—Veo que eres cruel Antón ¡Estás deshumanizado! No por casualidad fuiste empleado de banco durante quince años! ¿Crees que yo soy una calculadora para que me manejes a tu antojo? ¿Crees, de veras, que me llevarás como a un niño por donde tú desees? ¡Te equivocas! ¡Yo he nacido libre y no seré por más tiempo esclavo! ¡O me sacas de tu novela o !

Estoy a punto de terminar mi obra. ¡Qué feliz soy! ¡Mi sueño casi está plasmado! He vivido tantas veces el mismo instante Me siento enternecido Colmado de ilusiones extraordinariamente bellas casi mágicas

¿Y ahora qué? ¡El revoltoso ése, se negaba a seguir adelante! No quería actuar más Hoy como ya es un importante personaje de novela, pone sus condiciones: él desea guiarme a mí, y no yo a él ¡Vaya! El muy descarado ya no recuerda cuando lo recogí en un barrio pobre, ¡casi muerto de hambre y humillado por todos! Pero no saldrá con la suya Lo obligaré a que actúe, y deberá hacerlo a mi modo, tal como está previsto en mi plan Irá a donde yo quiera llevarlo

—¿Pero qué es lo que has hecho, desgraciado? ¿Por qué has dicho eso? Bien sabías que ese parlamento no debía expresarse en la forma en que lo has expresado! ¡Has cometido un crimen! ¡Has pronunciado el nombre sagrado! ¡El nombre de ella! ¡El nombre que yo jamás había dicho en alta voz! ¡Nadie más que tú sabía ese nombre! ¡Lo has echado a perder todo! ¡Y lo has hecho adrede! ¡Mi sueño deshecho por tu sucia boca! ¡Maldito seas miserable! ¡Pero no te saldrás con la tuya! ¡Nada me importa ya!

Así fue cómo aquel hijo mío, el personaje creado por mí, me traicionó Lo recogí de un barrio pobre de la ciudad de San Salvador Lo puse a actuar junto a mi novia eterna. Se enamoró locamente de ella Cuando no pudo seducirla y conseguir sus propósitos, gracias a la fidelidad que me guarda, decidió vengarse de ella y de mí Confabuló a los demás personajes de mi novela y derrumbó para siempre mi sueño Actuó de manera voluntariosa Abusó de mi confianza Yo, atenido a su lealtad, nunca corregía lo escrito Por eso dijo parlamentos a su modo Preparó poco a poco situaciones que no estaban en el plan de la obra Creó conflictos innecesarios Mató personajes por la mera ambición de sobresalir Envileció el alma de no pocos de mis hijos He ahí el resultado de confiar de antemano el secreto del autor a un personaje de su novela ¡Traición! ¡Sí ! Eso es ¡traición !

Aun después de toda aquella desgracia seguía en mi cabeza la idea de realizar mi sueño Dichosamente se me acabó la tinta y no fue posible seguir escribiendo Me puse triste ¡Jamás me he sentido más triste en mi vida como entonces! Yo quería decir algo, gritar terriblemente, ¡mas no podía! Me sentí como el último de los hombres! Sin embargo, todavía me quedaba la última posibilidad de rescatar mi felicidad lejana, personaje central de la

novela, y nombre con que siempre he designado a mi eterna novia, para no revelar su nombre verdadero. Nadie lo sabe aún, excepto el pillo ese que se escapó de mi pluma. Mejor dicho, lo sabía, porque murió llorando y pronunciando el nombre de ella! ¡Yo no podía dejarlo vivo! Cuando se me acabó hasta la última gota de tinta, todavía quise seguir adelante, escribiendo con la pluma seca. Me conformaba con trazar rasgos en el papel, con la esperanza de repintarlos algún día. Mas me di cuenta del grave peligro que aquello significaba para mí. Entonces decidí inutilizar la pluma clavándola en la mesa, en los ladrillos del piso. Encendí una hoguera y quemé todo ¡todo! Absolutamente todo lo que había escrito en 2295 días correspondientes a nueve años justos.

Por fin pude poner a salvo el honor de ella y el mío. De modo, Señor Editor, que ese fue el final de la novela que usted quería publicar con carácter exclusivo. Algún día volveré a probar suerte. Aunque dudo que me alcance la vida para terminar de vivir el instante.

CATAJOCADO

Nació en San Salvador el 9 de agosto de 1933. Tiene inédito un libro de cuentos *Juego de Oñija*.

Ha publicado: *Sonetos Elementales* (Departamento Editorial, Ministerio de Educación 1958) *Espacios* (Colección Los Presentes, México, 1955), *Poemas del Hombre y del Alba* (1961), *Las Manos en el Fuego* (Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación 1969). Esta última obra obtuvo mención honorífica en el XIII Certamen Nacional de Cultura de 1967. En prensa *Las Manos y Los Siglos* (Mención Honorífica, Revista *Ecuador* 0° 0' 0", México, Alejandro Finisterre, Editor).



Mercedes Durand

A ORILLAS DEL JALPONGA

El cabello negro de Romilia olía a membrillo. De sus ojos de almendra y su rostro de barro asomaba una alegría nueva. El cambray del vestido blanco, el listón de mantequilla y la corona de menudas campánulas de papel estaban allí sobre la silla de su cuarto. Pronto empezaría la ceremonia, la procesión y la luz de las velas iluminaría el camino. El padre Facundo y las señoritas Menéndez la habían elegido. Era tan modosilla, tan bien mandada, tan devota y sobre todo —y eso lo comentaban las solteras con el sacerdote cuando sorbían el chocolate y los pasteles de las cuatro— tan graciosa, que el pueblo gozaría con la designación.

Las calles del lugar eran como los habitantes: pobres y viejas. Olían a cecina renegrida y a pabito quemado. El párroco había llegado para hacerse cargo de la iglesia y pronto se acostumbró a todo.

Los pastores fueron escogidos entre los jóvenes campesinos de las haciendas Corral Viejo y Agua Fria. Los usaban de pantalones de mezclilla azul, camisas blancas, sombreros de paja ondulados de flores de mezcal y cayados envueltos en papel dorado, de ese con el que se protegen los chocolates extranjeros y los cigarrillos de carita.

Las pastoras fueron emperejiladas con trajes de tafetán amarillo, rosado solferino, verde musgo y morado lila. Una banda de listón ceñía la brevedad de sus cinturas y en sus cabezas encajaron sombreros medio cordobeses y jipijapas. Del cayado que portaban las pastoras se escapaban tintineos de sonaja y muchachos y muchachas —por consejo de la abuela Remigia— perfumaron sus ropas con flores de reseda y manojos de albahaca.

—Sí, del río la recogieron. La pequeña se salvó de milagro. Ese año la repunta tragó bestias, troncos y a la difunta Aurelia. Los costales de frijol rebotaron más allá de las piedras y una peineta de carey, con incrustaciones de oro y una maiposa tallada, se encontró semanas más tarde en un recodo del río. Romilia quedó asustada. Era un pequeño cuerpo afligido y friolento que fue depositado en casa de las señoritas Menéndez. Ellas tan caritativas se hicieron cargo de la huérfana. Allí se acriolló Romilia junto a los canarios, los gatos, los pichiches y las dolencias de las solteras. La chica aprendió a leer, a manejar las cuatro reglas de la aritmética y a rezar la doctrina cristiana.

Por la mañana se encaminaba a la iglesia a cumplir con el santo sacrificio de la misa y por la tarde, antes de cerrar los postigos y cubrir la jaula de los canarios, los menudos dedos de Romilia repasaban las cuentas de la camándula. A los ocho años ya era una chiquilla bien mandada que sabía tejer, trapear, hacer las camas y cumplir las indicaciones de sus protectoras. Era avispada y obediente, por ello había sido escogida y le confeccionaron el albo traje, la corona de campánulas y las zapatillas blancas.

Las palancas eran parte del ritual. El padre Facundo, al principio, se opuso airadamente a la costumbre. El Alcalde Municipal, las Señoritas Menéndez,

el idóneo de la Botica, el Juez de Paz y el abogado Sepúlveda le aconsejaron respetuosamente que no destruyese la costumbre. El sacerdote les argumentó en contra hasta encenderse las mejillas, pero los principales del pueblo le reconvinieron y el Padre no tuvo menos que aceptar que en la procesión fuesen las benditas palancas.

Indalecio Aquino era el encargado de preparar las varas de bambú y toda la familia del biznieto del Rey de los Nonualcos, colaboraba afanosamente en la tarea. Se elegía la mejor fruta de la estación: naranjas, limas, piñas de azúcarón, cocos de agua, paternas y racimos de guineo, ello se mezclaba con guirnaldas de veranera y pascuas. El papel de china ayudaba a preparar los gallardetes y las tijeras cortaban por acá, piqueteaban por allá y cenefeban por acullá con el objeto de darle a las banderolas las más caprichosas formas. Pero el ritual no estaba completo sin la presencia de don Chico García, el ciego Abraham y Joaquín Pérez quienes eran responsables de tañir la guitarra y tambalear las tortugas. Sí, porque el ciego Abraham era un virtuoso para llevar el ritmo con la tortuga hembra y Joaquín Pérez prodigaba sus habilidades en la tortuga macho.

La procesión bajó de San Sebastián Arriba a las ocho de la noche. Hacía una luna redonda y las estrellas cabrilleaban en la superficie del Jalponga. El Padre Facundo presidía el desfile acompañado del sacristán. Luego seguía Romilia, ataviada con su traje de cambiay blanco, su corona de campánulas áureas y su velo de tul, abrazando entre sus manos la imagen de San Nicolás que esa noche sería bendecida y colocada en el altar. Luego venían las pastoras y pastores quienes bailaban al compás de las tonadas de don Chico García. El ritmo de los danzantes era marcado con las tortugas tamborileadas por el ciego Abraham y Joaquín Pérez. Luego seguía la palanca colmada de olores, sabores y colores del trópico y finalmente los habitantes del lugar portaban farolas y candelas de cera.

El río Jalponga serpenteaba plácidamente. Las piedras dibujaban tótemes extraños, pero la luna incandescía la noche por lo cual los lugareños no tuvieron dificultad alguna en atravesarlo. Para Romilia era grato el contacto del agua y sentía una extraña sensación cada vez que sus pies, sus brazos o su cuerpo eran rozados por las aguas del Jalponga. Romilia no alcanzaba a comprender por qué gustaba de sentir resbalar el agua clara y mirar su rostro reflejado en la diafanidad de las aguas de ese río. Muchas veces, las señoritas Menéndez le llamaron la atención por sus escapadas al río y en vano le relataron historias terribles de siguanabas locas ambulantes, cadejos negros furiosos soltados por el Justo Juez de la Noche y cipitines barrigones que perseguían el candor de las niñas. Todo era inútil, Romilia sin saber, sin siquiera proponérselo se sabía parte del Jalponga. Era algo así como un pez, un bejuco, una gota de espuma.

El río los dejó pasar. Al hacer un alto en el camino los que calzaban caítes, zapatos o chancletas se agacharon a fin de secar sus pies y proseguir la marcha hasta la parroquia del padre Facundo.

Romilia se quedó mirando el rostro de San Nicolás. Le impresionaron sus grandes pestañas postizas, sus ojos de canica color caoba y el aire medio

angelical y severo de sus mejillas. Estaba asombrada, a grado tal que no escuchó las voces de las señoritas Menéndez que la llamaban desesperadamente. Al fin, se dijo Romilia, conozco bien el camino. Fatigada como estaba prefirió sentarse a descansar un poco. La madrugada, preñada de luceros, iluminaba sus pasos, pero el cansancio doblegaba su cuerpo y después de cruzar el río, Romilia sintió la atracción del Jalponga. Extasiada veía correr el agua y rebotar estrellas de espuma, piedras de colores, hojas secas y peces minúsculos. Era fascinante estar cerca del agua. Era delicioso sentirse junto al lecho del Jalponga. Era impreciso lo que Romilia sentía, pero sus ocho años, la fatiga, la hora, el sueño y una extraña fuerza la indujeron a recostar su cuerpo sobre las cortezas de un almendro desmochado. Durmió plácidamente. El rumor del agua la arrullaba y una voz dulcísima que brotaba del río la hacía escuchar extrañas canciones de cuna. Romilia bogaba en una balsa de madera al lado de una mujer extraña, de San Nicolás de las pozas, de los bejucos y de las piedrecillas. Todo le hablaba en un idioma húmedo y primitivo. Romilia veía en el Jalponga a una mujer que decía llamarse Aurelia que le acariciaba las trenzas y tintineaba una ensarta de peinetas de carey. El ruido de unas piedras que cayeron al agua la hizo despertar y Romilia se incorporó de inmediato. La niña se afligió por haberse quedado dormida y pensó en la reprimenda que le darían las señoritas Menéndez. Mas, de pronto, el agua fue más fuerte que ella y un alud de tortugas azules, conchas mojadas, piedras pómez gigantes y un remolino de peinetas de carey la sumergieron, dentro, muy adentro de las aguas.

Cuando corrió la noticia y ésta se coló por las callejas del pueblo, los comales ahumados, las ventanas abiertas y las paredes de bahareque, las señoritas Menéndez recogieron, entre lágrimas y desmayos, una peineta de carey, un corona de campánulas blancas y un breve listón de mantequilla.

JUEGO DE OUIJA

Tú no eres aficionada a los juegos. Recuerda que en el Estero de Jaltepeque preferiste beber media botella de whisky, antes que hacer el ridículo con la Canasta Uruguaya. Y en la Galería de los Pintores, antes que desnudarte y dar de sobe vino en tu sexo, al millonario holandés, optaste por esconderte toda una noche en el cuarto de las escobas. No, decididamente tú no tienes buena mano para los juegos. Siempre refunfuñaste ante el hábito de Olaf por jugar largas partidas de dominó, y te irritaba la insistencia de Coralía en desvelarse y desvelarte jugando a quién se mantuviese más tiempo despierta, o la terquedad del profesor Castelló por enseñarte a mover correctamente el afil, la reina o el caballo. Tú no eres aficionada a los juegos. Pero

Violeta y Rodolfo, Julia y Eduardo, Narciso y tú se reunieron esa noche. Hacía frío y un cognac en cada mano fue colocado por el viejo mayordomo. Ardía el fuego en la chimenea. El humo de los cigarrillos Kent y del habano de Eduardo ascendían en espirales hacia el techo. Se hablaba de mil cosas. Que si Viet Nam, que si Isiael, que si Biafra, que el baile de los Mendieta, que la peluca de Eugenia, que el adulterio de Nadia, que si Eduardo fuese Ministro, que si Rodolfo fuera acróbata, que si Narciso fuese nombrado Rector de una Universidad de ninfómanas, que si Julia fuera la abuela de Juan Carlos, que si Violeta fuese traslúcida como un espectro, que si tú fueses medium.

La tabla ouija fue colocada en el centro de la mesa. Las escogieron a Violeta y a ti porque eran las más altas, las más jóvenes y las que poseían más fluido. Ambas unieron las rodillas, cerraron los ojos y comenzaron el juego. Precisaba darle magnetismo a la tabla para que girase rápidamente y marcara letras y números, que cualquiera de los del grupo anotaba cuidadosamente. El silencio era espeso como el café del percolador. Violeta y tú, apenas rozaban las puntas de los dedos sobre la tabla. El cuerpo se te erizaba. Las mejillas se te encendían. Sentías igual inquietud a la que te angustió cuando sufriste de taquicardia y consultaste con el cardiólogo. Tu mano y la de Violeta eran agitadas por un remolino extraño. Iban de oriente a occidente, de sur a norte, de arriba hacia abajo. Las reproducciones de Gauguin y de Kokoshka giraban vertiginosamente. Sudabas como un caballo al trote. La oscuridad se confundía con grandes ráfagas de luz. El fuego y el agua se entrelazaban como en el período cosmológico. De pronto te ceñías la túnica de Safo, para luego colocarte el minúsculo bikini de Raquel Welch. Violeta te rozaba fuertemente la rodilla. Casi te hacía su conformación huesuda y te resistías a soportar aquel contacto. Fueron miles de años los que desfilaron en aquella sala. La tabla ouija seguía moviéndose. Un lápiz escribía. Ocho pupilas abiertas y cuatro ceñadas percibían algo extraño. Fue necesario que tu perra ladrara furiosamente para que terminara el juego.

Güija es un lago extraño. En él flota el salvajismo de lo inexplorado y el misterio de una ciudad enterrada. Fuiste a recorrer sus márgenes y divisaste el cenizo del Tule, el Volcán de San Diego y las montañas de Santa Catarina. Te internaste en la profundidad de sus aguas y extrajiste picos de obsidiana, cuentas de collares y piedras labradas. Las gaviotas despertaron muchas madrugadas junto a tus cabellos. La hamaca que Román te colocó entre los dos árboles de conacaste, fue amiga de tus tardes contemplativas. Narciso te había llevado a Güija a fin de que conocieras el lago y lo comprendieras a él. Al fin y al cabo, del abuelo de tu marido eran las haciendas que bordeaban el lago. Y tú supiste conocer el misterio de aquel extraño lugar. Recuerdo que conversaste con el sordo Cenao, hiciste cantar a Víctor Mayorga, deshilvanaste la malla de recueidos que guaidaba Marcelino en el fondo de su choza y lograste saber la verdad sobre los amores de la Angela con el tío de tu marido. Güija te reveló un secreto: todos sus moradores y hasta tú, que eras recién llegada, tenían marcado, en la nalga derecha, el fierro de los Pedraza.

En la casa veraniega de Güija conociste al hindú que hipnotizaba a las cabras. Había llegado allí, por casualidad, acompañando al arqueólogo nortea-

americano y Narciso dispuso recibirlos como huéspedes. El hindú tenía la piel amarillenta como los rollos del maí muerto, y usaba una camisa de tela ligera y cuello alto. Eran vegetarianos ambos, de modo que te conformaste con saborear las verduras y hortalizas que aún quedaban en la nevera. El arqueólogo se perdía tardes enteras con tu marido y tú quedabas en compañía del hindú quien te conversaba de Ramakrishna, de los Vedas y del Nirvana. Jamás se acercó a tu hamaca, pero siempre te miraba a los ojos con pupilas de tigre en celo. Una tarde, antes que embarcaran, te besó la mano derecha y te aconsejó, casi con voz de ultratumba, que recelaras de toda palabra que sonara a Güija. "Es peligroso, te dijo, que juegues a todo y a nada". Tú te echaste a reír y acompañada de Narciso subiste a una balsa, se internaron en el lago y esa noche cenaron pescados, bebieron vino rosado y se hicieron cuatro veces el amor.

Violeta y Rodolfo, Julia y Eduardo y tu marido Narciso decidieron romper la tabla oüija. Fue tu marido quien se ocupó de tirar de un extremo y Mario del otro, pero la tabla no sufrió ningún rasguño. Entonces Julia y Violeta hicieron fuego y en él fue consumida la tabla misteriosa. Jamás se volvió a recordar aquella tabla y en las ocasiones en que se volvieron a reunir se habló de Viet Nam, de Israel, de Biafra, de para acá y de para allá, pero nunca se volvió a hacer alusión a la oüija.

Tú fuiste quien rompió el mutismo. Una de tantas noches en que se hallaban reunidos preguntaste por la tabla que erizaba los cabellos, hacía galopar la sangre, giraba en remolinos azules a Gauguin y a Kokoshka y unía las rodillas huesudas de Violeta con las bien formadas de tu cuerpo.

Alguien te haló del vestido, te arrastró el cuerpo y la voluntad en un remolino inexplicable y te llevó a una extraña buhardilla. Ahí, encontraste al hindú y al antropólogo norteamericano unidos por las rodillas, haciendo girar la tabla oüija y tú te ocupaste de anotar lo que las letras iban marcando.

Ahora te explicas por qué tu hermana se cortó las venas, tomó una excesiva dosis de somníferos y aún tuvo fuerzas para abrir las llaves del gas.

EL ALBUM DE CABRITILLA

Hacia un magnífico día. Llegaron al estudio de Gabriela a la hora en que los cisnes jugaban a las carreras con las anémonas del estanque. Ella colocó la silla de extensión y los cojines azules bajo una hermosa veraneera. Se disculpó con su acompañante y subió presurosa la escalera que conducía a sus habitaciones. Anudó sus rebeldes cabellos y se enfundó la gabacha. De un closet, que olía a ramas de muguet, sacó unos dulces con sabor a mandarina y unas pantuflas inglesas. Luego, fue a su estudio y tomó los materiales ne-

cesarios Bajó al estanque y vio con profunda ternura que Ernesto dormía plácidamente No lo quiso molestar y, sin hacer el menor ruido, ajustó la cautulina en el caballete y comenzó a esbozar los rasgos de su entrañable amigo Cuando éste despertó y abrió sus ojos azules, ella estuvo presta a ofrecerle su bastón, él entonces apoyó su brazo en el de la muchacha Caminaron alrededor del estanque y Gabriela respiró a pulmón pleno la brisa de la mañana Ernesto, encorvado y cansino, hablaba pausadamente Relataba a la joven sus experiencias en Escocia cuando visitó una famosa casa embotelladora de whisky y el inmenso susto que le produjeron los estridentes graznidos de los gansos que vigilaban la bodega Luego, le relató su amistad con el Picasso de la época azul y sus largas caminatas juntos y la comida de caracoles que se dieron, hasta el hartazgo, en una fonda situada en la frontera franco-española Don Miguel de Unamuno y su jersey negro y su frente erigida y su dignidad de roble, ante las embestidas del viento de la incultura, también fueron amigos de Ernesto Ella lo escuchaba con aurobamiento, sin interrumpir las frases El hablaba con la fluidez del vino añejo que se escancia gota a gota y reposa largo tiempo en el paladar Antes de subir al carro, Gabriela ordenó al chofer que se percatara de que los cojines estuviesen colocados adecuadamente Ambos subieron al auto Llegaron a la residencia de Ernesto justamente a la hora en que éste debería tomar la sopa de legumbres que le había recetado el médico Gabriela lo acompañó a la mesa y, como era su costumbre, mordisqueó unas galletas simples con un trozo de queso sin sal que le supieron a gloria Al despedirse, Ernesto, prometió a Gabriela no usar el anillo de onix en el anular porque la artritis se lo había convertido en algo parecido a un espárrago hinchado

La piscina del club se hallaba muy concurrida Bikinis a lunares, a rayas verticales, horizontales y espirales; mallas negras y salidas de baño de encaje abundaban en aquel exclusivo lugar A escasos metros la calle era transitada por autobuses urbanos, autos de carrera, triciclos lecheros, perros, hombres, niños Gabriela se recostó sobre una esterita de tule y estiró los pies en la misma forma que lo hacen perros y gatos al desperezarse Anteojos oscuros la protegían del sol que con sus rayos le tostaba la piel Gabriela evocaba los momentos transcurridos con su entrañable amigo Un coro de muchachos y muchachas irrumpió a su alrededor y uno de ellos con aspecto de play-boy le dijo al oído algo y acercó sus labios a las mejillas de la muchacha Ella indignada, se indignó y dio una bofetada al recién llegado El le pidió disculpas y Gabriela se unió al grupo a fin de darse una zambullida Luego, sentados bajo una sombrilla de lona, pidieron aperitivos en copas de piña madura ante la desaprobación de Gabriela que ordenó un jugo de tomate Se hablaba de las nuevas técnicas dislocadas y aburridas del cine y se traía a cuento la secuencia del paseo de una cama por toda la capital londinense; se comentaba el extraordinario derrumbe de la sintaxis, en la novela y el cuento, ante la impotencia de las momias de la Academia por detener el avance de la nueva ola; alguien relató sus experiencias, en un baño colectivo, con dos negros del Congo; alguien tamborileó sobre la mesa; alguien sacó una jaula con un gorrión y un grillo disecados, alguien bebió una LSD; alguien dio de beber cognac a un pekinés, alguien sopló una armónica; alguien silbó; alguien hincó Gabriela bostezaba y hacía vanos esfuerzos por mantenerse atenta a

la conversación de sus amigos. Fingió un repentino malestar y se despidió del grupo. Se alejó del Club.

El álbum de fotografías estaba encuadernado en piel de cabritilla. Una niña de bucles oscuros y sombrilla con ribetes de encaje sonreía desde las rugosas páginas. Un muelle, bañistas con trajes a rayas, un barco de diseño antiguo y varios señoras y señores aparecían en otra imagen. Dionisia, su cabello lacio y su rostro negroide, sostenía sobre sus piernas a la niña Gabriela. Un anciano de rostro venerable y porte distinguido ocupaba varias páginas del álbum de Gabriela. En unas ocasiones se le miraba jugar al golf, en otras fumar una pipa de carey, en algunas acariciaba el mango de un bastón, en varias sostener sobre sus rodillas a una chiquilla de largas trenzas y en las más se le veía sentado contemplando, con ojos bondadosos, a los curiosos que abrían el álbum. Gabriela lo conoció cuando era muy chica y disfrutó poco tiempo de su compañía. La arterioesclerosis y un infarto al miocardio dejaron a Gabriela perpleja y al abuelo rígido y frío. Su sorpresa y desencanto, por la irreparable pérdida, no fueron sustituidos por los viajes alrededor del mundo, ni por las visitas a internados, a ruinas famosas y a clínicas de sueño. Gabriela había desistido de escaparse de sí misma y dispuso vivir alejada de su familia en una casa-estudio donde residía al lado de sus cisnes, sus lienzos, sus pinceles, sus anémonas y su álbum de cabritilla.

Ernesto la había invitado a tomar el té en casa de un amigo. Este vivía en las afueras de la ciudad y poseía varios millones de pesos y algunos miles de libros. El anfitrión tenía los modales de un conde y la cultura de un abate. Varios años en Suiza y largos veranos en Montecarlo dejaron sus huellas. Los tres recorrieron la mansión de los libros y Gabriela se internó, con sus dos amigos, en los estantes y estantes de aquella maravillosa biblioteca. Llegaron a la Enciclopedia de Diderot y pasaron por la británica, la francesa, española, alemana, italiana, árabe hasta finalizar en la de aberraciones y la de toros; caminaron desde *El Libro de los Muertos* hasta *El Amanecer de los Magos*; fueron desde San Agustín hasta Heidegger, recorrieron la Arqueología, la Historia, la Literatura, las religiones y finalmente, y en estante especial, transitaron desde *El Capital* de Marx hasta la última obra de John Bernal. Se instalaron en la sala de mullidos sillones y tomaron el té. La muchacha escuchaba, con sumo interés, los recuerdos que Ernesto y su amigo vivificaban de los corsos de flores, los jueves de Corpus y sus procesiones señoriales encabezado por monaguillos que incensariaban las calles cubiertas de pétalos de rosas, por las que caminaba el señor Obispo bajo el oro sedoso del palio, mientras las residencias de las familias principales abrían sus puertas, ornadas con immaculadas cortinas, dejando ver los suntuosos altares privados. Ernesto refirió sus amores con una hermosa gitana que zapateaba de maravilla y cantaba por bulerías y su amigo lo interrumpió para recordar las piernas de María Conesa y la categoría de Virginia Fábregas. Al finalizar la quinta vuelta de té, el dueño de la aristocrática mansión relató a Ernesto y a Gabriela la angustia que le producían los sorprendentes ataques de asma y las inoportunas molestias renales. Ernesto por su parte, se refirió a los dolores agudos de la artritis que le deformaba los pies, las manos y las rodillas. Antes de abandonar la casa, Gabriela recibió, del amigo de Ernesto, un fistol que el abuelo de la muchacha le había regalado a éste.

“Es inútil Julián es una excelente persona. Haría lo que mi estúpida familia llama un buen marido. Me quiere, me mimó, me colma de orquídeas, de rosas, de cartas, de perfumes, de bombones, de mil pequeños detalles. Se preocupa de mi neuralgia, de una leve herida, de que se me rasgó la uña. ¡Pero me abume intensamente! No resisto su proximidad. Ese olor a bosque mediterráneo que emana de su cuerpo me marca y ME CAUSA URTICARIA. El escritor de cabellos grises, sí que tiene personalidad. Su talento me convence, tiene seguridad en sí mismo, su obra se impone, no está mal de tipo. ¡Ummmm! Pero dudo que lo llegue a aceptar en el lecho conyugal! Alfonso, mi novio de adolescencia, es cierto que es adorable. Me besó algunas veces, en ocasiones pellizcó mis piernas y casi me hace pasar a la antesala del acto sexual pero ¡AHORA ME PRODUCE ESTORNUDOS! Mas, Ernesto. Es un sol opaco y tranquilo que me llena de serenidad! Su conversación, sus modales, su cultura, sus ojos azules, sus manos, su bastón, su paso menudo. Ernesto. ¡Ah y su rostro venerable y sus ojos bondadosos y sus relatos infinitos!”

La figura de Amelia en su traje de holandesa era sencillamente grotesca. “Una vaca holstein con zuecos, delantal, cofia y antifaz” había comentado el cineasta afeminado; Gonzalo y su Nerón de circo era formidable; Arlette y su peluca rubia y su traje de Juana de Arco, escondía a perfección a la doctora mulata que todas las mañanas controlaba los kilos de exceso a las señoras obesas que visitaban su clínica para que les redujese las calorías de su dieta; Juno y su malla oscura, sobre la que una minúscula faldita roja imprimía feminidad, guarecía su equívoca conducta y daba la impresión de una caperucita ingenua y delicada. La mujer del Arquitecto y su voz de actriz de novela radial simulaba magistralmente aires diltheyanos y trazos alecorbusierados ante el auditorio de profesionales estúpidos e intelectuales babeantes por sus piernas bien torneadas y sus senos exuberantes. Gabriela había organizado la reunión para gozar un poco de la excentricidad de la gente y reirse de sí misma. Sí, de sí misma porque ella se había vestido de “qué me importa” y se preparó un coctel de ron, vino demi-sec, whisky, ginebra, ajeno, cerveza y soda. Despertó malhumorada y con la lengua pastosa.

El álbum de cabritilla, las anémonas, el estanque, los cisnes y varios cuadros. Gabriela adquirió fama de misántropa porque se encerró ocho semanas. Salía únicamente los sábados a proveerse de materiales y comestibles y al Convento de los Dominicos en donde solicitaba a los frailes que le diesen la dirección y la paga convenida a las personas que le servirían de modelos. Durante el resto de los días colocaba cartulinas, corregía trazos, ordenaba posiciones, gestos, buscaba luces, observaba sombras, hurgaba arrugas y manchas en las manos, descubría extremidades deformadas por el reumatismo y continuaba su tarea creadora.

Cuando transcurrieron las ocho semanas de aislamiento, Gabriela no pudo más. Su corazón, sus nervios, su semblante y su esencia vital se lo exigían. Fue a casa de Ernesto y no lo encontró. El ama de llaves le comunicó que se había marchado sin despedirse y sin decir adonde iba. La muchacha contrató a un detective privado. Visitó hospitales, gimnasios, clínicas, balnearios, desvanes, conventos, agencias de viajes, casas de amigos afines, parques, cines, aldeas, barrios, pensiones, burdeles, pero todo fue en vano.

“Si, doctor Estoy convencida Lo necesito como mis anémonas el agua . (El pentotal la ha hecho soltar la lengua) Es tierno y bondadoso Claro, usted lo conoce y sabe que es un enfermo, pero me agrada cuidarlo Debo volver a verlo Preciso de él Su palabra sencilla, su rostro venerable Sus relatos fascinantes Las manchas de las manos Su bastón Su artritis Sus ojos azules Su rostro bondadoso Sí, doctor, ya lo sé Es un anciano de ochenta años Pero mi organismo no requiere vitalidad y espasmos Soy un caso para usted Steckel ha escrito un libro sobre mujeres como yo Doctor, a mí me encanta sentarme a los pies de él, gozo con sus achaques, me fascina sacarlo al sol, sazonar su caldo y escucharlo a toda hora El es un éxtasis constante Junto a sus brazos débiles, su cuerpo flaco y sus manos deformes gozo intensamente (Enfermera, déjela reposar, al despertar la acompaña a su casa) ”

Ernesto regresó del extranjero Cuando bajó del avión, saludó amablemente a Gabriela

—Eres una caricatura Un remedo de tu auténtica imagen No te perdonaré nunca Tú no eres mi Ernesto Jamás te podría reconocer Has destruido lo que yo tanto amaba No resistiría el olor a laboratorio y a suero bogomoletz ¡Asesinaste la imagen que yo tanto veneraba!

Gabriela huyó del lugar y se refugió en sus recuerdos Desde entonces no sale de su casa-estudio y vive al lado de sus cisnes, sus bocetos, sus pinceles, sus anémonas y su entrañable álbum de cabritilla

CATALOGADO

Nació en San Miguel el 24 de Noviembre de 1935

Ha publicado, en poesía, **En el Costado de la Luz** (Editorial Universitaria, San Salvador, 1968) Tiene inédito: **El Animal entre las Patas** (poemas, 1969)

Autor de la novela **El Valle de las Hamacas**, con la cual obtuvo primer premio centroamericano en certamen convocado por el Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) el año 1968. Los méritos de esta obra, que será publicada por Editorial Sudamericana, han sido ponderados por Angel Rama, Emmanuel Carballo, Guillermo Suec y otros

Los cuentos seleccionados pertenecen a libro en preparación



MANLIO
ARGUETA

ROSARIO A LAS SEIS

ERASE una vez Rosario

Erase una vez la madre de Rosario, señora de costumbres conservadoras

Erase una vez el hermano de Rosario, Alberto, que tenía una pistola marca Browning de acero azul

Erase una vez Mauricio, escuchando el caillón de la Iglesia de Fátima y mirando a las palomas que se echaban a volar desde las ventanas del templo

Erase una vez Rosario en un momento de desesperación, y su hermano Alberto y su madre

—Te digo que no sales

—Pero bien sabes, mamá, que me urge salir —dice Rosario en tono suplicante

La madre, elevando la voz:

—¡Es mi última palabra! (Baja las escaleras en forma intempestiva y da un triapiés) Ya viste, casi me mato (Se detiene y tórnase del pasamanos) Dirige la mirada hacia la segunda planta de la casa, donde Rosario asoma suplicante) Eres una necia, no sé qué hacer contigo

—Yo iré aunque no quieras (Solloza)

Alguien grita desde uno de los cuartos

—¿Qué es ese ruido?

Pausa Rosario mira a su madre bajar las escaleras

—No te vi entrar Alberto (Va hacia la puerta donde sale la voz).

—Hace pocos minutos que llegué (Se quita los zapatos con los pies, empujándolos por el talón, y se tira sobre el respaldo del sofá)

—¿Qué te pasa?

Tediosa, desde la puerta

—Mamá siempre peleando

—En los últimos días te manejas un carácter insoportable, nunca te quedas callada

—Ya la conoces bien

—También te conozco a ti

Rosario entra al cuarto de su hermano La muchacha viste un traje sencillo, para estar en casa En su rostro se nota un aire distraído, como si hubiese estado enferma

—Se enoja por cualquier cosa, claro que contigo no es así porque no te ves obligado a defenderte

—Yo no tengo por qué defenderte de mi madre

—Eres el preferido (Se sienta al lado de Alberto)

—Inventas algunas cosas (Pausa). Y ahora ¿qué es lo que te pasa? (Cariñoso, se acerca a la hermana) ¿Por qué lloras?

—No es nada. Quiero salir y mi mamá no me deja porque le he dicho que vendí tarde

—A ver a Mauricio —dice Alberto con malicia

—Estás igual que mamá, sabes que tengo más de tres meses de no verlo (Toma una actitud seria) Yo no iba nunca a buscarlo

—Es una broma

—No me gusta esa clase de bromas

—Nunca te habías comportado así, Rosario

—No sé lo que me pasa (Se levanta del sofá y se dirige a la puerta)

—Espera no te vayas!

Rosario con indiferencia

—Ya regreso

—Yo podría ayudarte, si en realidad deseas salir

—Por supuesto que desco salir —dice mientras se detiene en la puerta— pero no necesito ayuda (Luego, en tono sosegado): Gracias, Alberto, eres tan bueno!

INVIERNO Silba como lobo perdido el viento. El aire húmedo penetra a chorros por la ventana que da a la terraza del apartamento de Mauricio. Una mosca choca contra los cristales inclinados y se puede oír el aleteo persistente, el tin-tin-tin imperceptible. Lloverá este día. En las calles azotadas por la lluvia, los transeúntes corren amparados en los aleros de las casas. El arco iris en el oriente, poco a poco morirá según aumente la fuerza de la tormenta. Pronto llegará Rosario. El vestido mojado. La cabellera humedecida sobre su rostro. Le diré que se ponga la bata que está en el closet. Cerraremos la ventana para evitar un resfío y escucharemos el sonido metálico de la lluvia sobre el techo de zinc. Ella dirá “¡Dios mío!” ante la luz verde y el estruendo de la descarga eléctrica.

Mauricio se dirige al baño. Mira su rostro en el espejo. Tengo los ojos irritados. Abre con los dedos pulgar e índice los párpados para aliviar el ardor. “Anoche leí mucho”. A las seis llegará Rosario si es que la lluvia no la sorprende en su casa. Se dirige de nuevo al canapé, esta vez, con un libro que tomó de su pequeña librería. Mira el cielo lleno de nubarrones. Se levanta

otra vez y va hasta la mesa de trabajo donde descansa un tocadiscos portátil. La voz mística y dulce de Joan Baen entona *Manha do Brasil*. La verdad es que Rosario no llegará nunca a las seis de la tarde ni a ninguna hora.

No hay dolor más grande que el recordar tiempos felices en la desgracia. Dejó de hojear el libro sin quitar el dedo índice de la página. Su madre no la había dejado salir y prefirió irse a la cama. Encendió la lámpara. Lloverá este día. La besaba de la cabeza a los pies. De buena gana hablaría a esos dos que van volando y parecen tan ligeros al ímpetu del viento. Son bellas las ilustraciones de Doré. Sólo Dios nos ve porque está en todas partes. ¡Pero si no es pecado estar a solas con el ser querido! Tú puedes comprender el amor que por ti me inflama cuando olvido nuestra vanidad tratando a las sombras como un cuerpo sólido. Afuera el viento golpea las palmeras del jardín. Pudiste haber salido con tu hermano pero prefuiste quedarte a solas, torturándote el corazón. Y como corre el niño hacia su madre cuando tiene miedo o cuando está afligido. La soledad es el espejo de la conciencia. Aquí estás derrotada, con tus penas, como si cada día fuera el último de tu vida. ¡No; ésta no es una verdad absoluta! Vive hoy como si mañana tienes que vivir. No te aflijas; todo pasó ya. No hay en mi cuerpo una gota de sangre que no tiemble. Cerró el libro de golpe. Buen traductor Cayetano Rosell. ¡Pero no sabes toscano! Yo lo intuyo; como se intuye la música. La primera vez que escuché *Le Sacre du Printemps* fue sólo la reafirmación de una belleza inalcanzable que se vuelve realidad a nuestro décimo sentido: la intuición. Sintió un nudo en la garganta. Puedes llorar, las lágrimas te purificarán. ¡Pero si nadie que ama es sucio! Podría ser tu mujer y demostrarte! ¡Qué mujer, ni qué nada, me importas un comino, ¿oyes? ¡Me importas un comino! ¡Cobarde, eres un cobarde! Tus palabras no me hacen mella. Sabes muy bien que te adoro. Es mejor que terminemos, Rosario, es mejor para los dos. Apagó la lámpara. De repente, la tormenta había oscurecido la tarde.

ELLA dijo "Buenos días", él abrió los ojos "Buenos" y se dio vuelta dándole la espalda. Por la ventana se veía el cielo azul. "Serán las cinco de la tarde". El brazo izquierdo de Rosario descansó sobre los hombros de Mauricio. "Buenos días" repitió ella. El se desesperezó, "Buenos días". La atrajo hacia su cuerpo y ella se apretujó como una gata. "¿Has dormido bien?" "Hemos dormido más de una hora". "Roncaste como un tlen". Se besaron.

Habían llegado a los Planes de Rendeiros a las doce del día después de una ligera comida en el San Remo. "¿Quieres que vayamos a un lugar donde estaremos solos?" Ella le apretó la mano en señal de asentimiento. Tomaron un taxi.

Rosario le puso la mano sobre la cintura. "Tengo miedo". "No temas, estás conmigo". Sentía miedo precisamente por eso; porque estaba con Mauricio por primera vez, a solas. "Aquí vivo". Rosario vio por la ventana que daba a la terraza los árboles del patio. Alrededor de la torre principal del Santuario de Fátima volaban las palomas. Se sentía a punto de morir pero estaba feliz. Mauricio cerró la puerta.

En el patio algunos pájaros saltarían entre las ramas de los árboles y

cogerían las orugas que habitan entre la corteza verde-oscura de los aguacates. Las hormigas estarían anastando huevecillos en un éxodo interminable

Rosario echó una mirada por la sala tres sillas de madera y cuero, una mesa sobre la cual descansaba un radio de modelo antiguo, una librería de puertas corredizas, al fondo el retrato de un viejo de cabellera y barbas blancas, frente despejada, rostro de Dios. En otro lugar, una fotografía entrecuadrada en un marco rosa muestra a un grupo de muchachos entre los cuales estaba Mauricio mirando con ojos de eternidad la cámara fotográfica o el rostro severo del fotógrafo, en el costado oriente, una ventanilla, especie de tragaluz, con cristales de colores

“Ese señor que parece Dios, es Whitman” —respondió Mauricio a una pregunta de Rosario. Mauricio la había ceñido contra sí; y de pronto se sentía feliz y sola en el mundo

ALBERTO tenía una pistola Browning de acero azul, la guardaba en su cama debajo de la almohada. Cierta vez, Rosario le había hecho preguntas sobre el funcionamiento

—Primero tienes que darte cuenta si tiene puesto el seguro; luego tiras hacia atrás el caño y miras si está cargada, si no hay tiro en la recámara, tienes que hacer más fuerzas hacia atrás y luego, sueltas, la pistola está cargada

La madre asoma por la puerta de la sala. Sorprendida:

—Mucho cuidado, Alberto, te he dicho que no saques esa pistola dentro de la casa

—Pero madre

Rosario le quita la pistola Brownig de acero azul a su hermano:

—Presta, la guardaré yo

La madre furiosa

—Deja, hija (Dirigiéndose a Alberto) Te he dicho que en mi casa no quiero esa pistola

Rosario lleva el arma hacia atrás, escondiéndola de un inminente ataque de su madre:

—No está cargada, mamá, no veo por qué tanto escándalo

La madre se retira. Hace gestos mientras baja la escalera

—Dámela, vamos a guardarla —dice Alberto; extiende la mano hacia Rosario

—Espera espera —y trata de manipular el arma. Tira del caño hacia atrás

—Hazle fuerte y luego suelta para que se vaya hacia adelante (Le quita la pistola Browning de acero azul) Así observa, hay que hacer cierta fuerza (El arma chasquea varias veces)

ROSARIO deja escapar un suspiro. Casi un sollozo. De repente, la lluvia ha dejado de caer y por las celosías entra la luz azul de la tarde. (Fue ayer. Pasa el tiempo. Rápido. La vida es vertiginosa porque nos movemos en un medio vertiginoso. Si no corres, te alcanzan y pasan sobre tu cuerpo. Así es. Vivimos en el siglo de la velocidad. Pero tú pensabas de otra manera. Todo lo ves desde adentro; pero de tan adentro que ya no te quedan fuerzas para los exteriores. Para mí, los ojos son la antesala del pensamiento. Tú, en cambio, miras con la razón, pues dicen que eres inteligente. La inteligencia es un defecto. Si, por lo menos en ti. Es un defecto. Ya sabes que no es una estupidez. Fue bueno hasta que la sinceridad lo avinconó contra su propio orgullo. Ahora todo es distinto. Una persona es lo que dice y no lo que silencia. Cuando dos personas llegan a amarse es la culminación de días y días de compenetración y entendimiento, es una labor de lo emocional hecha con las fuerzas del corazón y el cerebro. He ahí un quehacer cotidiano destinado a sublimar lo que según Hobbes tiene de lobo el hombre. Nadie puede hacer trizas la mutua comprensión así por que sí. No somos uno y uno sino dos. Eso es ya una gran diferencia. Sin embargo me ha querido; pero a través de la intimidad. Yo era capaz del mayor sacrificio si eso era suficiente para demostrarle mi amor. ¡Ocho años de conocernos! Sí, ocho años. Es lo mismo que si lo hubiera amado siempre. Después, el deseo. El deseo es como un animal encadenado y hay que ir más allá de la cadena.)

UNA vez que hubo cesado la tormenta, Mauricio apagó el toca-discos. Vio por la ventana el campanario de la Iglesia de Fátima. Las cinco y media. El carillón entonó el cántico de la Virgen María. Las palomas se asustaron y volaron en círculos sobre las casas vecinas. Por la ventana que da a la terraza, entra la luz azul de la tarde. (Ya te dije, Rosario, tú no me conoces. A veces pienso que podrías equivocarte conmigo. Pienso que soy un hombre libre. libre, sí, en el sentido vulgar de la palabra, ciego que me entiendes. Tú eres otra cosa. Rosario. No soy este que ves reír ni el que viste llorar en "El Puente", ¿recuerdas? No soy este que te esperaba en la tarde mientras me fumaba unos diez cigarrillos. El ambiente envuelto en humo y mal olor como si fuese bodega donde se guardasen cosas viejas. Tú hacías un gesto. Yo sentía pena pero dejábamos abierta la ventana que da a la terraza. Recuerdo la primera vez: Ese hombre que se parece a Dios es Whitman. Me veías directamente a los ojos pues —decías— en ellos se expresaba lo que silenciaba el pensamiento. Te tomé de los brazos, frente a frente. Cerramos la ventana y sólo entraba el sol por el tragaluz de cristales verdes y rojos. Te alzabas en la punta de los pies para que todas las partes de tu cuerpo coincidieran con las mías. Eras un racimo de sensibilidad, animalillo acorralado. Te dejé caer sobre el sofá. Mi mano alisaba tu piel. Modelaba en cerámica la estatuaría de la felicidad, y, como escultor hacía hasta el último detalle de las partes más delicadas, como si en ellas hubiese radicado la obra total. Yo no soy este que en aquella tarde estaba contigo, adorándote, como en un viejo templo o en una piedra ritual, donde tú eras una diosa iluminada por la luz verde y roja que se filtraba en la habitación y yo era un dios en la hora del reposo. La vida dejaba de transcurrir. Eras el holocausto en honor a la vida. Entonces te pedí con los ojos lo que tú en aquellos momentos no podías negarme. Aceptaste sin decir una palabra. Nos levantamos, la luz verde y roja te dio en el rostro y eras una figura aérea de Chagall. Te tomé de la mano y pasamos a la otra

habitación Todo sin diigirnos una palabra En un tiempo remoto había surgido el acuerdo Nos habíamos encontrado en un sueño y ahora realizábamos el sueño Al fin hablamos Se me ajará el vestido Te lo quitaré. No, gracias, yo puedo. Te arqueaste un poco y sacaste la falda gris por las piernas Ayudé a quitarte la blusa. Desnuda eras En tus ojos)

ROSARIO se dirige al dormitorio de Alberto y extrae la pistola marca Browning de acero azul Tira hacia atrás, suavemente; luego, con seguridad, la hace chasquear Mira por la ventana de su cuarto al cielo de las seis de la tarde Se lleva la pistola de acero azul hacia el corazón

(se reflejaba un mundo desconocido que a pausas ibas conociendo en el reflejo de mis ojos El fustán se había deslizado sobre tu pierna y, caído sobre tu abdomen, formaba un nido que ocultaba tu sexo como si un pájaro estuviese empollando la maternidad Seis años antes había tenido mi experiencia sexual primera Ella había cumplido los veintidós años, yo los dieciséis Me preguntó que si tenía novia, yo le dije que no Tienes acné Sí, mi madre dice que es la edad ¿Te pones algo? Sí, ungüento Nixodem Cuando tengas una esposa desaparecerán. Estoy muy joven para tener esposa, además, nunca tendré una esposa ¿Por qué? Porque no Yo fui una buena esposa Sí, eres linda No era sólo por eso; exageras No; en verdad, eres linda Nunca me habías hablado como ahora Eras muy seria Tú también y creces cada día ¿Qué tiene? Te haces hombre y varias veces nos hemos quedado solos Por mí no temas Temo por mi soledad Tu esposo No hablemos de él, ¿quieres? Muy bien. Hoy ya todo pasó ¿No le recuerdas? Claro que sí Yo te quiero Sí, me quieres De verdad, te quiero Yo también ¿Cómo a esposo? Es distinto Me gustaría quererte como tu esposo Eres muy joven, Tus ojos Es mejor que no hables A las doce llegaba mi madre Pero me sentía transformado Operaba la transición de adolescente en adulto Después, un sueño Con los ojos cerrados te adentras a otro mundo Miras con la sensibilidad Aún la veo llorando ¿Por qué lloras? No estoy llorando Sí; lloras Por nada, no sé No hay motivo Nunca volveré a llorar Su marido había muerto en un accidente automovilístico Cuando quedaste desnuda volví a recordarte a la muchacha que una vez me había hecho hombre Te hice mujer esa tarde ¿Lloras? No; por qué habría de llorar No sé, me pareció que llorabas No estoy llorando Perdona)

CUANDO el caillón del templo de Fátima entona el cántico de la Virgen María, las palomas salen por entre las ventanas Vuelan y hacen círculos en el cielo azul de las seis Mauricio aparta los ojos del libro Una de las palomas revolotea Es como si le faltara el aire; mueve las alas con desesperación Mauricio se levanta y sale En cosa de segundos la paloma cae sobre la terraza Corre a levantarla Sigue respirando pero con dificultad Es como si se ahogase Se la lleva al regazo y pasa sus manos sobre el cuerpo aún caliente del ave Mauricio quedará inmovilizado mientras el cielo azul comienza a mancharse de estrellas

La noche es eterna.

OPERACION GAVIOTA DE OJOS AZULES

El único recuerdo que tenía de ti, Eduardo, cuando quedaste con las manos en alto, para siempre, diciendo adiós. Luego desapareciste como una visión como un fantasma. Eso pasó cuando éramos niños. Hace unas horas he soñado contigo y de nuevo llegas a mi memoria. Y a la realidad.

Tu viejo automóvil se incendió en el camino a la playa. Vi entre el polvo tu alta y delgada figura. Ahí estabas, echado a un lado bajo la sombra de los almendros. Mi padre dijo que debíamos ayudarte. Yo te reconocí desde cuando me decías adiós y quedabas con la mano en alto, para siempre.

Yo soy Eduardo —dijiste

—Yo, Rosario —dije

Y seguimos juntos hacia el mar. Nos bañamos. Me tiré sobre la arena húmeda para ver la puesta de sol entre los peñascos de la playa. Me contaste de cuando pasabas la frontera Guatemala-Honduras, Honduras-Nicaragua.

—Pero no entiendo por qué te expones, Eduardo.

Hay cosas que no pueden entenderse —dices— Hablas mucho. Al fin como que te fastidias y pones paro a la conversación mientras el sol sobrenada en el mar bermejo.

—Así es la vida, Rosario; así es.

El fugaz encuentro terminó mal: te hice saber que partiría para México a estudiar Derecho Diplomático.

Si no te hubiera conocido, Eduardo, no estaría viviendo esta muerte desconocida, esta realidad que comenzó con un sueño hace unas horas. El ruido de motores es un ronroneo lejano. Ahora mi rostro es devorado por miles de insectos que se manifiestan en forma de dolor. Me golpearon, me dieron de puntapiés. Me vejaron. Y yo sin poder hacer nada. Mi rostro pega directamente con el piso del avión.

Sentí una gran tristeza cuando me escribiste sobre tu retorno a Celeste María. Luego, un terror inevitable. En clave significaba que volvías a Nicaragua. Sí; a Nicaragua, a enfrentarte con los tigres, con las culebras, con el hambre, pero lo terrible era tu enfrentamiento con los hombres. ¡Dios mío! ¡Te perseguirían, te echarían en las ensenadas, te barrerían con las ametralladoras como hicieron con Tomasito y sus compañeros mejicanos en el Doiado! En el primer combate, mientras llegaba la hora, permaneciste en vigilia, el combate no llegó nunca, quedaste en la retaguardia con dos compañeros más mientras el resto del grupo salió en busca de alimentos. Después oíste la fusilería lejana. Ellos no regresaron. Pasó igual que a Tomasito en el Dorado. No te quedó más alternativa que huir hacia Estelí con tus dos compañeros sobrevivientes.

Después me escribiste diciendo que regresabas a nuestro país, que Celeste María sólo era una ilusión; que continuarías tus estudios en la Universidad Intercambiamos muchas, muchas cartas De repente ya no recibí contestación. Inquirí por ti con unos amigos pero no pudieron darme ninguna referencia sobre tu paradero Tuve un presentimiento: habías regresado a Celeste María, como después lo confirmé: “Ya no lo volveré a ver” —me dije entre sollozos

En esos días conocí a Mauricio

—¡Dios mío! —musito mientras me revuelvo en la cama

Mauricio, que se pone el uniforme frente al espejo del tocador, grita:

—¿Quién es Eduardo?

Yo aún no despierto

—¿Quién es Eduardo? —repite.

—Nada —le digo— fue sólo una pesadilla, no le hagas caso

Ahora me habla con voz imperiosa

—¡Vas a explicarlo todo!

Miro el reloj sobre la mesa de noche Las cinco de la mañana Medio somnolienta, respondo:

—Eduardo fue un amigo de infancia no es nada importante, iba en un avión con el rostro son tonterías

Mauricio deja de peinarse Miro sus años en el espejo

—Tu guerrera está sobre el sillón —le digo

Pero no le cuento el sueño Eduardo y otros vamos tirados sobre el piso del avión En sus rostros les corre la sangre. El mío lo siento carcomido por miles de insectos o por el dolor, que es lo mismo De pronto escuchó una voz conocida que sale de la cabina ¡No, no es posible! ¡Esa voz! Da una orden y varios hombres nos arrastran a la portezuela del avión mientras dos más la abren Allá abajo se ve el mar Y la voz me penetra en los oídos como una herida más, como nuevo dolor.

Le pregunto si va a regresar a la hora de la cena y me dice que no. Tengo un trabajo especial —refunfuña No le hago caso ni aún cuando reitera:

—Hoy participaré en la Operación Gaviota de Ojos Azules, así es que voy a regresar hasta la medianoche

Mauricio sale del dormitorio y se despide. La puerta que da a la calle se cierra con violencia

De nuevo recuerdo el sueño con Eduardo y escucho la voz conocida por el altoparlante que dice debe ponerse fin a la Operación Gaviota de Ojos Azules Y es como si alguien hubiese llegado a golpear mi corazón A lastimar mi rostro carcomido por el dolor, a ensañarse contra mis heridas Me visto

con rapidez y salgo a la calle. Tomo el primer taxi que encuentro en un intento de alcanzar a Mauricio. Cuando llego al lugar donde está destacado, pregunto por mi marido pero ellos no saben quién es mi marido. Los soldados me ven con ojos inexpresivos y dicen que no conocen a ningún oficial de nombre Mauricio. Les explico que hace pocos días llegamos de México, y que este día mi marido —oficial de aviación— tiene un trabajo especial. Ellos continúan imperturbables, mirando hacia ninguna parte.

Entonces pregunto por ti, Eduardo, quizás te conocían. No quería que Mauricio se manchara las manos de sangre. No recuerdo más. Cuando menciono tu nombre, los hombres de ojos inexpresivos se dejan ir contra mí. Me preguntan cómo hice para llegar a ese lugar cuya entrada está vedada a los particulares. No me lo preguntan sino que me lo gritan. Ellos no me conocen ni conocen a Mauricio pero te conocen a ti, Eduardo. Me insultan, me golpean y luego esa sensación de dolor en el rostro. Escucho el ruido de tu corazón y el de tus compañeros. El ruido de los motores del avión como un ronroneo lejano. Y por entre todos los sonidos, escucho la voz conocida, ¡esa voz! que por el altoparlante dice que se debe poner fin a la Operación Gaviota de Ojos Azules.

LA EXCUSA

Algunas personas no se explican mi comportamiento con el señor Holgenbach, a quienes los vecinos llaman el Sr. Antipático.

Para el señor Holgenbach, el día cae sobre sus espaldas con toda una carga de contrariedades: pagar el agua y la luz; detener el embargo contra las propiedades de su tía Ludmilla, buscar dos testigos que comprueben la legítima defensa de su defendido, quien mató al esposo de su ex-esposa, asistir a un té flower en casa del matrimonio Samuelson-Loreni, donde se hablará sobre el divorcio de la pareja; etcétera, etcétera.

El señor Holgenbach es abogado y siempre se encuentra lleno de trabajo. Debido al prestigio adquirido desde sus tiempos de joven tiene una clientela numerosa que le permite vivir con ciertas comodidades. A cambio de éstas, el señor Holgenbach padece de un dolor de cabeza crónico. Tiene un rostro duro y severo. Es explicable, entonces, que los vecinos del Barrio Garten, entre los cuales me encuentro yo, le llamen el antipático.

El señor Holgenbach es un hombre entrado en años, de vida conservadora y hasta monástica. Si no fuera por su intenso trabajo la pasaría en su casa oyendo música de Weber, Wolf, Pfitzer y Bach. Para él no existe otra forma de distraer el espíritu. Le gustan los compositores alemanes, pero según me han dicho odia, a Wagner, a Beethoven y a Brahms. Es posible que su original gusto sea sólo para contradecir algo.

Yo no tengo muchas relaciones con el señor Holgenbach. Sé algunas cosas porque vivimos en la misma casa de apartamentos. A veces la relación no pasa del saludo y algunas atenciones para con él. Los vecinos del barrio no llegan ni al saludo. Yo creo que exageran. La antipatía predomina, claro, pero por otro lado, tenemos el respeto que debe inspirar la vejez. Los vecinos de Garten tomamos el tranvía para el centro de la ciudad en el puente sur del Grimm. A las ocho de la mañana esperamos ordenadamente. La niebla y el vapor tibio del Grimm nos envuelven.

El señor Holgenbach, pese a gozar de una estable posición económica, no tiene automóvil. En invierno tiene que sufrir: el aire que circula por el puente es más frío y abrasa los rostros. A veces se forman grandes colas para esperar el tranvía, pues tenemos un mal servicio. Pero el señor Holgenbach nunca forma en la cola. Siempre está fuera. Cuando aparece el vehículo por la esquina el señor Holgenbach da una carrerita característica y se coge de la portezuela. Nadie dice nada porque ya se acostumbraron a esa peripecia del abogado. Sin embargo, esa acción, se ha ido acumulando todos los días, hasta reafirmar el concepto que del señor Holgenbach se ha formado la gente. Una vez dentro del tranvía el único que le habla soy yo. Le digo cualquier cosa y él me contesta cualquier cosa. Yo me bajo en Karlplatz y el señor Holgenbach sigue su camino. Le hago un gesto con la mano y él me contesta con un movimiento de su cabeza, de arriba para abajo y viceversa. Muchas veces intenté averiguar por qué es antipático. Creo que su dolor de cabeza es el motivo principal.

Pero últimamente, el problema no es saber el motivo de la personalidad poco simpática de mi vecino. Ahora quisiera saber la razón por la cual soy yo el único a quien le importa poco la antipatía del señor Holgenbach. ¿Hay o no razón para repudiarlo?

Les relataré lo que ocurrió el domingo pasado y ustedes juzgarán. Iba de paseo a las montañas. Por coincidencia me encontré con el señor Holgenbach en el puente sur del Grimm. Digo por coincidencia, porque el abogado casi no sale en los días de descanso. Subimos al tranvía con los demás vecinos, que también iban de paseo. Enfrente de mi antipático compañero se encontraba un joven elegantemente vestido y a su lado una pareja de muchachos, los dos con trajes humildes. El muchacho llevaba suéter grueso y la muchacha abrigo un poco raído. El del suéter le habló al señor Holgenbach. No puse atención en lo que le dijo, pero supuse desde un principio que pedía un favor. Solo escuché la voz de mi antipático vecino: "Mire joven" —dijo sin abandonar su expresión ajada por el dolor de cabeza crónico— "hoy es domingo, mi único día de descanso; si alguna consulta necesita visite mi bufete". Y agregó "En lo que se refiere a que Ud. fue mi alumno en la Universidad, le aseguro que no recuerdo su cara". La joven pareja no merecía en ninguna forma tal vejamen público. Los usuarios del tranvía lanzaron una mirada fulminante contra el señor Holgenbach. En la parada del lago, el joven del suéter se levantó seguido de la muchacha. Afuera nevaba. Los dos salieron y el muchacho del suéter grueso se pegó al abrigo de su acompañante. Por el vidrio opaco pude ver cuando se alejaban hasta la caseta de espera de los yates del lago. El señor Holgenbach comentó con el joven elegante que estaba sentado a la par suya: "Dispense que haya sido malcriado con esos dos imberbes, pero no puedo

soportar que cualquier persona trate de sacarme una consulta profesional gratuita. Hoy los tiempos son difíciles y no podemos darnos el lujo de malgastar nuestra inteligencia así porque sí. El trabajo intelectual es tan trabajo como el físico. . . ¡Buena la haría yo si le pidiera a un albañil, aprovechando su visita a mi casa, que me hiciera gratuitamente una verja para que los niños no corten las flores de la zona verde! No pude escuchar lo que contestó el joven, ni las frases que siguieron. La actitud del señor Holgenbach me parecía demasiado pedante para seguirle la conversación. Pasados unos minutos me llamó la atención algunas palabras del joven elegante, quien se presentaba como médico residente del hospital Claridge, en viaje de descanso. En eso llegamos a la plaza del funicular y me alisté para abandonar el vehículo. Al salir, pude oír como el señor Holgenbach lo felicitaba, porque siendo tan joven ya tenía un puesto tan importante. Luego, le disparó una pregunta "Doctor, ¿aprovechando la amistad no podría recomendarme algo para mi cefalalgia ciónica?" Aún me quedó tiempo para ver como el rostro pétreo del señor Holgenbach se agrietaba con una sonrisa decididamente servil.

Ayer, cuando estábamos esperando el tranvía para ir al trabajo, el señor Holgenbach se deslizó en el hielo que se forma en la cuneta, cerca del trágante. Nadie se movió para ayudar al viejo abogado. Tuve una lucha interior grande. Me salí de la cola y corrí a auxiliarlo. Los vecinos del Barrio Garten desaprobaron mi actitud con un gesto unánime. Gracias a mi ayuda el señor Holgenbach pudo levantarse. Me dio las gracias y se dirigió hacia la cola. Como de costumbre, no siguió el orden. Cuando apareció el tranvía con su bulliciosa campana el señor Holgenbach dio su consabida cañerita, sólo que ésta vez cojeaba, y se prendió de la portezuela. Cinco grados bajo cero. El frío calaba hasta lo más hondo. No todos los que estábamos pudimos coger el vehículo. Dentro del tranvía mi vecino se sucudió la nieve del abrigo. Las personas que quedaron a mi lado me dirigieron una mirada de odio y de temor. Para ellos yo era un ser insensible (pues hasta para relacionarnos con una mala persona se necesita sensibilidad). ¡Yo era incapaz de repudiar al señor Holgenbach! Sin embargo, así era yo, un ser insensible, distinto a los demás. No sé. A veces creo que mi actitud nace del hecho de que el señor Holgenbach es mi padre.



Nació en San Salvador, el 19 de septiembre de 1938

Ha triunfado en varios certámenes literarios, ramas de poesía y cuento Tiene inéditos los libros siguientes Breves teorías, Las ciudades, Capítulos del blasfemo

[GATACU...]

Ricardo Castro Rivas

TEORIA PARA MORIR INEDITO

(Castillo de Windsor, País de Gales)

El médico dijo “Señores, este gran hombre, ha muerto de miedo Su corazón no pudo soportar quién sabe qué terror desconocido ” Y se marchó dejando estupefactos a los familiares de Lord Windsor, quienes se preguntaban: “¿Cómo es posible que Edward haya muerto de miedo?” “Es inconcebible —decía Lady Whitehouse—, él sabía de memoria los cuentos terribles de Poe y los relataba en noches de tormenta sin inmutarse”

“Cierto —apuntaba Sir Welles—, precisamente él fue quien un martes trece, a medianoche, me invitó al cementerio para leer poemas, alumbrados por una vela que había traído de Haití”

“Ciertísimo —reafirmaba Lady Windsor—, y es por eso que no puedo creer que haya muerto de miedo Él mismo instaló en la mansión de Láncaster, los artefactos diabólicos que hacía funcionar cuando teníamos de visita a las histéricas hijas de Lord Winston ”

“Sí, cierto, —afirmaron una vez más, todos los presentes—, Edward era valiente; de eso no debe cabernos ninguna duda Jamás conoció el miedo ”

Horas más tarde, cuando limpiaba el escritorio de su amo, el viejo sirviente negro encontró unas cuartillas inconclusas que comenzaban así: “CUENTOS DE TERROR”, por Lord Windsor

TEORIA PARA MORIR EN SILENCIO

A Francisco Gavidia

(hipócritas ratas de oficina hombres corcho siempre a flote aunque se hunda el gobierno de turno siempre en busca de una oportunidad para salir fotografiados en los periódicos y enseñarlo orgullosos en el vecindario véanme los ojos y comprendan que los desprecio por serviles por mediocres por ignorantes ustedes que jamás aprendieron a decir no a menos que se tratara de hacer un favor por qué no se van y me dejan en paz váyanse con su baba y sus lisonjas donde son bien pagadas no quiero nada de ustedes hombres múltiples en las elecciones fraudulentas escritores a sueldo cuando hay que justificar un golpe de estado invertidos en potencia pues se cansaron ya de todas las gamas sexuales usureros falsarios váyanse comprendan las miradas de mis ojos no quiero nada para qué hoy llegan contritos a darse taco dicien-

do que el supremo gobierno reconoce la obra meritoria de un grande hombre y traen medicinas médicos comida libros las llaves de una casa del Instituto de Vivienda y también los reporteros los fotógrafos las damas del Buen Corazón y yo no quiero nada vean mis ojos mírenme creen que estoy feliz sí los oigo esa vieja viciosa dice que adivina en mi rostro el agradecimiento y no es cierto lo que quiero es que se vayan léanme bien los ojos no quiero nada va para qué lo que deseo es tranquilidad a la mierda la gloria las medallas al mérito los pergaminos los premios la edición de mis obras completas los homenajes póstumos la pensión vitalicia para mis hijos a la mierda todo les digo con estos ojos que están llorando de pura rabia y vos estás diciendo que lloro de agradecimiento serás canalla lo que sí les agradecería es que se marcharan todos déjenme el silencio déjenme el silencio)

Aquí, en el silencio de mi estudio, qué grato es recordar No sé quien dijo que los triunfos hay que disfrutarlos a solas Y no se equivocaba Decididamente estoy completo Tengo carro, buena casa, libros, trabajo seguro en el Ministerio, tres libros publicados y ahora, ésta novela Además, buena esposa, joven y adinerada Sin embargo, hace diez años las cosas no eran tan fáciles Tuve que interrumpir mis estudios y trabajar duro para subsistir La situación era desesperante Por eso no dudé cuando se presentó la oportunidad de viajar al extranjero

(bien decía Marieta aquella vez en la Alameda Central que mis ojos jamás morirían qué dulce era desnuda a la luz de la luna cuando se marchó sin decir adiós la busqué desesperado por todo México pero no la encontré ni supe nada de ella por eso en mi primer libro decía **A Marieta In Memoriam** como si se hubiera muerto quién sabe después vagabundo por Cuba y Puerto Rico seguí buscándola con estos ojos que la contemplaron durmiendo desnuda con estos ojos que los están viendo hoy a ustedes con estos ojos que los insultan y les piden que se larguen a la chingada si no tienen donde ir ya basta de hablar de méritos y obras y ediciones ya váyanse no no quiero llaves de ninguna casa feliz te sentí verdad mañana vas a salir en primera plana con esa sonrisa de mazorca picada y extendiendo la mano con la que has firmado centenares de órdenes infamantes por qué no me mirás los ojos miráme no no te estoy agradeciendo nada es mi ascó el que te grito con la mirada bien decía Marieta no morirán mis ojos es la única arma que tengo para defenderme de estos farsantes que jamás han leído mis obras léanlas allí hay suficientes muestras de que no quiero farsas lo grité muchas veces y lo escribí otras tantas sin embargo intentan cabalgar sobre mis huesos con la pútrida mentira que es el pan vuestro de cada día si estuviera aquí Marieta les leyera lo que mis ojos están gritando váyanse sordos del alma déjenme el silencio déjenme el silencio)

Entonces, todo salió a pedir de boca Poco trabajo y suficiente dinero; los week-end en Acapulco con aquellas rubias que juraban por su madre que no eran ramcras En fin, la gran vida, el acabóse Claro que hubo momentos difíciles, como cuando recibí la orden de delatar en la policía mexicana a los estudiantes que exiliaron de aquí Fue dura la cosa, pero yo tenía que conservar mi puesto De no ser así, jamás hubiera publicado mis libros

Claro que allá no causaron buena impresión, pero aquí, la acogida fue magnífica. No puedo quejarme. Que cada quien viva como mejor le parezca.

(No ven como estoy déjenme en paz hoy sí se aprovechan se preocupan por mí sabiendo que no puedo impedirlo pero todavía tengo mis ojos para decir para gritar para escupir sobre ustedes el asco que me inspiran por eso mírenme bien los ojos estos ojos que vieron a Marieta desnuda que vieron mares y países que han visto el hambre devorando niños que vieron la palabra que ustedes clausuran estos ojos que se han manchado al mirar el camino por donde ustedes transitan hijos en mala hora concebidos aprovechadores de sirvientas váyanse y déjenme el silencio a la mierda todo todo nunca les pedí nada y ahora no quiero nada tampoco lárquense y déjenme el silencio déjenme el silencio)

Yo, por mi parte, me considero feliz. Acabo de publicar ésta novela y la crítica no es muy benévola, que digamos. Sin embargo, en el Ministerio me dieron una clave para darme publicidad.

Mañana iré a visitar a Rosalío Gavidia, aquel magnífico poeta que conocí en México. Tuvo un accidente y ha quedado paralítico y sin habla. Le llevaré mi novela y por supuesto, llevaré a los fotógrafos para que hagan un reportaje de la entrevista.

TEORIA PARA SALVAR ESPEJOS

En el único espejo que había en el castillo de Ab-Ramán, ciudad del reino de Ibn Al Khartaar, Abud Al-Raschid, El Irascible, (Sultán, Gran Visir, Enviado de Alá, Consejo Privado de todos los Sultanatos de la región, amo y señor de los bazares del reino, dueño de los mejores rebaños de camellos y El-Más-Fiel-Intérprete-del-Corán) vio reflejada su imagen. Esta, sonreía sercnamente, ausente de problemas. Intrigado, Abud Al-Raschid preguntó a la imagen:

—¿Por qué sonríes?

—Soy feliz, —dijo la imagen.

Iracundo Al-Raschid, lanzó un jairón contra el espejo. La imagen, trizada, cayó al suelo como hielo quebrado. Momentos después, el Sultán exhalaba el último aliento.

A los cortesanos extrañó grandemente la plácida sonrisa que Al-Raschid tenía en los labios.

Nació en Izalco el 10 de Abril de 1939
Ha publicado, en la rama de cuento: **De Perros y Hombres** (1966). Tiene inédito: **El Ausente no sale** (1969)

Aparece en la Antología de narradores de lengua española publicada en España por la Editorial Prometeo de Valencia. Dicha selección la hizo Vicente Blasco Ibañez Tartosa. En Bulgaria apareció recientemente un libro suyo traducido al búlgaro **Expulsados del Paraíso**.

En poesía, sus libros más importantes son **Todo el Códice**, (Ediciones Cultura Hispánica, Colección Leopoldo Panero, Madrid 1968), **Códice Liberado** (Colección Adonais, Madrid, 1968), **Náufrago Genuino**, (Dirección de Publicaciones, San Salvador, 1969), **Los Días Enemigos**, (Editorial Universitaria, San Salvador, 1965)

Teatro: **Las Escenas Cumbres** (Editorial Universitaria, Colección Contemporáneos, San Salvador, 1967)



**José
Roberto
Cea**

EL AUSENTE NO SALE

“Dicen que los martirizo por mero gozo, por autosuficiencia, por sádico. Si supieran la verdad, la única verdad, ni siquiera se les ocurriría eso. Pero hay tal incomunicación entre nosotros que por más esfuerzos que realicemos, no estamos preparados para enterarnos de todo. Sé que mi hermana hace lo imposible por hacerme feliz, lo mismo mi madre, pero ello no basta, pues no entienden lo demás, creen que soy de esa especie de hombres que no saben cuidarse. Sus actitudes son explicable: son para que los vecinos no murmuren y me tengan por algo grande. Seré grande, no hay duda, pero para lograrlo tengo que recorrer mucho, muchísimo camino, cuestión que no comprenden, creen que está bien con seguir en lo que estoy; piensan que ello es suficiente para tener seguridad y calma en mi conciencia. Lo que me ha tocado es duro, ¡durísimo! ¡Qué le vamos hacer! ¡cada quien en-lo-suyo. Por ejemplo, a mi padre le tocó vanagloriarse de mí ante sus amigos, eso no hay cómo cambiarlo. Mi madre ser la temerosa de siempre. Mi hermana la que no sabe a ciencia cierta qué es, qué hacer, cómo conducirse, salvo para espíarme y ver en qué me ayuda; pero por su costumbre de llamar con nombre simbólico a muchas cosas —sobre todo mi labor— le cuesta comunicarse. El resto de familiares son un muro, un silencio, sombras, oscuridad impenetrable. Todos estamos a la intemperie, expuestos, y cada uno busca su salvación. Cada uno trata de hallar la salida personal y no la del resto.”

Entonces llegué y le pregunté qué hacía. Me contestó que meditaba. “Te veo raro” —le insistí— pero él nuevamente dijo que sólo meditaba y que no me preocupara. Yo sé que él se dio cuenta que no me había convencido, pero siguió en su actitud, sin darle mucha importancia a mi presencia. Traté de regresar al presente el inicio de la cuestión. Me acordé de la frase. Nadie sabía a quién iba dirigida, pero él la sintió revolotear en su cerebro y no se apartó de ella. Fue entonces que se le ocurrió coleccionar mariposas. Hizo magníficas colecciones de ellas. Su gozo era mostrarlas. Al principio el ambiente nos resultó duro, pero a fuerza de tenerlo cerca nos acostumbramos. Además con ello no molestaba a nadie, las mariposas son tan bellas, tan fáciles de cuidar, tan poco espacio que ocupan y tienen otras gracias que sería largo enumerar. En cambio, si coleccionaba peces nos acarrearía múltiples problemas. Los peces, al sacarlos del agua ponen unos ojos de niño perdido, y el agua, al sentirse sin ellos, suelta unas lágrimas de niña abandonada. Esto entristece a cualquiera y le deja una melancolía redonda, definitiva, que parte el alma. En vista de eso le aconsejé que coleccionara pájaros, pero al instante nos dimos cuenta de la inconveniencia, pues las jaulas tenían que ser de diversos estilos para que la monotonía no alcanzara el ambiente; además era necesario inventar recipientes donde guardar los trinos de los pájaros. En vista de esos problemas, fue que se decidió por las mariposas, consiguió hermosos ejemplares que eran admirados por todos. No había ser viviente de la región que no hablara de ellas en todas partes. Lo que ignorábamos era cómo obtenía aquellas bellezas, pero ahí estaban, y cada vez más extraordinarias, fantásticas, únicas.

Toda la casa estaba impregnada de su quehacer. Nadie ignoraba sus andanzas. Aunque él anduviese fuera del hogar, su atmósfera quedaba ahí. Estábamos pendientes de su salida y llegada; nos exaltaba pensar que regresaría con nuevos hallazgos. La familia no dejaba de pensar en qué terminaría aquello. Muchas veces pensé que todo era un sueño, un cuento de hadas o una saga irlandesa. Es que hasta él nos llegaba por momentos como una mariposilla.

Al principio nos asustamos, sobre todo que el muchacho está en edad de soñar, y tanto lío pudo hacerle daño. “Se les puede hacer loco” —decía la gente— “Ese muchacho está en la edad de cuidarse” “Eso de que se ilusione mucho es malo, muy malo”. Oír tantos decires de las gentes me molestaba. Es que una es tan fácil de sorprender y como en casa todos teníamos miedo, la situación era propicia para el abatimiento.

Fui fácil presa de la angustia. Para salir de su cenagal recurrí a mi madre, ella estaba igual. Ya éramos dos las angustiadas, éramos dos las perdidas en largos laberintos jamás recorridos. De esto nadie decía nada por temor a la burla, pese a que en casa todos estábamos en un callejón sin salida, en un pozo de angustia inconfesable. Bastaba que nos viéramos a los ojos, en ellos se reflejaba la ansiedad por salir de nuestra situación.

Cuando él oyó la frase, pasó varios días ausente de nosotros. Nos miraba como si nada. Nos dijimos que él tenía que entender y así fue. Una mañana se me acercó y me dijo lo que había pensado hacer. Fue cuando discutimos lo de las ocupaciones y qué clase de ellas era la más apropiada para la situación. Después de mucho discutir se decidió por las mariposas.

Por los corredores de la casa caminábamos en puntillas, temíamos que por una u otra razón, él hubiese dejado abandonada una de sus bellezas y se la estropeáramos. Era un suplicio vivir en aquella casa, pero en algo teníamos que colaborar sus familiares, éramos los únicos que podíamos comprender la situación.

El seguía coleccionando mariposas, era su única preocupación, nosotros lo alentábamos a que continuara en ello. Era de mucha importancia para él realizar su labor, así lo decía a cada momento.

De su situación no nos dimos cuenta directamente por él, sino por medio de su profesor de música. Bien grabada tengo la escena cuando vino a casa el profesor a comunicarnos su hallazgo: “Señora —le dijo a mi madre— su hijo es un muchacho precoz, es todo un artista, me atrevo a asegurar que es un genio”. Mi madre se asustó, yo también, al instante nos comunicamos con mi padre que se encontraba en la oficina. “Pero mujer —le contestó— si eso no quiere decir que es loco, ten la seguridad de que eso es bueno para nosotros, va que en él nos miraremos muy orgullosos, sólo así puede continuar, como hasta hoy, nuestra prosapia”. “Pero ” —titubeó mi madre— “Nada de peros, mujer, cálmate que ya llegaré” —respondió mi padre— “¡Qué! ¡Qué dices? No ¿Y por qué nos van a ver mal? Si un artista es un artista aquí y donde quiera. No insistas en lo de loco, que locos son los que creen que el artista es loco. Cálmate, va llegaré y charlaré con el profesor”. Y cortó la comunicación telefónica. Mi madre, tratando de calmarse, siguió platicando

con el profesor de música y con el profesor de matemáticas que lo acompañaba; a mí esa compañía me pareció rara, sospechosa, ya que el arte y las matemáticas ¡Se dicen tantas cosas! Pero ahí estaban los dos profesores afirmando lo mismo: “el muchacho es precoz, casi llega al genio podemos afirmar” En casa nos asustamos de veras, sólo mi padre guardó la entereza de siempre, por algo estudió en Europa. Nos mandó a calmar asegurando que él comprobaría que estábamos llenas de temor, casi al borde del pánico, por algo de poca importancia .

El vecindario está pendiente de lo que pasa. Eso de que en un hogar como el nuestro haya un genio, y en las circunstancias que lo tenemos, no es de todos los días ni de todos los hogares. Por momentos la situación es tensa, nos pone los nervios de punta, nos saca de quicio, y él como si nada. La atmósfera cargante, y él como si nada, siempre en su quehacer, seguro, sin desviarse un milímetro de la ruta que se ha trazado. Que le ha tocado, dice él ¡Tiene una voluntad de hierro que espanta! En cierto modo él y yo, somos como los árabes de la tienda de la esquina. Por las tardes, cuando el sol entra por la ventana, el árabe se sienta en su viejo sillón cubierto con piel de venado y se pone a cantar en árabe una canción antigua, nostálgica, bellísima pero perdida. Una canción de amor pero sin rumbo fijo. Una canción de retorno a la patria pero ciega. Cuando la ha cantado muchas veces se va quedando dormido con la canción en los labios y la canta en sueños. De pronto se despierta y llora. Lloro mucho y dice que está abandonado en el desierto, y lo dice en árabe, luego lo repite en nuestra lengua más o menos inteligible. El resto lo sé por su mujer que está reuniendo dinero para regresar a su tierra con su marido. “El sólo canta o recuerda, luego llora, en eso diluye su desesperación, su inconformidad, su nostalgia por el reino perdido —me dice—, no hace nada verdaderamente serio para regresar a nuestra tierra” Termina de decir esto y ella también se pone a llorar. “Para coger fuerzas y seguir luchando —agrega— para regresar de veras .” A esa tierra lejana que sólo ven en sueños, que sólo les sirve para recordar, para tener nostalgia como salvación, un asidero para seguir luchando, para cantar y seguir llorando. Es posible que esa tierra de los árabes de la tienda de la esquina no sea tan bella como la nuestra, pero ellos de tanta nostalgia la han embellecido de tal manera que, cuando estén en ella, si es que llegan, no les guste y regresen para seguir soñando. “Cada llegar es un principio” —dice mi padre, luego agrega: “Y buscar no es escapar; desear no es salir huyendo . cada sueño es una parte de realidad que nos falta” Mi padre sabe lo que dice, eso nos da confianza y hace que no padezcamos con demasía la situación; aunque haya momentos difíciles, éstos luego pasan y todo vuelve a su ritmo habitual .

Una mañana, él regresó de sus andanzas con un hermoso ejemplar, fue corriendo directamente hacia mí para mostrármelo. Era el colmo de la belleza. Me transportó a lugares soñados. El parecía satisfecho, pero luego empezó a ponerle reparos, le reproché su actitud, pero al instante le encontraba nueva imperfección; hasta que lo dejó abandonado, inerme. Desde ese momento él cayó en un estado deplorable, nada de sus colecciones le satisfacía. Pasaba largas horas encerrado en su habitación revisándolas. Cuando salían se le notaba cansado, como si hubiese caminado mucho. Esos días fueron terribles para nosotros, hasta mi padre perdía por momentos su habitual compostura .

Mi hermano, como al principio, ausente de nosotros, como que la frase lo molestaba nuevamente. Todos tratábamos de hacerle bien, de satisfacer hasta el mínimo deseo, pero él ausente de nosotros, perdido, alejado. De golpe las maiposas no le satisfacían para nada, pero no se atrevía a destruir sus colecciones, como que lo ataban a algo. El sufría y con eso también nos hacía padecer a nosotros. Nuevamente, nuestro hogar era un pozo de angustia, un laberinto, un desierto, y mi hermano era el salvador, la luz, el misterio que tenía la llave de la calma, de la felicidad. Pero había que sufrir y esperar. Había que esperar y sufrir. Mientras tanto era necesario ayudarlo a que se encontrara, a que hallase el nuevo camino. “¿Qué camino?” —decía él. Y francamente, ni nosotros sabíamos qué camino era, ni por qué lo llamábamos así. Pero algo, allá lejos, en el fondo, entre sueño y vigilia, intuíamos el hallazgo que había desaparecer los muros; que mi hermano iba, de un momento a otro, a mostrarnos la llave del escape.

Largo fue el padecimiento pero salimos de él. Salimos y salió, porque no hay duda que él padece más que nosotros, pues es la víctima y el victimario, aunque diga que sus fantasmas son distintos.

SIEMPRE EL RETORNO

“Siempre me sucede voy a casa. Regreso a mi antiguo hogar y empiezo a recorrer los viejos sitios, los queridos sitios familiares que me vuelven la paz, que me retornan el sosiego interior. Voy al comedor que usamos para las grandes ocasiones y gozo al verlo tal como siempre: en su lugar, exacto, con sus servicios puestos, preciosos. Eso me entrega una seguridad, un saberme bien, un reencontrarme en la vía segura del orden que siempre insinuaron las cosas de mis padres.

El mundo de mis padres es algo tan seguro, tan inamovible, tan perfecto, tan estable, que me reconforta, me hace partícipe central de un sosiego no encontrado en otro sitio.

Cuando me siento morir, cuando estoy agonizante, cuando el vértigo de mi alrededor está a punto de consumirme, es que recurro a este mundo. Apacible mundo, dulce, amable mundo que me vuelve el vigor, el sabor de vivir, de seguir en la vida. No quiero morir de saudade, por eso retorno siempre. No quiero que esto desaparezca sin que mis ojos se hayan posado en ellos muchas veces, infinidad de veces, sobre este polvo suave, seguro y penetrante que cubre el mundo de mi casa, de mi antigua casa, de mi casa de siempre que vigilan mis padres desde sus fantasmas, desde sus espíritus que moran aquí. Aquí, donde mi vida ha transcurrido y transcurre mejor.

Allá donde habito esto es desconocido. Esto no tiene nombre, es cual-

quier cosa. Uno se puede quedar mirando sin mirar el horizonte y nadie dice nada ni el horizonte dice nada y nadie se preocupa. ¿Qué es un hombre con tanta historia a cuestas? ¿Qué es un hombre que ha dejado suspendido en el aire su pasado? ¿Que tiene presente su pasado? ¿Que es perpetuo presente su pasado? Nadie se fija en él para ayudarlo, mucho menos para salvarlo. Todos lo ven pasar o detenerse como un bicho raro, fuera de onda.”

El, nunca antes había meditado por qué regresaba a ese sitio, no se preguntaba por qué esa constante en su vida. Él no podía compartir nada, no sabía ceder. Hoy, donde desarrolla su vida, tenía que saber de solidaridad, de repartirse, de comprender la necesidad de darse a los otros que no sólo pueden dar. Ellos no piden, pero se cansan de sólo entregar, siempre dar y nunca recibir.

El seguía pasando sus dedos finos por el borde de la mesa. Sus dedos hacían caminitos limpios bordeados de polvo amarillento y fino. Sus ojos húmedos ya se habían acostumbrado a la suave penumbra de la habitación. Las telarañas que colgaban del techo se reflejaban sobre los objetos del suelo gracias a la mortecina luz que aparecía por una teja de vidrio que señalaba el centro de aquel salón. A él se le pegaron unas telas de araña en la cara y se las quitó con cuidado, con movimientos sinuosos, lentos. Recordó la lectura que esa tarde le había insinuado retornar a la casa de sus antepasados y la dijo en voz baja, casi mentalmente:

“ Y como todo está al revés, hasta la llave de la vida, la noche da vueltas en la cerradura. Aquí es de día, pleno y cerrado día. Afuera gruñe el silencio de todos los rumores, de todos los rumores.”

La última frase le dio vueltas en la cabeza por mucho tiempo.

Siguió recorriendo con sus dedos los bordes de la mesa. Tomó un poco de polvillo con las yemas de los dedos y lo tiró al vacío. La luz que bajaba por la teja de vidrio del techo se nubló un poco. Él siguió recorriendo los bordes de la mesa hasta que llegó a su punto de partida. Fue a la ventana y limpió el vidrio verduzco del centro. Luego quitó el seguro de la puerta, la abrió para que entrara el aire suave del patio. En eso estaba cuando llegó ella y le dijo que ya se había aburrido de esperar en el vehículo. Ella se acostumbró a los viajes de él a la casa y cada vez que lo acompañaba siempre se aburría. Hacían lo mismo: ella se quedaba en el vehículo y él entraba a recorrer sus sitios, sus queridos sitios.

Los dos estaban frente a la ventana.

—Mira, mira ahí. ¿Ves?

—Sí. Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Bien, ¿qué me dices?

—No sé. Ella se encoge de hombros.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Olvidarnos.

—¿Olvidamos?

—Sí

—No puedo. No podemos. No está bien olvidar. ¿Qué es el olvido? Nada. Y la nada no está bien. Es morir.

—Mejor vámonos, es preferible. La mujer lo tomó de la chaqueta marrón.

—No. No es preferible irnos para mí. Aquí vengo a vivir. Esto me da vida, por eso no la vendo.

—Pero es que

—Tú no entiendes, ni podrás entender.

Ella estaba aburrída y dispuesta a la discusión. Él ya lo sabía y mejor calló. Cerró los ojos y siguió pensando para mejor olvidarse. No quería discusión. Como siempre la evadía para no ceder, para no entregar nada.

“Ella no entiende, ella quiere que deje estos ambientes, ella quiere que abandone mi niñez, que deje a un lado este sitio que me hace vivir, que me retorna a la vida. Esta casa, este vestigio colonial que queda en esta calle y ciudad no puede desaparecer así, como por encanto; lo que debo hacer es cuidarla siempre, cuidarla. Esta casa es mi ser. Aquí, como raíz de vida, está enterrado mi cordón umbilical. De él parto hacia el resto de la historia.”

—No te quedes así. —le dijo ella.

—Es que tú no entiendes. —dijo él como saliendo de un sueño.

—Nadie te ha entendido nunca. Y ella salió del salón dando un portazo que estremeció toda la casa.

“Ahora tiene que esperarme en el vehículo. No sé por qué a ella la veo más lejana de mí, cada día siento que está en el otro extremo de mi vida. Siempre me grita lo mismo: “¡vende esa casa y construye una en la zona residencial, donde vive la gente que sabe vivir bien!” Lo mismo dicen sus padres que viven en esa zona. Yo estoy muy pegado a esta casa, más que al sitio donde actualmente vivo, aunque sea un lugar que difiere muy poco de aquí que es mi lugar.

Ella está impregnada del ruido de las máquinas que hacen las telas y las camisas en la fábrica de sus padres. Yo estoy más cerca de la hierba que del aceite, estoy más cerca de la albahaca que del asfalto. Quizás me he quedado atrás de este tiempo de máquinas. Quizás no he caminado nada, pero allá tengo miedo; me siento como en el aire, como si el cielo se me viene encima. Aquello es el infierno, pero tengo que estar ahí, y cuando se me acaba el aire, cuando me siento al borde del abismo, a la orilla de la nada, tengo que regresar aquí. Aquí me verifico, aquí es la fuente de mi eterna juventud. Esto me purifica, me lava los pecados, me señala que existo.”

Las sirenas de los bomberos despedazaron la suavidad y el silencio de la tarde. Las gentes vecinas del lugar gritaban desesperadas que adentro de la casa había un hombre. Ella, su mujer, trató de entrar a la casa, pero los bomberos

la detuvieron “Está histérica” —dijo uno de los jefes que dirigían la acción “Yo sólo quise asustarlo” —gimió ella. Los bomberos conectaron las mangueras a los hidrantes y empezaron a echar agua sobre la casa envuelta en humaredas y llamas .

EL PRESIDARIO

Este silencio no es como los anteriores. Lo siento más denso, profundo. No hay duda que en él están todos los silencios habidos en este lugar. Si por alguna extraña coincidencia el más leve viento se cruzara por aquí, se sentiría como que de nuevo el mundo está siendo creado. No se oye ni el paso de una hormiga. ¿Qué será allá afuera? ¿Día o noche? Aquí siempre es noche. El poco de luz que se siente es cuando traen el agua y la comida. Los únicos pasos que se oyen son los míos y los de éste, que hoy se le ha ocurrido echarse a dormir, esta vez ni ronca. Últimamente le ha dado por desesperarse. Y trato de calmarlo pero es imposible; hasta que las fuerzas lo abandonan deja de refunfuñar. Más de una vez me ha contagiado y los dos parecemos fieras enjauladas. Es que al verse y sentirse con estas cadenas no se puede menos. ¿Cómo no van a dar ganas si las tenemos asidas de los tobillos y los brazos? Mi atadura empieza en el tobillo derecho, recorre unos sesenta centímetros y se afianza en el izquierdo, de ahí parte hacia su tobillo derecho para continuar al izquierdo. Este encadenamiento recibe otros eslabones desde nuestros brazos; a él se le desprende de su brazo derecho y a mí del brazo izquierdo. Estas arrias de hierro eslabonado tienen como centro de gravedad una bola de acero que yo calculo pesa unas treinta libras, pero mi compañero de cadenas y jaula afirma que cuarenta, la verdad es que ya nos acostumbramos a ella y no sentimos su verdadero peso. Tan acostumbrados estamos que, pese a la humedad de la celda, hemos logrado que no la estropee el moho. Pero en los momentos en que nos ponemos fieras ha servido para golpear las gruesas paredes que nos rodean. En los barrotes de la puerta nos golpeamos. La única vez que lo hicimos cargamos con la peor parte, siempre padecemos la peor, pero esa vez fue mucho más, el ruido que hizo la bola al dar contra ellos nos fulminó el sistema nervioso. Era un ruido penetrante y lo sentía en mi sangre, en los huesos, en las sienes, todo mi cuerpo estaba lleno de ese ruido. Cada vez que me acuerdo un escalofrío me recorre la columna vertebral. De mi compañero de infortunio tengo presente que se tapó los oídos y quiso tenderse en el piso. “Aquí en el suelo se oírán menos”, sentí que dijo. Más tardó en acostarse que en levantarse. El ruido ocupaba todo el volumen de la celda. Se dirigió a la esquina que tenía más cerca y se puso a llorar. Yo deseaba alejarme de él, no era posible, pues desde que lo trajeron lo encadenaron a mí. Más bien me encadenaron a él, pues fue él quien trajo las cadenas. Los carceleros explicaron que esta era una medida de seguridad y la tomaban porque en las cárceles donde había estado

siempre se fugaba; último recurso era encadenarlo, sólo así pagaría sus tantos delitos. Como no había otro lugar más seguro y presidiario disponible, yo fui el chivo expiatorio. Mi repulsa fue para él. Después, con el tiempo, congeniamos. Conforme adquiría confianza me contaba sus correrías. Me confirmó lo dicho por los carceleros que lo llevaron. Afirmó que se fugaría. Esta afirmación me causó humor; después se convirtió en miedo. Me hice miles de conjeturas sobre ello. Luego lo olvidé. Pero esa vez del ruido me enterneció como nunca. Me partió el alma verlo llorar. Era como un niño desamparado, perdido, que sólo se le ocurre llorar cuando se encuentra solo. ¿Y él estaba solo? Quizá estaba solo. Al principio él no me quería decir quién era y por qué lo habían traído, cómo lo habían hecho. Pero lo intuí por su jactancia al hablar de ciertas cosas. El bajo mundo era su vida. Según él, su historia era simple: varios asaltos a mano armada y unos cuantos muertos, habló de ello con una inconsciencia que no sé si me provocó lástima o asco. “Somos iguales —me dijo— pues tenemos los mismos enemigos: la policía, y el mismo objetivo: despojar al que tiene”. Yo sonreí. Traté de explicar las diferencias. El me dijo que no entendía nada, pero que yo le gustaba, que era distinto a otros políticos que había conocido. “Más adelante le explicaré y haré que me entienda”, dije para mis adentros. Esto me confortó. El, al verme callar, me sonrió y agregó: “De acuerdo, ¿no?” Sólo se me ocurrió cerrar un ojo. Sonreímos. Mi desventaja era grande. “¿Cómo se dejó apresar?” —le pregunté. “Dormido” —me contestó. Sonreímos de nuevo y agregó: “Sólo así podían agarrarme, pero ya sé quién sopló mi escondite”. Le pregunté cómo podía saberlo estando preso, y me dijo que a uno de los suyos lo habían soltado cuando él llegó, vio cuando salía y no lo saludó. “Tengo un olfato que ya verá usted, ya lo verá”, —me afirmó levantando la mano que tenía libre.

Este silencio es todo un espectáculo. Pero me da miedo. Si yo hablara en voz alta me causaría pánico. No recuerdo otro silencio igual. Este silencio es único. ¡Qué pureza! Me da miedo. Y a éste se le ha ocurrido dormir como un lirón. No puedo despertarlo porque cuando yo hago lo mismo él me cuida y no me despierta. El problema no es que éste esté dormido, sino que no puedo moverme con facilidad por estas benditas cadenas. La piadosa señora que las regaló ha de estar muy pero muy feliz en lo más mullido del cielo. ¡Me dan ganas de blasfemar! ¿Cuántas regalaría? Aunque hayan sido pocas sirven muy bien. ¡Y en qué forma! Pues aquí estamos mi amigo y yo, en insuperable situación. ¿Insuperable? Ojalá así sea. Cambiaré de posición, esta que tengo es insufrible ya. ¿Y esta humedad? ¡Gerando, despierta! ¡Tienes espuma en la boca! ¡Está helado! ¡También tiene sangre! ¡Está muerto! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Carcelero! ¡Carcelero! ¡Este hombre está muerto! ¡muerto! ¡Carceleroooo! ¡Dios mío, ayúdame, ayúdame!

Hace un momento desperté. No sé cuántas horas dormí, ni qué tiempo pasé sin pensar. Alguien, desde mis adentros empujó los primeros instintos de ideas. Me siento como si me hubieran dado por dentro y por fuera, una paliza de padre y señor mío. Tengo sed y no puedo moverme, si lo hago, arrastro a este o lo cargo hasta el lugar donde está el recipiente con agua.

¡Qué hacer Dios mío? Me siento en pleno desierto Solo Abandonado A Gerardo quizá lo tendré que arrastrar No, mejor no lo toco, hiede un poquito Oigo ruidos de agua que corre por riachuelos Tengo sed Yo lo arrastro No, es cristiano, mejor lo cargo ¡Peio caigar a un muerdo! ¡Dios mío, dame fuerzas! ¡Dame valor! ¡Ayúdame! Mejor lo arrastro Peio es que Esta maldita sed que me viene cuando estoy ¡Dios mío, tu nunca has estado en una cárcel!

El agua me sentó bien Me siento mejoi No pesaba mucho este Gerardo Era más pesado mi miedo ¿De qué moriía? No estaba viejo ¡No dar-me cuenta de nada! Quizá me llamó cuando yo dormía Quizá ni él se dio cuenta que moriía Este sí es aprieto Sólo falta que hoy, día de visita del carcelero, éste no venga y se amuele todo completamente

¡Sólo eso faltaba! Hoy si me cargó la gran Antes, cuando uno de los dos teníamos deseos, bastaba que uno en lo que el otro hacía el acto viera para otro lado Nos cambiábamos un par de bromas y todo paraba ahí Peio ahora es distinto Ya no me importa caigar de nuevo al difunto, no, sino el respeto que se merece la gente que ya ha sido juzgada por el creadoi Tomai agua no es nada, pero esto sí que es problemático ¡Dios mío, mejor máta-me de una vez! Ya basta, basta, ¡basta tanta injusticia! Me dan ganas de blasfemar! Pero quizá no ganaré nada con la blasfemia Es imposible detenei esta necesidad Me né a la esquina y Tienes que dispensarme, Gerardo, pero no aguanto más Tienes que dispensar, Gerardo Esta encadenada que nos han dado tienes que peidonarla También tienes que peidonai que esta vez te haga arrastrar los pies, pero es que si te caigo me no se como decir ¡Perdóname, Gerardo! ¡Carajo, que sucio es el mundo!

Cuando los vi quitando llave a la reja me dije “Y vienen tres, sólo falta que el muerdo a mi me lo echen” Pero no, no les importó el muerdo, sino comprobai que lo estaba ¡Jamás había visto tanto salvajismo en personal! ¿De qué está hecho el hombre? ¿De qué estoy hecho? Eia para morirse y aquí estoy en vida, con un nudo en la garganta La muerte era lo preferible después de ver la escena que presencié Y yo, atado a él Los dos con las cadenas puestas Y la bola lustrosa reflejando figuras deformadas, horribles, espantosas Aquel acto, aquella escena venida de la más primitiva, de la más antigua, salvaje e indecible actitud antihumana, aquí la tengo en la mente, bien grabada, exacta, precisa, martillándome Parecían conquistadores marcando a sus esclavos En la punta de la naiz tengo el olorcillo a carne quemada ¡Es horrible este mundo de mierda! ¡Que me importa estar oyendo a este viejo que promete darme la libertad si le hago andar sus máquinas que sólo yo conozco! ¡Qué me importa discutir el precio de esta libertad si es falsa! La realidad es otra, aunque el juez le haya dado el juicio y lo partamos en dos y yo tenga mi mitad y él la suya La cuestión es otra, no es ni de libros, ni de papeles membretados, ni de teorías, ni de nombres respetables, honorables, ni de discusiones, ni de juicios judiciales, ni de un ¡Hoy si blasfemo! ¡Ni de un Dios salvaje! Nada divino La cuestión está en que

a un hombre le pusieron un hieno al ojo vivo en los ojos, en los testículos, en el pelo, en muchas partes del cuerpo Y todo para ver si estaba muerto ¡Y lo estaba! es cierto, ¿pero no hay otros medios de comprobar la muerte? Me dan ganas de gritar que yo lo maté, así no me sacan de aquí y me regresan a esa mazmorra que acabo de dejar, ¡es más limpia! No sé qué digo No sé qué hacer ¡Qué hago?

Si, voy a aceptar lo que me propone este viejo Es mejor Si más pronto me alejo de esta pesadilla, mejor me sentiré y podré hallar respuesta, la respuesta precisa

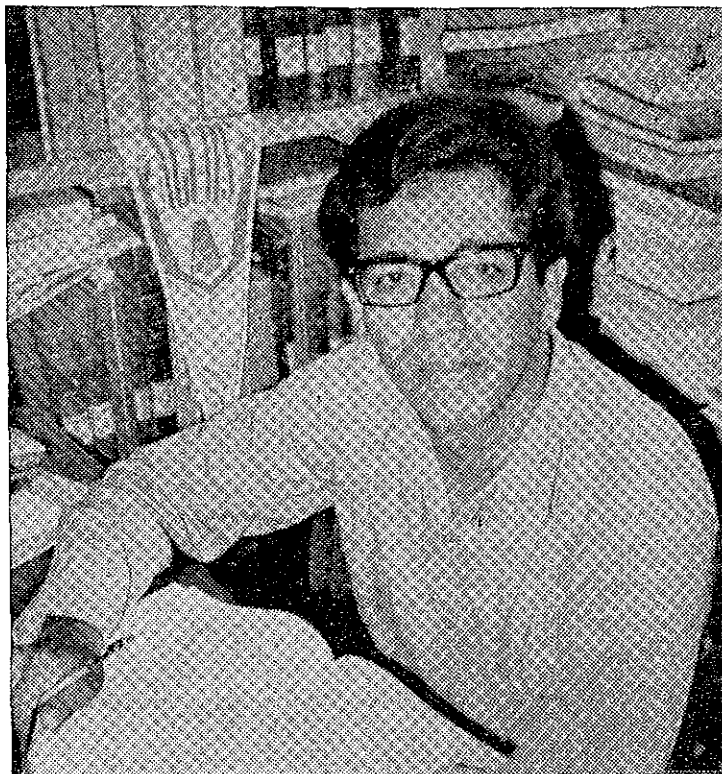
—Entonces ¿aceptas lo que te digo?

—Sí, voy a dejar esta pesadilla y

—¿Qué dices?

—Nada No digo nada Es algo sin importancia

**alfonso
quijada
urías**



CATALUNYA

Nació en Quezaltepeque el 8 de Diciembre de 1940

Tiene inédito, en poesía, los libros: Sagradas Escrituras, 1968 "La Cueva" 1969, "La Guerra Florida" (novela) "Otros Juegos Falsos" (cuentos

EL NOMBRE

A Luisa

Mi vida fue lo suficientemente trágica para que un día nefasto, haya tomado la decisión de sacarme los ojos y ponerlos en el plato del gato Félix. Antes de cometer este acto no creía en el destino como mero accidente, sí en el destino como obra del hombre, como plena realización de sí mismo; pero luego tratando de encontrarme, descubrí que había sido abandonado por mis padres y recogido en un hogar donde siempre me sentí un extraño.

Luché con mis presentimientos, huí por caminos totalmente desolados, hasta dar con un hombre al cual di muerte de inmediato; a la postre resultó ser un desgraciado como yo, un perseguido perseguidor. Su muerte me lanzó a la ruina total, a una vida desajustada en la cual el suicidio sería una manera de implicar cierta tranquilidad que no deseo.

Tres días después cansado de caminar llegué a una ciudad que reflejaba mi angustiada manera de vivir; en sueños había pasado por sus calles, deteniéndome en alguna de sus tantas fondas a saborear un vaso de vino. Aquí llegué rodando como una piedra. En septiembre conocí a Yocas, bueno para qué decir su nombre, perdidamente enamorado nos veíamos como en un poco de agua, nos tendíamos en la hierba en donde coincidíamos hasta en los actos más simples.

Nos unimos, perdidamente enamorados, burlando las voces de nuestro mundo que difícilmente puede ser llamado conciencia o algo por el estilo. Fueron días efímeros, llenos de una pasión desbordante. Fue un amor desdichado, porque un mal día la encontré con una soga al cuello, su boca en actitud de pronunciar mi nombre, que es como un cuarto lleno de agua de donde trato desesperadamente de salir a flote, salvarme, aunque sé la imposibilidad, porque eternamente me llamarán EDIPO.

OTRA MANERA DE VIVIR

Hoy estuve recordando acerca de cuando íbamos con Franz al "SHALOS", tan sólo por el prurito de ver los ojos terriblemente oscuros de Ingrid. Eramos vagos por vocación, nos escabullíamos entre un mar de gentes como dos pequeños insectos en una telaraña, no existía café ni sitio alguno donde no nos metiéramos para luego retornar como bumerang al mismo sitio donde Ingrid nos servía café con pan y sonreía obstinada en no hacernos caso.

Los ojos de Ingrid continúan siendo terriblemente oscuros como aquéllos días en que tocábamos con Franz en la orquesta de Nico y nos olvidábamos de todo, hasta de nuestra tristeza, entre charla y charla consumíamos el día luego de dedicar un poco de tiempo para repasar el oboe, Franz, el pequeño piano abandonado en un rincón como una cebra melancólica.

Repetidamente le oí masticar unos versos como quien daba una buena dentada en una manzana, saboreaba aquéllos versos adoptando una actitud platónica

Al retirarnos lo hacíamos casi siempre disgustados, disputándonos una mirada de Ingrid

En el pequeño cuarto que alquilábamos cerca de una librería, un cuarto pequeño y húmedo, Franz tomaba un libro, creo que el de LAS CARTAS DE PASCAL y hablábamos de todo, en especial de METEMPSICOSIS, una palabra que siempre me fue difícil de tragar. Yo también, daba golpes en el piso. “—No Franz, eres un necio tradicional, rayas en la estupidez. Un ser se muere, se transforma en algo, en abono por ejemplo, que servirá para que vivan otros seres, pero nunca en guardabarrancos, compléndelo bien, mete los sentidos en otras cosas no en...”

Luego yo, tocaba el oboe, en cada melodía resugía Ingrid; Franz sospechaba y me interrumpía con cualquier cosa, con el propósito de robarme a Ingrid del pensamiento

Por las mañanas nos sentábamos en las gradas de La Merced, yo como siempre tarareando a Stan Kenton y Franz pensativo, creyendo en (la maldita metempsicosis) sus cosas de siempre, mientras hacía trepar con un palito de fósforo las hormigas que difícilmente cargaban con migas. Luego salíamos de nuevo a meter la nariz en los cafés

Hace dos noches tomamos la decisión de trabajar cada quien para su lado, era la única manera de llegar a Ingrid

De antemano sabía que aventajaba a Franz en innumerables aspectos, estaba consciente de que Ingrid sería para mí, ya que mi nombre estaba en esos días a flor de labio, en todo sitio se hablaba del prodigioso oboísta que era yo

En la primer noche llegamos separadamente. Desde una mesa arrinconada Franz me veía con no sé qué de envidia o resentimiento. Ingrid llegó hacia mí, compartió los Rex y algunas canciones que marcamos juntos, accedió en la misma noche a ir conmigo al cine, nos mirábamos con un amor intenso. A no ser por la constante persecución de Franz todo hubiera caminado mejor, pero sus ojos no se despegaban de nosotros, anduvo tras nuestros pasos como un loco, casi hasta la madrugada

Antes de salir como de costumbre, en el momento en que me anudaba la corbata llegó Franz perdidamente borracho, desenfundó su revólver, disparo contra mí no sé cuantas veces. Luego se manchó todo, se llenó de una enfermiza oscuridad y cayó en un pozo de enojos vacíos

Hoy he venido volando a casa de Ingrid, con sus manos de una blancura inigualable me airoja alpiste, mientras bajo timidamente de la rama del mirto, en donde paso la mayor parte del día cantando con una melancolía sin par

FILM

A las ocho José María se ajustó la corbata y caminó distraído, casi dejándose llevar por la leve crispación de ese día por terminar, de repente se encontró frente a la taquilla del cine comprando el boleto y rozándose con señoras gordas y pequeñas en la cola de butaca

En el instante que estrujó la cajetilla de viceroy, dio comienzo la película a colores. La nota inicial de: cualquier semejanza con personas y hechos de la vida real es pura coincidencia, pasó en letinitas rojas casi inadvertida por rutinaria en todo film

Brigit apareció contemplándose semi desnuda en un espejo y metiendo las manos en una gaveta de bufandas revueltas, varios relojes, un muestrario de pañuelos, sacó el jacket y lo ajustó a su cuerpo y hundió una bufanda negra junto al pecho; tenía los ojos lánguidos, con aire nostálgico cogió un paraguas de colores chillantes y lo dejó caer en unos soportes de lámparas tiradas en desorden.

José María creyó estar soñando y se dio un palmotazo en la mejilla, aquello no podía ser una simple coincidencia, Brigit era más que idéntica a su mujer y aquella casa bordeada de setos enredados de hiedras, la sala misma con su colección de caballitos de plata y el mozaico Bizantino de la pared era precisamente su casa. Hubiera gritado, pero el temor a ser reprendido por la policía lo obligó a mantenerse pegado al asiento, contemplando enmudecido la pantalla a colores

El médico rural (coprotagonista) abre la puerta y lanza el globo de celuloide en la cabellera amarilla de Brigit, que distraída, juega con un volumen de baquelita sin advertir su presencia, hasta el momento en que el globo roza los mechones dorados, levantándose de inmediato y deslizándose hacia la alfombra. Tomados de la mano y besándose desordenan la casa, hacen cabriolas como dos niños juguetones y se tienden rendidos en un sofá de adornos antiguos.

José María registró sigilosamente en su memoria el rostro de aquel hombre sin lograr sacarlo a la luz de los hechos, de nuevo encendió otro viceroy y se ajustó al asiento con aire de intranquilidad

Tirados en la hierba susurran suavemente. Luego una ventisca que azota la hierba y los árboles los hace refugiarse en un muro de donde penden blasones ovales y adornados con relieve de musas con caras de mariposas, allí mismo donde un hombre (que aparece únicamente en la escena final) metido en una chamarra de cuero, con el aspecto de un viajero curtido por la fatiga ha contemplado con una seriedad de cariátides el amoroso juego.

Después de las detonaciones, el humo de la pólvora sube chocando en la cenicienta soledad del día próximo, a la misma hora en que José María es sacado del cine atropelladamente, acusado de homicidio en su mujer y un médico rural, precisamente cuando finaliza el film y los ojos de Brigit quedan mortalmente cerrados

PERSEGUIDORES

(La persecución es un sueño que comienza con la captura)

M A

Mi General, el descanso ha terminado, —dijo el comandante

—Muy bien, dé la orden de proseguir la marcha

El general Cabañas era hombre de sesenta años, alto y moreno; el tipo de hombre dado a fabricar fantasmas. Soñador que jamás duerme, porque el insomnio le deja los ojos como luevos duos, insomnio que no se puede combatir porque se vuelve necesario, a medida que los fantasmas van tomando posesión de su pensamiento, de su imaginaria cuarteles caluosos, con la hedentina y el silencio solemne de los salones desprovistos de buen gusto; después nombres y más nombres, garcías más garcías, bandoleros más bandoleros abiéndose paso como un tren

—Está claro, dijo García, nuestra gente sabrá en un momento dado defender su derecho, su oportunidad a cambiar su vida, hoy más que nunca su lucha es más que necesaria. La voz de García chocaba en los rostros dilatados, hacía temblar la luz mortecina puesta en un bote de laxol. Su figurón se levantaba sobre aquella legión abrupta y desamparada. Después surgía el grito de:

—Mueria Cabañas

—Viva García

Después trató de descubrir en la oscuridad las huellas del General Cabañas

—Al otro lado queda Rialta —dijo el general— después de las montañas

—Una hora más y llegaremos —dijo el comandante

Llevaban cinco días de marcha. La tropa se mostraba cansada, los caballos entote uniforme levantaban una polvareda que chocaba en los arbus-tos. Jadeaban profundamente.

En Tacuba el general dispuso tomar un baño, luego un coñac, seguido de una comida ligera. Al subir las gradas de la pensión sacó un tabaco y abrió la puerta.

El bullicio de la tropa que se alegraba con las canciones de moda, puso intranquilo al general.

—Hágalos callar—, ordenó al comandante

Dos horas más tarde emprendieron la marcha.

Fue en ese momento que García se levantó apresurado y emprendió la marcha con sus hombres.

Dos horas después chocaron, provocando nubes de pólvora, que se fueron desplazando poco a poco, hasta hacer nítidas las tropas amontonadas, hechas una sola masa de sangre

Tres días después García pasó por Rialta en el mismo caballo del General Cabañas, perdiéndose como un fantasma en el último cruce de la calle larga

El General Cabañas llegó a sus setecientas noches de insomnio, vio desde su cuarto de militar retirado un enorme tlen que llenaba de humo la ciudad, que marchitaba la vegetación y hacía difícil el contacto con la naturaleza; vio crecer a sus sobrinas al nivel en que su insomnio iba tomando proporciones, cada vez más monstruosas como la enorme enredadera que veía salir del entejado y llegar a su ventana con afán de tragárselo. Todo esto agregado a la persecución de que era víctima por García, quien tomaba la forma de un dragón que lanzaba su ráfaga de fuego y hacía arder el pueblo entero. Fue de esa manera como el general cayó en desgracia, en aquel caseón de cien cuartos donde los fantasmas salían a revolcarse montaban los caballos de ojos enrojecidos y trepaban las ramas de los árboles

Siempre ocurría lo mismo a los ojos del general y todo hubiera continuado en su ritmo anormal a no ser por el día en que fue encontrado García, como una momia egipcia en el cuarto vecino

EL RETORNO

Salió aquel día sofocante de septiembre, tocándose las bolsas del pantalón de corduroy, sacó su cédula, sus papeles en orden y los volvió a meter en la cartera. Recordó la época del Luis Ángel Firpo, su nombre en los cartelones de los domingos. Por un momento la presencia de sus compañeros de equipo le bulleron en la memoria, los viajes al exterior y la vez en que el River Plate trató de llevárselo. Por idiota amor al terruño se había quedado, acostumbrado a las bondades de la niña Sofy; a las cucharadas antes de cada comida del nuevo fosfato escay y al encierro voluntario en el cuarto, lleno de fotografías deportivas, equipos extranjeros, diplomas y trofeos. Gozaba de aquel cuarto, tanto de las fotos como de la pilita de discos encima de la RCA.

Continuó caminando hasta llegar al Nuevo Mundo, se detuvo en la puerta a espiar con malicia, siguió hasta la General Electric, cruzando la calle del Bella Nápoles hasta detenerse en el paro de la once. Esperó haciendo cola, sin aboiar ninguno de los buses que pasaron atestados.

Contempló largamente la programación de fútbol pegada en la pared. Con la nostalgia metida en todo el cuerpo se recordó de niño, en los juegos con la pelota de tripo hecha de medias y calcetines viejos, despuntando en

la grama del Maite, como figura futbolera, que jugaría después en el mejor equipo del país

Aquel día pese a las dificultades, volvió a sentirse el ídolo admirado por miles de fanáticos. Levantó la mano con gesto victorioso, saludaba a medio mundo que pasaba a pie o en carro, pero nadie lo advertía.

Frustrado ante los rostros que en nada respondían a sus gestos amables se echó a reír, mientras continuaba trazando rayas en el aire. Con alguien que venía con una caja enorme de cartón al hombro trató de cruzar unas cuantas palabras y por más de guiñarle la manga el hombre continuó tranquilamente su paso. Fue entonces que se decidió regresar al cuarto y caminó por el lado más solitario. En una esquina estaban los mismos chicos, que solían seguirlo cuadias y cuadradas, regularmente hasta dejarlo en la esquina del Centenario; al pasar casi rozándolos, ningún chico dejó de continuar en sus quehaceres. Luego se vio las rodillas rotas del pantalón "Búfalo", las trompas destantaladas de los "Cosmos". Pensó que aquel día no era del todo mal, las gentes, el bullicio de los carros, incluyendo la indiferencia de los chicos, le habían dado cierta tranquilidad.

Por primera vez, se sintió normal, común y corriente, como en los días anteriores al fútbol profesional, a la propaganda, a las declaraciones escandalosas.

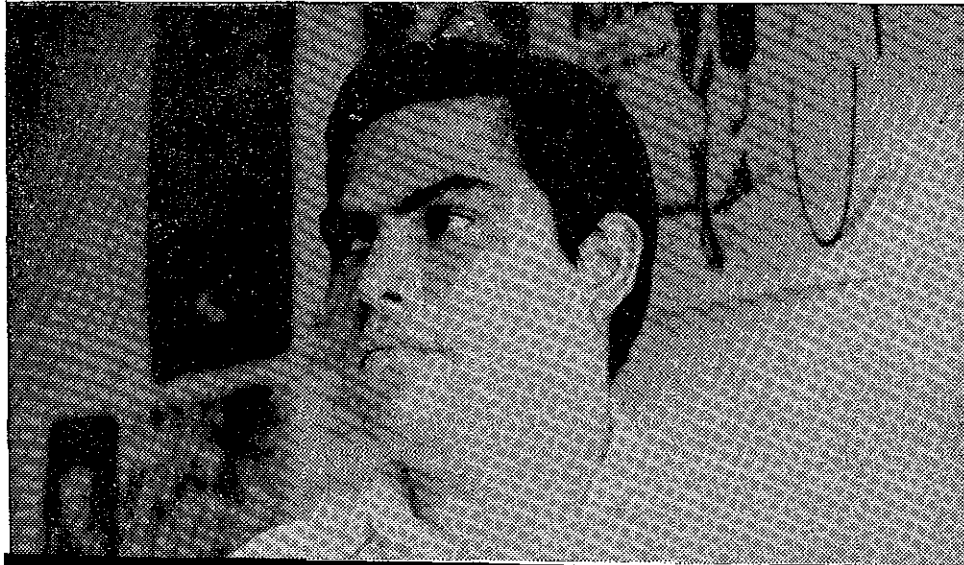
Al abrir la puerta sintió el olor familiar de los chunches en desorden, las camisetas a rayas encima del radio, las botellas amononadas bajo la mesita de noche y en cima de la despensa el amarillento diario La Nación, que destacaba una vieja fotografía de los años veinte y el pie de grabado sobre su muerte en un accidente ferroviario.

GAIALA 1980

Nació en Santiago de María el 28 de Febrero de 1941

Ha sido laureado en varios certámenes literarios. Los cuentos que se incluyen en este número fueron tomados del libro inédito en preparación

Santiago Castellanos



EL RESPETABLE DIOS

Viejo puñetero, quien lo viera hoy, con esa su cara de pan mojado, con las pupilas cada vez más pequeñas y marchitas y con esas bolsas bajo los ojos, repletas quizás de las lágrimas que se resistió a derramar, cuando aún se sentía muy hombre, con su pistolón en la cintura y con esa su voz gruesa, que dejaba un retumbo de los diablos en el aire. Viejo hipócrita, con su cara de buena gente, viendo cómo el día se diluye frente a su balcón, mientras lee a ratos crónicas tediosas que le hablan de acontecimientos ya olvidados. Viejo inútil, con su campanita al lado, puesta allí para que la haga sonar y acuda de inmediato la mujercita endeble que gana 25 pesos al mes por cuidarlo a él, a él y a sus achaques. Viejo curtido, curtido del cuerpo y del alma, con sus manchas repugnantes, que dicen que es bien-te-veo, pero que es nada más el despellegamiento acelerado que le ocasionaron sus rencores. Ahora es necesario cuidarlo, tenerlo entre algodones, hablarle con palabras suaves, decirle que si quiere esto y lo otro, platicale para que no se sienta solo y abandonado, hablarle de su condición de hombre de armas, para que la arrogancia se le meta de nuevo y se olvide un rato de su inutilidad. Viejo cuyas fechorías nadie recuerda. Tan sólo se habla de su supuesta valentía, de su disposición al sacrificio, de lo mucho que hizo por el honor y la dignidad de la patria, como si la patria fuera ese odio feroz que ni Dios sabe de dónde le pudo haber nacido y del cual aún debe guardar algunos residuos. Total, puras balandionadas, habladurías que se han venido tejiendo al través de los años, únicamente para sostener el cuerpo aciuelado de este viejo zorro, mátalas-callando.

Antes de llegar a viejo hizo barbaridad y media. Recuerdo que él era apenas un sargento, allá por el año 32, cuando lo de la matanza de Martínez, y ya para entonces tenía los hígados muy negros, de tanta rabia acumulada, y como dicen, no se los tentó para matar a cuanto insurrecto se le puso por delante. Y luego se las daba de muy hombre, de tener así las agallas y de no sentir ni el menor de los remordimientos. Claro que hombres indefensos no son capaces de ganar una batalla, y eso lo sabía el muy ladino y no sentía ningún empacho en vaciar su enorme pistolón sobre aquellos infelices que rodaban por montones, todos llenos de agujeros negros por donde el viento se metía a llorar.

Si yo hablo así es porque fui testigo de todas sus atrocidades. Me reclutaron a la fuerza y no hubo más remedio que irse para Occidente, pero les juro que yo hacía hasta lo imposible por disparar a locas, sin el más mínimo deseo de matar a nadie. Pero este viejo roñoso, sargento por aquellos días, sí que no fallaba. Y luego se fue acostumbrando a orinarse sobre los cadáveres y a carcajearse del espumón colorado que se levantaba en cada herida. Después nos decía, muy chucanamente, que lo que hacía era echarles la bendición para que no se fueran a condenar.

A mí me espantaba ver aquellas fosas gigantescas, repletas de cadáveres, y verlo a él, sudoroso como un animal enfermo, dando órdenes, empujando más y más insurrectos hasta las orillas de las tumbas para luego rematarlos,

hasta que sólo quedábamos nosotros, en medio de aquel silencio sobrecogedor, atribulados, con los ojos ácidos, escuchando el ruido tortuante de la sangre liberada, viendo las pupilas abieatas de los ametrallados, relucir como piedras recién lavadas

Pero este viejo no se inmutaba para nada. Tomaba esa tarea como algo muy natural. Yo lo miraba fijamente, tratando de encontrarle en el rostro alguna hendidura por donde espíarle el alma, nomás para convencerme de que la tenía, pero era inútil, todo él parecía un bloque macizo, inescrutable, seco, sordo a la súplica y a los gritos de los condenados.

Por las noches, acompañado por dos hombres de su entera confianza, se iba a meter a los caseríos, a buscar sospechosos. Y si encontraba una muchacha que le agradara, de presto urdía mil patrañas a resultas de las cuales todos los que habitaban ese rancho habían sido denunciados como partícipes en el levantamiento y no quedaba más remedio que cargar con ellos para la cárcel, a excepción de aquella mujer, la cual tenía que sopotarle sus jadeos de bestia en celo.

Acabó con cuanto jornalero había en todos los contornos de Sonsonate. Daba la impresión de que su mayor deseo era quedarse solo, solo con sus resentimientos, tal era su afán de matar. Mataba a diestra y a siniestra, asesinaba a los prisioneros y después alegaba, cariacontecido, que los había tiroteado por intentar fugarse. Pero me consta que le bastaba ver las espaldas oscuras de los peones para que se le metiera en los dedos la maldita cosquilla de apretar el gatillo, y aquellos desgraciados se derumbaban sin enterarse siquiera de dónde les llegaba aquel ardor y aquellas ganas exasperantes de cerrar los ojos.

El mismo ayudó a la captura del indio Feliciano, el último cacique de los pipiles. No se sentía a gusto sabiendo que un indio piojoso, como él lo llamaba, fuera uno de los que dirigían aquella insurrección. "Pasa que fueran gente como uno, nos decía, pero que sea un indio ignoante, eso sí que ni Dios lo perdona". Y juraba hasta por las siete que bullan que no tendría sosiego hasta ponerle las manos encima al Tata Feliciano. Y no hay duda que el diablo estaba de su parte. Yo cuando vi al viejo Feliciano, sucio y amarrado, en medio de todos aquellos señorones, me asaltaron unos deseos terribles de despachármelos, de sumirlos en el infierno hasta la consumación de los siglos, pero hubiera sido una tontería. Y este viejo, el mismo que hoy sale a su balcón en los atardeceres, y espera que Dios lo llame a su lado, ese mismo viejo, sonreía, satisfecho de su buena estrella. "Te vamos a colgar, le dijo, porque así lo demanda el pueblo de Izalco", y el Tata Feliciano examinaba los alrededores, tratando de descubrir a ese pueblo que malignamente le decían que lo condenaba, y él también sonreía, casi lleno de satisfacción, sabiendo que era nada más un grupo de notables, los mismos contra los que se había alzado en armas, los que lo juzgaban y dictaban su sentencia de muerte.

Después de colgar a Feliciano Ama, dispuso por propia iniciativa, que el cadáver permaneciera expuesto durante algunos días, para escarmiento de los demás.

Sin embargo, no salió muy bien librado que digamos. Le encajaron un plomo en la pierna derecha y si no es por otros soldados que lo protegieron,

es casi seguro que allí mismo hubiera pagado algo de lo que tanto debía. Desgraciadamente, vino a caer herido cuando ya todo estaba consumado, cuando las huellas de su rabia incontenible habían quedado estampadas para siempre en la totalidad de la zona insurrecta.

Luego no supe más de él. Hasta llegué a creer que ese balazo se le había infectado hasta hacerlo reventar. Pero bien dicen que la mala yerba nunca se acaba, y allí está la prueba: el sargento aquél, hecho todo un viejo respetable, un viejo que se confiesa y comulga los domingos, que oye misa con mucha devoción, que tiene en su casa medallas y condecoraciones, un viejo cuya fotografía debe estar en la Escuela Militar, como vivo ejemplo del soldado recto, fiel a la República, leal a los sagrados intereses del pueblo.

SI PUDIERAS RECORDAR

No fue tarea fácil, Guillermo. No se pueden mochar vidas y quedarse uno con la conciencia tranquila. Los gritos perduran, metidos muy hondo, como alfilerazos inmisericordes, y basta que el recuerdo se nos remueva un poco para sentir algo que duele y que nos obliga a seguir recordando, hasta que todo se vuelve un sólo dolor.

Tú nunca me explicaste los motivos que te impulsaron a derrumbar vidas con esa tu rabia dura, sin ningún asomo de culpa, como si hallaras placer en llenarles el cuerpo con plomo caliente, hasta dejarlos convertidos en unos bultos negros sobre el blancor atosigante de la tierra reseca. Tú te limitabas a reír, a untar el aire con tu risa aguardentosa, a llenarte los ojos de agua mientras te burlabas de mis escrúpulos. Aún no alcanzo a comprender por qué acepté acompañarte en aquellas tropelías. No voy a negarte que el miedo me robaba el sueño en esos días espantosos, no me permitía cerrar los ojos, creaba peligros ilusorios a mi alrededor. Pero cuando se tiene miedo de morir también se tiene miedo de matar. Por eso mismo sigo haciéndome mil preguntas, tratando de descifrarlo todo, de descubrir los resortes más íntimos que me lanzaron a ser un cómplice de tus barbaridades.

—¡¡Venite con nosotros a la Guardia Cívica. Te vas a dar gusto matando indios. Y además, nadie te lo va a reprochar.!!

¿Lo recuerdas, Guillermo? Y luego aquella tu alegría inaudita, mezcla de gozo y satisfacción, y la misma frase con la que acostumbrabas sellar tus hazañas: “¡Se los llevó putas!” Y las innumerables historias relatadas entre trago y trago, en el club, te acuerdas? Tú eras el héroe indiscutible de aquellas veladas. Ya tenías en tu haber más de una cuarentena de muertes. Cuarenta veces el mismo regocijo metido en tu sangre, cubriéndote de una espuma maligna los labios y abriéndote los ojos de manera extraña.

—¡¡Animate, viejo, hay para todos y además te va a quedar muy agradecido mi tata!!

Y me entregaste el fusil Y nos emborrachamos y le dimos rienda suelta a nuestra hombría por todos aquellos montanales Tú veías después de cada disparo, y blasfemabas y escupías aquel odio espeso, irrazonable, que era muy tuyo, porque yo no lo sentía, aunque me contagiaba y no había más que continuar pariendo muertes Yo trataba de aparentar el mismo entusiasmo que a tí te cubría el rostro de fulgores sombríos, pero el asco se alborotaba en mi corazón y terminaba hasta con los huesos llenos de repugnancia Tú hacías cruces imaginarias sobre el aire después de que tumbabas un indio, y me decías que Dios estaba de nuestro lado y que cada revoltoso muerto era un pecado menos sobre nosotros

Te sentías orgulloso de pertenecer a la Guardia Civil Era el brazo armado de Dios, exclamabas, puesto a golpear contra la chusma ignorante y descreída Y me mostrabas el escapulario sobre el pecho, y lo besabas con emoción mientras me confesabas que era una reliquia capaz de asistirnos en cualquier tribulación

Nada de lo que hicimos entonces me llena de satisfacción Al contrario, me duelen tremendamente todas esas muertes, porque no eran necesarias, porque fueron un exceso, y los excesos jamás habían encontrado cabida en mi corazón Te aseguro que no puedo olvidar aquellos gritos de imploración, los que no quisimos escuchar, los que sofocamos con el humo y los estallidos rabiosos de la pólvora, temerosos quizás de que pudieran derrotarnos aquella enorme furia que sentíamos Recuerdo también a los que caían echando maldiciones, llamándonos un atajo de cabrones Si pudieras acordarte, Guillermo, de todas tus barbaridades Si fuera posible que las viejas imágenes que guardas en tu cabeza salieran por un rato, nada más para meterte en los ojos uno que otro recuerdo

Te acuerdas de aquel viejo, el mismo que según tú me dijiste te llevó muchas veces a blanquear monte adentro, cuando eras apenas un muchacho de doce años, y el cual te enseñó tantas cosas que se me hace difícil creer que las hayas olvidado, acuérdate, el viejo aquel que se quedó en medio del patio de su rancho, con los ojos reseco, yo no sé si de tristeza o de rabia, de verte hecho un perro encima de él Y todavía te has de acordar de la vieja, la madre del muchacho, pidiéndote clemencia con sus gritos aquellos de sálvamelo Dios mío y no me lo dejes parecer Y tu risa mojada y la camisa abierta y el escapulario dando pequeños saltos sobre tu pecho conforme se te iba metiendo aquella gana loca de carcajearte Amaramos al muchacho y nos fuimos con él cerro abajo Tú me pediste que le gritara a los viejos que ya se los íbamos a mandar, a sabiendas de que no lo volverían a ver con vida Antes de salir a la calle nos fuimos quedando atrás, esperando que el muchacho ganara algún trecho considerable para después acibillarlo, sin darle tiempo siquiera de mirarnos a la cara Y por último nuestras carcajadas, las mías, inexplicables hasta hoy .

Si te esforzaras un poco podrías acordarte de que te pregunté si no habíamos cometido alguna barbaridad matando a ese muchacho, y tú sólo me respondiste que las averiguaciones no lo iban a revivir, y te pusiste a silbar y no paraste hasta ya muy perfilado el amanecer, en el momento en que arribamos al pueblo

Los días que siguieron fueron mucho más terribles. Los peones se habían dado a la desbandada y era fácil salir a cazarlos. Cuando menos lo sentían les dejábamos ir las descargas a boca de jarro. No puedes haberlo olvidado en tan corto tiempo. Ya ni nos preocupábamos por interrogarlos. En fin, no teníamos ni la más mínima intención de mostiarlos benévolo cuando ya de antemano los habíamos condenado a morir. Bastaba descubrirlos en medio del monte para dispararles. Y ellos, por su parte, al divisarnos se echaban a correr y eso era suficiente para que los hiciéramos respingar sobre los matorrales.

Eso fue lo último que hicimos. Después nos dejamos de ver por algún tiempo. Hacía unos meses que había regresado al pueblo cuando te encontré y me invitaste a venir, a echarles una ojeada a tus propiedades. Hasta hoy, en que de repente te pusiste enfermo sin darnos tiempo de llevarte a la ciudad. Han pasado ya muchas horas, yo no hallo qué hacer, te han dado baños de aceite negro porque dicen las viejas que tienes malos espíritus por dentro, porque tu enfermedad es desconocida, porque es cosa rara que un hombre se desinfe así como lo has hecho. Pero todo esto lo sopito y las dejo que hagan y digan lo que les venga en gana. Lo que sí me atemoriza son esos peones allá frente a la casa, con sus rostros inmutados. Te juro que nadie les avisó. A mí me sorprendió verlos llegar de improviso, salir del monte uno por uno y concentrarse frente a la casa, bajo aquellos árboles. Ni siquiera han indagado sobre tí. En fin, ni les importa. Pero yo puedo adivinarles el gusto que les da sabiéndote aquí, absolutamente desinflado, indefenso para siempre, hecho una calamidad, derrotado, a costa de deseñarlos todos ellos juntos, durante años de callada ansiedad. Sólo las viejas han mostrado preocupación por tí, aunque creo que lo han hecho nomás para asegurarse de que no puedas librarte de ésta. Te desnudaron de pies a cabeza y te rodaron como aves de rapiña. En realidad, no supe lo que buscaban y ni me atreví a preguntárselos. Lo único que dicen es que hay espíritus malignos en tu cuerpo que te han envenenado la sangre y que quizás ya no sea posible expulsar.

Al fin las viejas se han ido, persignándose, y agitando sus bocas desdentadas en un quejumbroso movimiento, no sé si para maldecirte o para pedir un poco de misericordia para tu alma. Sólo quedamos tú y yo, Guillermo, mis palabras inútiles, mis amargas evocaciones, mis pequeños escrúpulos, y tu cadáver. Afuera reina un silencio desconcertante que nada tiene de solemne. Ya no logro verles el rostro a los peones, sólo alcanzo a percibir sus sombras inquietas que se mueven de uno a otro lado. Tú tampoco podrías verlos, Guillermo, pero te aseguro que no se moverán hasta que revientes, porque les da la gana, porque tienen el pellejo curtido por las ganas de desquitarse, porque no necesitaron mover un dedo para hacerte morder el polvo.

LO REAL, LO FICTICIO Y LO SOÑADO

Era el tiempo de las estufas dislocadas. Nada sobre el aire. Apenas la vaharada gris de un cielo amalgamado. Nada bajo el aire. Sólo el clamor corrosivo del verano. Las puertas cerradas con la fiera intención de no abrirse jamás.

Y adentro, entre laberintos insospechados, los ruidos circulares de un millón de esferas multicolores

Carrington despertó sobresaltado. Abrió los ojos por un brevísimo instante y se hundió de nuevo en aquella mezcla alucinante de esferas giratorias, de vientos inmóviles, de calores ciegos. Su mano, casi a tientas, se atrevió a golpear sobre aquella enorme puerta de nogal con la placa metálica y su nombre en alto relieve. Pero nadie acudió a su llamado. Volvió a golpear con fuerza, con furia incontenible, desesperadamente. Pero la respuesta no se hizo presente. Sólo quedó resonando en sus oídos el golpe sordo y profundo de su mano sobre la inconmensurable puerta de nogal. Sin poder explicárselo, tenía la rara sensación de que tras aquella puerta estaba él, James Carrington, personalidad prominente de Alabama, hombre público de reconocidos méritos. Y le horrorizó pensar que él, James Carrington, se afanaba en buscar a James Carrington. ¿Para qué? ¿Por qué? Era difícil saberlo. Lo único que le constaba era que tras aquella puerta estaba él, James Carrington, sesteando, olvidado por unos instantes de sus múltiples ocupaciones, haciendo planes quizás sobre las vacaciones del próximo año, escuchando a Wagner, saboreando una copa de coñac. No alcanzaba a explicarse esa extraña dualidad: él, aquí, inmóvil, lleno de asombro y de miedo entre el crepitar infinito de aquellas prodigiosas esferas de colores, golpeando furiosamente, destrozándose los nudillos de la mano contra los gruesos tabloncillos de aquella puerta, gritando su nombre y gimiendo desesperadamente, y al otro lado, mudo e indiferente, James Carrington. Era algo horrible. Como contemplarse en un espejo y comprobar que la imagen reflejada nos roba paulatinamente la vida y las ilusiones.

—¡Es necesario esperar a que reaccione. Si su organismo ofrece alguna resistencia, serán entonces muy escasas sus probabilidades de salvarse!

—¡A veces pienso, conociendo a James, si no preferirá morir antes que aceptar continuar viviendo en semejantes circunstancias!

—¿Crees tú que su fanatismo le conduzca a renunciar a la única posibilidad de vida que le queda?

—¡Hay que conocer a James Carrington para comprender hasta qué extremos pueden llevarlo sus prejuicios!

Voces. Apenas inteligibles. Esferas que se empequeñecen hasta estallar en una alarmante cantidad de nuevas esferas. Es necesario continuar golpeando. No es posible que no le escuchen. Él es James Carrington. Él es James Carrington. Alguien deberá acudir por fin. La puerta, sin embargo, continúa creciendo. Se agigantan las letras que forman su nombre. Estallan nuevas esferas. Cada estallido es una rabiosa multiplicación de colores.

El tiempo transcurre. Lento. Lentísimo. Casi no se le percibe. Pero deja huellas imborrables. Crece su desesperación. El miedo va cobrando fuerza, se agita, le provoca terribles naufragios en la sangre y le golpea la piel estirada. Carrington trata de erguirse, de correr, de gritar. Pero sus esfuerzos se diluyen en un torrente cálido de vivos colores, entre el crepitar intenso de las esferas. La desesperación le llena el cuerpo de burbujas, de pequeñas voces, de sonidos.

aterradores Lloro Grita Implora Todo gira: el mundo, la vida, aquellas frénéticas esferas. Todo retorna a sus orígenes. La caída es lenta. El vacío es tremendo. Aquellos blancos lo deslumbran.

—¡JA JA JA JA JA No hay duda de que eres un hombre lleno de vitalidad, James !!

El mar se desenreda en delgadas y azules ondulaciones El cielo permanece abierto hacia todos los rumbos. El sol quema, es una moneda derrumbada sobre la extensa playa. Y él, James Carrington, corre tras el cuerpo esbelto y lleno de reflejos dorados de aquella mujer Ríen Gritan. Sus risas se expanden sobre la arena El grito se vuelve jubiloso en aquella boca salobre que recibe el mordisqueo nervioso de su incontrolable deseo Surge un pequeño vacío y se desbordan con locura los dos cuerpos estremecidos Instantes después el mundo entra de nuevo en raudales enervantes por todos los sentidos Vida hermosa, digna de ser disfrutada pedazo a pedazo, piensa Carrington en un breve instante de meditación

—¡James James . Te aseguro que no eres capaz de atraparme Vamos .. sígueme alcázame!

Ella se levanta bruscamente y echa a correr, en loco zig zag, con el cabello suelto, con las piernas firmes y redondas que se hunden en el centelleo alucinante de la arena Carrington sonríe levemente, respira con profundidad y se lanza en carrera desenfundada tras el cuerpo zigzagueante que corre y corre, abandonando a su paso la sonoridad magnífica de su risa Carrington se siente desfallecer El apareamiento súbito de aquellas esferas y su crepitar le hacen comprender que se está operando una extraña mutación

Esos eran sus últimos recuerdos: la playa rutilante, el sol llameante, el cuerpo dorado diluyéndose en la lejanía y el brusco desfallecimiento También recuerda vagamente el inesperado dolor en el pecho, como si una mano poderosa le hubiese apretado coléricamente el corazón. De aquel sopor volvió para encontrarse en un mundo extraño, con aquellas insólitas esferas de increíbles colores, el ruido persistente de algo que se consume, el viento estático, soplando hacia un solo rumbo, como un gigantesco tubo, y las estufas dislocadas, expulsando su cálida marea gris Luego, aquella puerta Enorme Avalladora Totalmente sorda a su llorosa súplica Y la terrible sensación de que tras ella se encuentra James Carrington, el mismo que solloza aquí, en este lado, presa del miedo y de la desesperación

Carrington trata de abrir los ojos Considera que aquel mundo fascinante existe únicamente en su cerebro enloquecido. Un zumbido comienza a brotar, no puede adivinar su procedencia, pero siente que lo aturde y lo hace temblar Su corazón vuelve a latir La sangre irriga nuevamente su organismo Son oleadas tibias, reconfortantes

Cuando Carrington logra abrir los ojos reconoce, temerosamente, las frías paredes de aquel cuarto de hospital Unos pasos que se aproximan le hacen volver la cabeza Reconoce al médico aunque no recuerda su nombre. Hace esfuerzos por hablar, pero algo se lo impide

—¡No te esfuerces demasiado, James Déjame que te explique en pocas

palabras todo lo sucedido. Te recogieron en las playas de la Florida, después de haber sufrido un síncope cardíaco. Cuando llegaste y te examinamos concluimos que ya no era posible salvarte.

Carrington siente un frío estremecimiento. Cierra los ojos con fuerza, como si la pesadilla persistiera. Las palabras del médico lo obligan a salir de aquella ligera cavilación.

—¡Sin embargo, querido James, la ciencia médica avanza a pasos agigantados. De tal manera que actualmente ya no constituye un problema el hecho de que el corazón de un hombre falle definitivamente. Tú mismo has podido enterarte de los muchos trasplantes que se han realizado. Es natural que todo falle al principio, pero poco a poco las probabilidades de éxito se vuelven mayores. Considero que a estas alturas ya has podido comprender que continúas viviendo gracias precisamente a uno de esos trasplantes. ¡

Carrington guarda un significativo silencio. Hasta hoy logra explicarse toda aquella extraña pesadilla. Las múltiples esferas de colores que nunca llegaban a consumirse, el viento inmóvil, aquel calor desesperante, y la puerta, la puerta que lo separaba de la vida y lo precipitaba indefectiblemente a la muerte.

—¡Solamente hay un detalle, James, y creo que debes conocerlo. De cualquier modo, tarde o temprano, vas a enterarte. El hombre que te donó su corazón era una persona de color. Pero considero que tu vida vale mucho más que tus prejuicios!

James Carrington se fue llenando de una rabia sorda e incontrolable. Sus manos se crisparon. Las mandíbulas se le endurecieron y el color de la piel se le disolvió apresuradamente.

—¡James, James. No lo tomes así. Trata de ser comprensivo. No olvides que se trata de tu propia vida. ¡

La inesperada ausencia de la puerta sorprendió a James Carrington. Le resultó difícil aceptar ese hecho simple y definitivo.

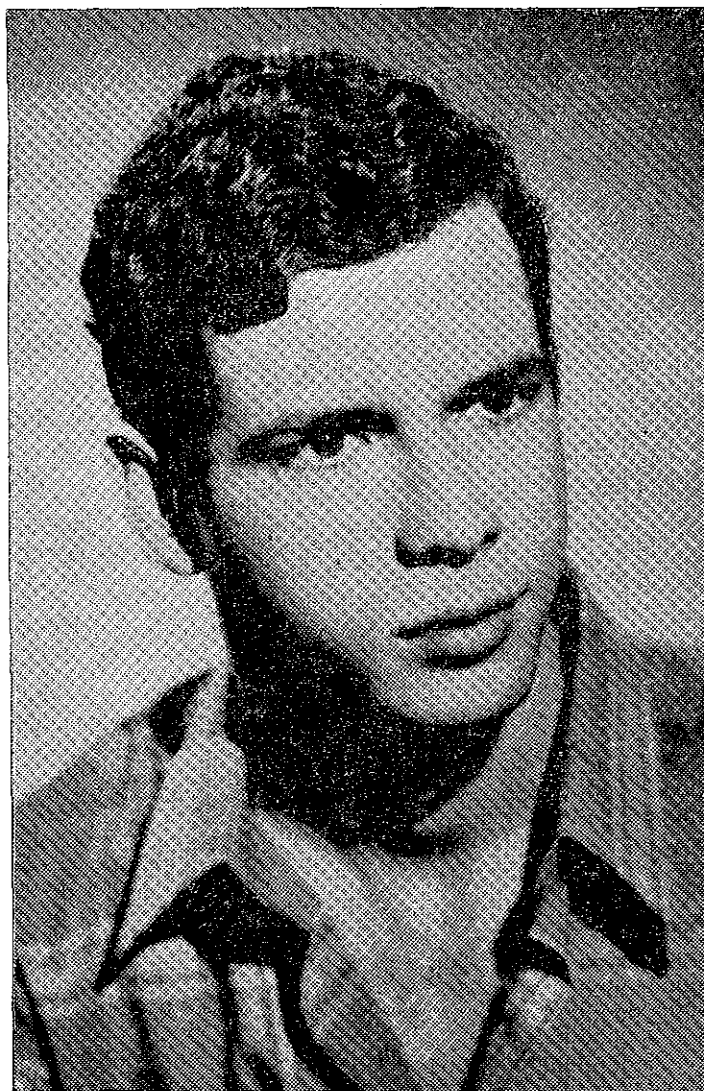
CATALUNYA

*Ricardo
Lindo*

Nació en San Salvador el 11 de Abril de 1947

Ha publicado poemas y cuentos Estudia en París, Francia

Su libro de cuentos **XXX** obtuvo mención honorífica en el Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, de 1968.



EL TIEMPO ES UN GRAN BORRADOR AUTOMÁTICO

el tiempo es un gran borrador automático
Pepe, un amigo mío

A Gabriel García Márquez, demiurgo, incli-
nando tres veces mi cráneo hasta los suelos

Un mediodía hace mil años vimos surgir los ojos de Mercedes de un charco de lluvia. Después florecieron las manos, el pelo, la boca, la nariz, en diversos lugares de la planicie. Cuando al día siguiente todos los gallos gritaron dos horas antes de amanecer, comprendimos que Mercedes había nacido.

En efecto, venía hacia nosotros con un caminar reposado, toda ella redondeces y tranquilo almíbar.

Le dimos la bienvenida mientras la abuela ciega aplaudía con todas sus fuerzas desde el cajón.

Era tímida y cortés, y conocía nuestros nombres de antemano. Se incorporó a la comunidad sin hacer ruido. Molía con paciencia los granos de maíz sobre la piedra, pero a veces se exasperaba y decía:

—¡Esto es una mierda! ¡Cuándo llegarán los españoles y nos descubrirán! Pues tenía la idea de que le traerían un molinillo mecánico.

Se nos metió hasta los huesos sin saberlo. Todos la amábamos, los viejos con distancia, nosotros febrilmente, acordándonos de ella cuando dábamos vueltas, inquietos, en la cama solitaria. Pero ella no cedía ante nadie y nos esquivaba con recato silvestre. Yo creo que ese recato tenía mucho de aprendido. En una ocasión la sorprendí riendo con descaro entre los secretes de sus amigas. Pero en cuanto veía a alguno de nosotros adoptaba una máscara huraña y tozuda, y sólo podíamos acercarnos a ella en sus extraños momentos de exaltación.

Un príncipe muchas veces desdefiado por ella llegó a tal grado de desesperación que se disparó una flecha en la sien. No murió, pero quedó idiota.

Cuando el Gran Sacerdote elevaba a los Dioses de Jade corazones sangrantes, desde el país de Jade llegaban cántaros de chicha y presentes para los príncipes.

Mercedes no era de familia de Ahau, y no participaba de los presentes.

En cambio, después del sacrificio del 13 Ahau Katún bebió chicha y se emborrachó. Todos nos emborrachamos con ella, incluso los que no habían bebido. Mercedes era todos nosotros.

Únicamente entonces comprendimos cuánto la amábamos. Por su impulso telúrico vimos su sueño de hombres blancos como la pus, que venían a carcajadas sobre el mar.

Los astrólogos confirmaron la profecía de Mercedes. Estaba escrita en las piedras. Los astrólogos fueron más allá. Dieron la fecha exacta de su llegada.

A medida que la fecha se acercaba, la expectación crecía.

Provistos de laiguísimos catalejos, los hombres-tigres vigilaban en las terrazas de los templos.

Cuando el día señalado llegó, todo el pueblo miró hacia el mar.

Habían llevado provisiones de comida para no apartar la mirada forzada por el hambre. Ni siquiera se levantó nadie a hacer sus necesidades.

El sol comenzó a sumergirse. Desentaron los primeros. Ya tarde, en la noche, aún quedaban muchos mirando inútilmente.

Los astrólogos reconocieron su error. Fijaron una nueva fecha. Esta también llegó, y se fue, y la gente comenzó a desconfiar de la existencia de los hombres blancos, y se llamó tonta por haber creído en un sueño de jade, y se rió de Mercedes. Ella persistió en su locura.

Un día los niños encontraron en la playa una gran tortuga moribunda. Jugaron con ella, le arrojaron piedritas y le jalaban la cola hasta avanzarla. Entonces la abuela ciega se dio cuenta, salió del cajón, y espantó a los niños con una navaja. Al palpar a la tortuga, su encanecida conciencia de adivina le dijo que el reptil había visto hombres blancos no hacía mucho. La noticia se extendió por el pueblo. La gente revivió el sueño de Mercedes, olvidado. Katunes atrás, y consideró que probablemente los hombres blancos se habían extraviado, y por eso no habían llegado a tiempo.

Fue nombrada una comisión para buscarlos. Fui de los elegidos. Fabricamos una canoa para cincuenta hombres y partimos con una brújula, un astrolabio y varios catalejos.

Navegamos hacia el Nordeste, dirección en la cual afirmaban los astrólogos que estaba Europa, pues sospechamos que los extranjeros venían de ahí.

Al comienzo llevamos un meticuloso diario de navegación. Después de varios días comprobamos que lo que decía una página era rigurosamente igual a lo que decía la anterior, y así sucesivamente. Optamos por no gastar más tinta. Un siglo después encontré por azar el diario, y me dediqué a describir en él el vuelo de una gaviota.

Una noche uno de mis compañeros observó el cielo, y quiso comprobar nuestra posición con el astrolabio para distraerse. Cuando lo hubo hecho, las plumas se le erizaron.

—¡Carajo! —gritó.

Lo volvimos a ver perezosamente. Fue entonces cuando supimos que nos habíamos salido del tiempo. Nadie conocía las estrellas que nos miraban y su postura permanecía idéntica por mucho que avanzáramos durante días en cualquier dirección. La brújula no funcionaba, y el horizonte, en lugar de ser

curvo, era una línea recta que se hundía en el infinito. Quién sabe cuándo nos salimos. Estábamos tan lejos de nuestro tiempo que apenas recordábamos cómo eran las cosas antes de que estuviéramos en la canoa. Apenas el recuerdo de Mercedes permanecía intacto. Pero también se fue desintegrando. Una mañana descubrimos que habíamos olvidado los cincuenta su oreja derecha. Hablábamos constantemente de ella para retener su imagen entre nosotros, pero el proceso continuó implacable. Olvidamos su pie derecho, sus manos, sus cabellos. Únicamente nos quedó la memoria de sus ojos. Siete días más tarde, tres pestañas desaparecieron de su ojo izquierdo. Asistimos con impotencia a la destrucción total.

Ahora sólo nos queda un nombre. Esperamos que sus letras se nos apaguen, y entonces seremos tan vacíos como esas tribus de peces mongólicos que a veces vemos pasar.

AÑO K DE LA ERA GALACTICA

El hombrecito verde Nº 1 se deslizó tranquilamente por la Avenida Ricardo Lindo cuando se materializó junto a él el hombrecito verde Nº 2.

—Galup —dijo el hombrecito verde Nº 1.

—Galup galup —respondió con extraordinaria cortesía el hombrecito verde Nº 2.

Siguieron deslizándose en silencio. Se detuvieron al llegar a la estatua de Ricardo Lindo, que se erigía sobre una carga de energía pura. Desde el interior de un gran ojo de vidrio, el rostro del Maestro escrutaba el infinito con esa mirada luminosa de sus últimos años, o, ¿quién sabe? acaso las insondables profundidades de su alma. Su colmillo izquierdo horadaba distraidamente una goma de borrar que pasaba por ahí.

—Según la teoría de Hernández Aguirre —dijo el hombrecito verde Nº 2— Lindo no existió nunca y es en realidad un mito del inconsciente colectivo materializado galup galup.

El primer hombrecito se indignó. Conservaba de su estado amorfo una gran admiración por el Maestro. Tenía sus Obras Completas empastadas en cuero de ictosaurio auténtico, y había visto veinte veces el film de Galán "Un hombre y su Odisea".

La discusión se prolongó hasta el invierno. Los argumentos del hombrecito Nº 2 eran muy sensatos pero se repetían constantemente. Los argumentos del hombrecito Nº 1, en cambio, eran todos muy estúpidos pero de gran imaginación y versatilidad.

Actualmente, ambos se han dividido y subdividido numerosas veces siguiendo las leyes de la partenogénesis dictadas por el gobierno el año F, y sus descendientes prosiguen la discusión. Los del hombrequito N° 2 han intensificado los rasgos de su predecesor. Sus argumentos son cada vez menos y cada vez más sólidos. Por su parte, los descendientes del hombrequito N° 1 han esgrimido tal cantidad de disparatados argumentos que han sido necesarias tres computadoras electrónicas para su contabilidad y clasificación galup galup.